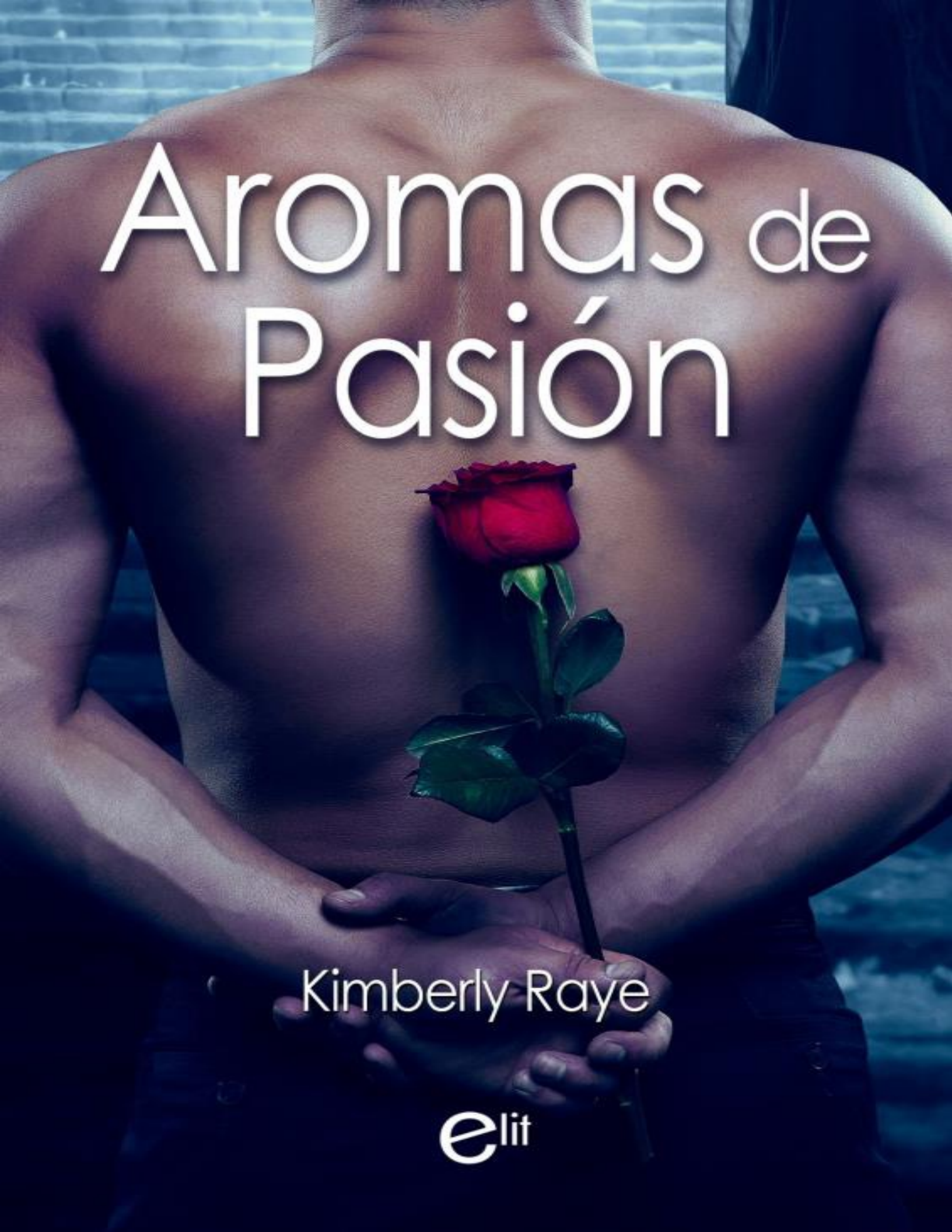

Aromas de Pasión
Kimberly Raye
elit

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Avenida de Burgos 8B
Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollins.es

© 2007 Kimberly Raye
© 2025 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Aromas de pasión, Elit nº 447 - febrero 2025
Título original: The Sex Solution
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situacionesson producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo, Bianca, Jazmín, Julia y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 9788410745834

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Si te ha gustado este libro…

Capítulo 1

Todo en él prometía ser tórrido, apasionado y alucinantemente erótico.

Tenía un aspecto extremadamente duro y viril con la camisa de algodón blanco con las palabras *Cowboy Up* estampadas en el pecho. El sudor empapaba la tela, haciéndola casi transparente. Un vello oscuro y rizado cubría su pecho. La tela de algodón se pegaba a los hombros y a los bíceps. El tejido de los vaqueros desgastados se ahuecaba a la altura de los genitales y moldeaba unas caderas estrechas y unas piernas musculosas.

Y se movía de una manera…

Tenía el aspecto de un hombre fuerte, seguro y decidido mientras alargaba la mano hacia el saco de pienso que tenía delante. Sus músculos se flexionaron y se estiraron cuando lo levantó para cargárselo al hombro.

Definitivamente, alucinante. Un hombre tan fuerte y atlético como Austin Jericho no podría ser nunca un amante perezoso. Acariciaría a una mujer hasta hacerle gritar de placer.

Y no era que Madeline Regina Hale lo supiera por propia experiencia. Sólo podía deducirlo de sus sueños más íntimos y atrevidos.

Continuó mirándolo a través del escaparate de la tienda e intentó calmar el repentino latir de su corazón. Incluso después de doce años, Austin continuaba siendo el hombre más atractivo de Cadillac, Texas.

Aquel pensamiento llegó acompañado de una oleada de nostalgia. De repente, todos aquellos años y su carrera como investigadora para una de las más importantes empresas de cosméticos de los Estados Unidos perdieron todo su valor.

Madeline volvía a tener diecisiete años otra vez. Volvía a ser una joven torpe e ingenua enamorada de un adolescente con las botas cubiertas de polvo y una cazadora de cuero negro.

Madeline siempre había reaccionado físicamente a la presencia de Austin.

Él, por su parte, jamás había reaccionado a la suya.

Y tampoco podía culparlo. Doce años atrás, Madeline pasaba completamente desapercibida. Sólo era una adolescente regordeta y con gafas del club de química, el único club académico de un instituto que vivía y respiraba para su equipo de fútbol y el campeonato del estado. Madeline nunca participaba en las fiestas en las que se celebraba la victoria del equipo. Pasaba las noches de los sábados en la panadería de su padre, preparando los dulces que venderían durante la mañana del domingo, y había sido elegida como la alumna más estudiosa del instituto durante cuatro años seguidos.

Austin, por otra parte, era entonces un adolescente atractivo, fuerte y rebelde. El mayor de los hermanos Jericho, un trío de rompecorazones que parecía haber inventado la palabra «escándalo». Un chico malo, siempre vestido de negro e incapaz de seguir las normas. Lo habían

elegido como el alumno que más probabilidades tenía de pasar algún tiempo en una prisión de máxima seguridad.

Un adolescente peligroso, eso era Austin entonces.

Por su actitud, por sus palabras. Por el efecto que tenía en el sexo opuesto.

Sin embargo, sólo un selecto grupo de mujeres había tenido la suerte de disfrutar de su compañía. La mayoría de ellas rubias y guapas de senos grandes y egos todavía mayores. Y todas tan salvajes como el propio Austin.

De pelo castaño y rellenita por culpa de las noches que pasaba en la panadería y con una existencia completamente rutinaria, Madeline no tenía manera de competir con ellas. De modo que se había conformado con desearlo desde lejos.

Como en ese momento.

En cuanto pensó en ello, se tensó. Porque, aunque continuaba mirándolo y deseándolo a una considerable distancia, las cosas habían cambiado.

Ella había cambiado.

Los reflejos rubios, una dieta estricta, una tabla de ejercicios, algunas lecciones de maquillaje y las suscripciones a *Cosmopolitan* y a *Vogue* eran los responsables de ese cambio. Pero, sobre todo, había cambiado por dentro. Ya no se quedaba a esperar a que la vida le diera lo que tenía que ofrecerle. Iba detrás de lo que quería y cuando quería. No se conformaba con sueños. Convertía sus sueños en realidad y vivía para las emociones.

Su teléfono móvil eligió aquel momento para sonar, desviando su atención de la imagen de Austin.

—¿Pero chica, dónde estás? —le preguntó Janice al instante.

Janice era la ex vicepresidenta del Club de Química y la dama de honor de la boda de Cheryl Louise Martin, motivo por el que Madeline se había tomado unos días libres en V.A.M.P. Cosmetics para regresar a su pueblo.

Cheryl Louise, dos años menor que Maddie, había sido miembro de honor del Club de Química gracias a su hermana mayor, Sharon, que había dejado su impronta en aquel grupo de estudio. Sus padres estaban siempre ocupados trabajando en el restaurante familiar, así que Sharon solía hacerse cargo de su hermana. Como todas las miembros del club eran íntimas amigas, además de compañeras de estudios, todas ellas cuidaban a Cheryl, y Madeline de forma particular. Sharon y ella habían sido amigas desde el jardín de infancia.

Habían sido…

La asaltó una imagen. La imagen de una oscura noche, una curva mortal, un árbol monstruoso y…

Madeline bloqueó su mente ante los recuerdos, como hacía siempre. La muerte de Sharon pertenecía al pasado y regodearse en lo que entonces había ocurrido no iba a devolverle a su amiga.

Además, Madeline no quería que las lágrimas arruinaran aquella feliz ocasión. Quería que la hermana pequeña de Sharon disfrutara de una gran despedida de soltera, que era, precisamente, lo que el Club de Química quería organizarle.

—¿Hola? —insistió Janice con impaciencia—. Madeline, se supone que deberías estar aquí hace diez minutos para traer las serpentinas para la fiesta.

—Estoy en la tienda de los Skeeter comprando todo lo que me dijiste ayer por la noche.

Desvió de nuevo la mirada hacia la ventana, a tiempo de ver a Austin cargando el último saco de pienso y sacudiéndose los guantes en el pantalón. Cómo había conseguido enfundarse unos

pantalones tan estrechos era todo un misterio.

—¿… las pilas para la cámara de Sarah? —las últimas palabras de Janice consiguieron hacerse oír por encima de los latidos de su corazón.

Madeline tomó aire y fijó la mirada en su cesta.

—Sí, ya las tengo.

—¿Y los carretes?

—También.

Tenía que controlarse. Ya no tenía diecisiete años y Jericho no lo era todo en absoluto. Sólo era un hombre. Un hombre de carne y hueso. Aunque de piel bronceada y pronunciados músculos.

Aquella idea le hizo revivir una de sus fantasías eróticas favoritas: Austin se agarraba el dobladillo de la camiseta y comenzaba a subírsela mostrando su abdomen musculoso y su pecho hasta que terminaba sacándosela por la cabeza. A continuación, se desabrochaba el botón de los vaqueros. Se bajaba la bragueta y…

Madeline desvió rápidamente el curso de sus pensamientos antes de que giraran hacia el terreno de su escasa vida sexual.

Porque ése era precisamente el problema.

Durante los seis meses anteriores, había estado tan concentrada en desarrollar una nueva loción corporal que había dejado su vida de lado. No había salido una sola noche de sábado desde que había comenzado aquel proyecto.

—¿Estás ahí, Madeline? —preguntó enfadada Janice—. ¿Qué te pasa?

—Estoy cansada, eso es todo.

—Ya tendrás tiempo de descansar a partir de mañana.

Dos semanas para descansar, exactamente. Madeline había renunciado a la compra de una máquina para hacer pan como regalo de boda y, a cambio, había prometido cuidarle a Cheryl la casa mientras ella pasaba la luna de miel en las Bahamas. Madeline habría comprado el aparato, pero se había conmovido al oír a la joven preocupada porque no sabía quién iba a hacerse cargo de sus plantas y de su perra.

Además, cuando trabajaba en un proyecto, prefería la soledad. De aquella manera, todo el mundo estaría a kilómetros de distancia y podría concentrarse.

Y no era que no le gustara la gran ciudad, su ruido y su caos. Y el tráfico. Y la niebla, y los interminables kilómetros de asfalto. Adoraba todo aquello. De hecho, ésa era la razón por la que había dejado Cadillac.

O, por lo menos, eso era lo que se había dicho a sí misma durante los últimos doce años. Tan a menudo, de hecho, que había empezado a creérselo.

—No te olvides de los globos. Porque tienen globos, ¿verdad? Porque ya me he acostumbrado a ver globos por todas partes. Cadillac debería aprender algunas cosas de Houston.

—Hay personas a las que les gusta hacer las cosas a un ritmo más tranquilo —repuso Madeline.

—Y también hay personas a las que les gusta ponerse pendientes en cualquier parte del cuerpo, pero eso no quiere decir que sea sano. Madeline, por favor, dime que hay globos.

—Estoy a punto de averiguarlo —Madeline avanzó por uno de los pasillos, ignorando una gran cantidad de galletas en favor de un enorme paquete de Oreos, que siempre habían sido una fuente de inspiración.

—Muy bien, acabo de encontrar una mina de globos —le decía a Janice segundos después.

—¿Y gorros? ¿También tienen gorros?

—Es una despedida de soltera, no un cumpleaños.

—Los gorros son muy divertidos. Quiero que en la fiesta todo el mundo esté de buen humor. Quiero que esta noche sea especial.

—Estaremos juntas por primera vez desde hace doce años. Será especial.

—El problema es que Cheryl Louise piensa traer a su caniche, Tilly. ¿Te acuerdas? Esa perrita que soltaba un gas cada vez que movía la cola.

—Intentaremos que todo funcione perfectamente. Intenta concentrarte en lo positivo.

Madeline había aprendido aquella importante lección cuando había dejado Cadillac para irse a la gran ciudad.

—Tienes razón. Aunque traiga a Tilly, por lo menos va a dejar a Twinkles en casa —Janice suspiró—. ¡Oh, Dios mío! ¡Los cacahuetes! No puedes olvidarte de los cacahuetes. Cheryl adora los cacahuetes y quiero que esta noche tenga todos sus cacahuetes favoritos.

—Ya los he comprado —y ya estaba bien de conversación, por el momento—. Nos vemos dentro de un rato.

Acababa de apagar el teléfono cuando volvió a sonar.

—Y un rotulador negro para tela —añadió Janice—. ¿Tendrán rotuladores?

—En Skeeter's tienen de todo.

Aquélla era la típica tienda de pueblo en la que podía encontrarse de todo, desde productos de ferretería hasta dulces y maquillaje.

—Bueno, ahora date prisa. Sarah acaba de traer la salsa de queso.

—Sí, señora —guardó el teléfono en el bolso.

Unos minutos después, se dirigía al mostrador, situado en la parte de atrás de la tienda, donde una mujer de pelo cano acababa de dejar una caja enorme al lado de la caja registradora.

—¿Maddie Hale? —Camille Skeeter se ajustó las gafas para verla mejor—. Dios mío, ¿eres tú?

—Sí, soy yo, Madeline Hale —había dejado el nombre de Maddie abandonado junto a su antigua imagen.

La mujer sonrió mientras abría la caja y sacaba la pistola con las pegatinas de los precios.

—Dios mío, da gusto mirarte. Me gustaría que Ben te hubiera visto, pero ahora mismo está haciendo la entrega de los nuevos columpios. Es el alcalde de Cadillac—le explicó Camille.

—Sí, ya me he enterado. Felicidades. Entonces, ¿ahora lleva la tienda usted sola?

—Claro que sí —Camille se secó el sudor de la frente—. Pero una mujer sólo puede hacer determinadas cosas, y siempre tengo al lado a mi hombre. Y bueno…, ¿cómo están tus padres? No hemos tenido muchas noticias suyas desde que se fueron al sur. ¿Cómo les va en Port Aransas? —le preguntó mientras comenzaba a registrar en la caja los productos que Madeline había comprado.

—Al principio estaban un poco aburridos, pero ya han conseguido instalarse en una agradable rutina. Mi padre se pasa el día pescando y haciendo todo lo que puede para alejarse de cualquier cosa que huela remotamente a dulce. Y mi madre ha abierto una tienda de artesanía.

—Parece que se están divirtiendo.

—Por fin.

La madre de Madeline había pasado veinte años trabajando como profesora de ciencias naturales del instituto y su padre era un adicto al trabajo que veía pasar la vida desde el mostrador de su panadería.

Hasta el año anterior.

A su madre le habían diagnosticado entonces una enfermedad crónica del corazón que les había ayudado a darse cuenta de lo que la propia Madeline había aprendido el fatídico día que había perdido a Sharon: la vida era demasiado corta para desperdiciarla. De modo que habían vendido la casa y la panadería y se habían ido a vivir a la costa de Texas.

—Mi madre se dedica a hacer collares de caracolas y mi padre a pescar —y Madeline tenía un joyero lleno y un congelador saturado de pescado para demostrarlo.

—Tiene que ser muy divertido. Ben y yo necesitamos más diversión en nuestras vidas, pero su horario es muy absorbente y yo paso prácticamente las veinticuatro horas del día en la tienda —suspiró y sonrió—. ¿Y qué me dices de ti, cariño? Me han comentado que trabajas en una de esas lujosas compañías de cosméticos de Dallas.

—En V.A.M.P. Cosmetics —Madeline rebuscó en el bolso—. Tome, aquí tiene unas muestras de un lápiz de labios con sabor a fresa.

Camille se pintó los labios.

—Pero si sabe buenísimo. Caramba. Seguro que a Ben le encantará. Odia la marca que llevo ahora. Dice que sabe a cera.

Objetivo cumplido. V.A.M.P. Cosmetics había pasado de ser un pequeño negocio a una importante industria centrándose en la naturaleza sensual de sus productos. Tenían lociones que provocaban un cosquilleo en la piel. Máscaras de ojos que convertían en tupidas y sexys hasta las pestañas menos voluminosas. Baños de gel suaves como una caricia y barras de labios de diversos sabores. «Seduce a tus sentidos», ése era el lema de V.A.M.P.

—¿Entonces es verdad que haces tú estas cosas? —preguntó Camille mientras comenzaba a guardar en una bolsa todas las compras de Madeline.

—Claro que sí.

—Es increíble.

—Supongo que sí —sobre todo, teniendo en cuenta que lo único que hacía Madeline cuando estaba en el pueblo era preparar dulces en la cocina de la panadería de su padre.

—¿Y qué estás inventando ahora? ¿Un nuevo lápiz de labios?

—En realidad, mi último proyecto está relacionado con los cuidados de la piel. Todavía no tengo muchos detalles, pero en cuanto haya hecho algo, le traeré algunas muestras.

—¿De verdad? ¡Oh, me encantaría! —Camille se metió el diminuto lápiz de labios en el bolsillo de la bata y tosió—. Perdón, cariño —buscó un vaso de agua detrás del mostrador. Después de beber un trago, se aclaró la garganta y sonrió—. ¿Qué más puedo hacer por ti?

Madeline miró tras ella hacia el expositor de preservativos y señaló una caja.

—Deme una de ésas.

—Una chica buena e inteligente —Camille le guiñó el ojo y le tendió una caja.

—Estamos preparando la decoración para la fiesta de despedida de soltera de Cheryl. Si aparezco sin los preservativos, Janice me matará. Es un poco obsesiva.

Después de pagar las compras, Madeline tomó la bolsa y comenzó a dirigirse hacia la puerta. Pero no había dado dos pasos cuando volvió a sonar el teléfono. Se cambió el bolso de mano y rebuscó en su interior hasta encontrar el teléfono.

—Preservativos —dijo Janice en el momento en el que Madeline pretendía saludarla.

—Ya los tengo —Madeline dobló una esquina—. ¿Y te importaría dejar de preocuparte? ¡Ay!

Contuvo la respiración al chocar contra una masa sólida y caliente. El corazón se le detuvo. El teléfono cayó al suelo. Y el bolso terminó en el mismo lugar con un sonido sordo. La bolsa le

siguió y todos los productos terminaron desparramados por el suelo.

—Lo siento —comenzó a decir—, no te había…

«Visto», le impidió decir el nudo que tenía en la garganta. Alzó la cabeza y se descubrió frente al pecho del hombre más atractivo de Cadillac.

Capítulo 2

Los ojos de Austin Jericho eran más azules de lo que Maddie recordaba. Más profundos. Más inquietantes.

—Me ha parecido reconocerte —su voz, tan profunda y ronca, se deslizó como una caricia en los oídos de Madeline, erizándole el vello de la nuca.

La joven centró la atención en su boca.

Austin siempre había tenido unos labios magníficos. El labio inferior, ligeramente más lleno. Eran labios sensuales. Labios hechos para ser besados, o al menos eso era lo que Madeline pensaba cada vez que le veía sentarse a la mesa que estaba frente a la suya y abrir el libro para la clase de álgebra.

—¿Me has reconocido?

Por supuesto, gracias a la bibliotecaria del instituto, Marshalyn Simmons, que había reclutado a Madeline como tutora de Austin, habían pasado juntos la mayor parte de las tardes del último año del instituto, pero, si no hubiera sido por eso, Austin no habría ni reparado en su existencia.

Excepto en una ocasión.

Madeline estaba de pie entre las sombras del estadio un viernes por la noche, cuando los Cadillac Coyotes habían dado una buena paliza a los Hondo Hogs. Aquél había sido el primer y último partido de fútbol al que Madeline había asistido.

Había renunciado a su jornada habitual en la panadería para poder ver a Austin en un espacio diferente al de la biblioteca. Por supuesto, no había sido una cita ni nada parecido. Sólo era un encuentro sobre el que ella había concebido grandes planes.

Madeline todavía podía oler la fragancia de las palomitas de maíz, oír el rumor de la multitud y sentir el aire salvaje que emanaba del cuerpo del chico que avanzaba hacia ella. Austin la había mirado a los ojos y ella le había mirado a los suyos. Y, durante unos preciosos segundos, se había producido entre ellos una química explosiva.

Pero no había tardado en llegar el momento de la verdad y Madeline había terminado comprendiendo una de las más importantes lecciones de su vida: las chicas gorditas como ella nunca acababan con chicos como Austin.

Afortunadamente, había dejado de ser la antigua Maddie. Se había convertido en Madeline Hale; una mujer sofisticada. Una mujer de mundo. Una mujer perversa.

Aunque estando Austin tan cerca le resultaba difícil recordarlo.

—Cuando te he visto por el escaparate me he dicho a mí mismo, «vaya, pero si esa chica parece Maddie Hale» —la señaló con un gesto—, y fíjate, aquí estás.

—¿Me has visto por el escaparate? —le parecía increíble—. Así que me has visto —repitió.

—Estás magnífica.

—¿Que estoy magnífica? —sacudió la cabeza. ¡Tenía que poner en funcionamiento todas las alertas!—. Eh, bueno, sí, supongo que estoy bastante mejor. Tú también. Eh, tú también estás muy bien, quiero decir.

—Lo que estoy es empapado. Hace tanto calor que se podría freír un huevo en el asfalto —bajó la mirada hacia su camiseta empapada en sudor—. Pero gracias de todas formas.

—Incluso sudoroso y cubierto de polvo estás magnífico —se apresuró a decir—.Vaya, yo diría que así estás especialmente atractivo.

Austin volvió a sonreír.

—Creo que me gustaría tomar algún refresco. Digamos… —la miró como si acabara de ocurrírsele algo—, sí, podríamos ir a tomar un batido, si es que no estás ocupada.

—¿Quieres ir a tomar un refresco? ¿Conmigo? Eh, bueno, por supuesto que quieres. Y sí, me gustan los batidos. Bueno, me gustaban. Porque ahora sólo tomo refrescos sin azúcar.

Austin la miró estupefacto.

—¿Refrescos sin azúcar? ¿Estás bien? ¿No te has dado un golpe en la cabeza ni nada parecido?

—Yo… —qué bien olía aquel hombre. Y cómo le gustaba mirarle.

Madeline se descubrió a sí misma deseando haberse puesto los pantalones negros. Los pantalones negros le hacían más delgada.

—No, estoy perfectamente.

Claro que sí, se dijo, y no necesitaba ningún pantalón negro para demostrarlo. Ella ya no estaba gorda. Era una mujer voluptuosa. Y estaba orgullosa de cada uno de sus centímetros.

—Estoy bien, de verdad.

—Ésa es una buena noticia.

Afortunadamente, en aquel momento Austin dejó de prestarle atención y miró a su alrededor. Madeline volvió de nuevo a la realidad y siguió el curso de su mirada, hasta aterrizar en el contenido de su bolsa.

—Eso es lo que he conseguido por ir con tantas prisas.

Se arrodilló, agradeciendo poder olvidarse de Austin y se concentró en recoger sus cosas.

—Ya no hacen bolsas como las de… —sus palabras se desvanecieron cuando se fijó en la punta de sus botas.

Unas botas magníficas. Totalmente asexuales. Que no tendrían por qué inspirar ningún pensamiento lascivo. A no ser, por supuesto, que evocaran una imagen de Austin, fuerte y potente, y llevando únicamente encima aquellas botas que…

Sus pezones se irguieron. Le temblaron los muslos. Y sintió una cálida humedad entre las piernas.

Tomó aire y alargó una mano hacia la lata de cacahuetes y otra hacia las pilas.

—Buena elección.

—Gracias, puedes recargarlas si quieres…

Pero enmudeció al darse cuenta de que Austin no se refería a las pilas, sino a la caja de preservativos que acababa de levantar del suelo.

—No son… —empezó a decir Madeline avergonzada.

Pero sus miradas se cruzaron entonces.

Deseo. El fogonazo que iluminó los ojos de Austin, era inconfundible. Y, durante unos instantes, Madeline volvió a ser la adolescente de diecisiete años que miraba a su compañero de clase por encima del libro de álgebra, deseándolo y deseando que él la deseara.

Pero aquello no era un sueño. Y Austin la estaba mirando como si le gustara.

—¿Siempre compras cajas tan grandes?

—No son… —comenzó a decir antes de que el sentido común le hiciera morderse la lengua—. Cuanto más grande, mejor.

—Y yo que pensaba que lo del tamaño no era muy importante para las mujeres.

—Las pequeñas están bien, pero las grandes son más económicas. Se disfruta más por el mismo precio. Especialmente con esta marca. Te dan tres gratis.

—Yo siempre he comprado los rojos, pero a lo mejor debería probar éstos.

—Son mucho mejores —como si lo supiera—. Y están… —miró hacia la caja—, lubricados.

Él asintió.

—La lubricación siempre es buena.

—Y tienen espermicida. Por cierto, eso que estabas diciendo de ir a tomar…

—En realidad tengo que irme —la interrumpió como si acabara de recordar algo muy importante. Le metió los preservativos en la bolsa y echó a andar.

Madeline se incorporó después de recoger los últimos productos. ¿Le habría oído bien?

—¿Y el refresco de cola?

—No me gusta, me deja mal sabor de boca.

—Puedes tomarte un batido y yo me tomaré una cola.

—Me encantaría, cariño, pero me está esperando un caballo enfermo —se sacó una receta del bolsillo—. El veterinario me ha dicho que necesita uno de los linimentos de Ben —le tendió su bolso—. Toma. Me alegro de volver a verte, Maddie.

—Madeline, ya nadie me llama Maddie.

—Madeline… —repitió Austin con el ceño fruncido, como si también su nombre le dejara un mal sabor de boca—. Cuídate.

Y, sin más, se dirigió hacia el mostrador, dejándola estupefacta ¡Austin se había fijado en ella! Pero después… ¡Riinnng!

Sus pensamientos se disiparon ante el estridente sonido del móvil. Madeline desvió la atención de la deliciosa espalda de Austin y buscó en el bolso.

—Ahora mismo estoy saliendo —le dijo a una frenética Janice cuando por fin consiguió contestar.

Agarró la bolsa y salió hacia el turismo negro que la esperaba en la acera. El teléfono volvió a sonar cuando estaba sentada tras el volante.

—Necesitamos hielo —le advirtió Janice.

—Hielo —dijo Madeline, y cortó la llamada.

Estuvo a punto de apagar el teléfono, pero, aunque estaba irritada, no era una irresponsable y sabía que Duane, su ayudante de laboratorio, podría necesitarla.

Sintió una oleada de ansiedad al pensar en aquel joven. Puso el motor en marcha, conectó el aire acondicionado y marcó inmediatamente su número.

Duane era un inconformista, fresco, creativo y poco amante de seguir las normas. Por eso era tan brillante. No tenía miedo de probar cosas nuevas, de correr riesgos. Desgraciadamente, su audacia se traducía a veces en imprudencia.

Madeline intentó sofocar sus nervios. No era la primera vez que se marchaba y cada vez que había vuelto, había encontrado el laboratorio en su lugar. Por supuesto, su mesa estaba ligeramente quemada porque Duane había ignorado la norma de no llevar comida al laboratorio y se había comido un perrito caliente con chile mientras mezclaba los ingredientes para un

exfoliante. Desgraciadamente, el chile contenía unas especias que, en contacto con algunos ingredientes del ácido, habían demostrado arder.

—¿Estás bien? —preguntó cuando Duane contestó el teléfono al décimo timbrazo.

—Hoy ni siquiera he comido chile. Pero podría apetecerme una buena taza de café. Y un sándwich de mantequilla de cacahuete.

—Cómetelos en la habitación de descanso.

—¿No lo hago siempre?

—Pues la verdad es que…

—He superado esa etapa —contestó él rápidamente—. Soy un hombre nuevo. Supongo que es la consecuencia de haber tenido que vivir sin cejas durante seis meses.

Madeline estuvo a punto de discutírselo, sobre todo porque había encontrado una taza de café debajo de su mesa. Pero Duane era la clase de persona que tenía que aprender por sí misma.

—¿Has terminado las pruebas para la loción?

—Hoy he terminado la número cinco. Está lista para salir.

—Tenemos que hacer la sexta prueba antes de tomar una decisión.

—He obtenido el mismo resultado las cinco veces. No va a salir nada distinto, confía en mí.

—¿Te he dicho ya que he encontrado una tienda de tatuajes en la que te pueden tatuar unas cejas permanentes? Doscientos pinchazos y ya no tendrás que volver a preocuparte.

—Muy bien, muy bien. Haré otra prueba. ¿Y tú? ¿Ya has decidido qué fragancia va a tener esta loción? Podríamos elegir algo especial. Café, o mantequilla de cacahuete.

—Queremos recordar a las mujeres su sensualidad, no lo que han comido.

—Eh, a todo el mundo le gusta oler una buena taza de café.

—Termina las pruebas y mete los datos en el ordenador. Yo los revisaré más adelante.

—¿Y para cuándo será el cambio?

—Estoy trabajando en ello.

—Eso espero. Me está entrando claustrofobia en este laboratorio tan pequeño. Necesito espacio. Tener mi propia mesa, mi propia cafetera.

—¿Te he oído sorber?

—Ha sido mi estómago. Toda esta conversación me está dando hambre. Y sed.

—Espérate hasta el almuerzo.

—¿No lo hago siempre?

Madeline apagó el teléfono, lo guardó en el bolso y alzó la mirada justo a tiempo de ver a Austin Jericho saliendo de la tienda. Austin cruzó la calle con determinación y se montó en su camioneta.

Madeline todavía no se lo podía creer. Austin se había fijado en ella. La había reconocido. Y se había sentido atraído hacia ella.

Sonrió. Quizá haber vuelto a casa no estuviera tan mal.

Tenía que encontrar un hombre inmediatamente. Un hombre era lo único que necesitaba para demostrar a sus amigas que se había convertido en la mujer más atrevida de Texas. Fijó la atención en la tarjeta que acababa de sacar.

Si quieres ser una chica mala, la clave está en ser franca y audaz. Incluso al hombre más atrevido le gustan las mujeres perversas. Así que compruébalo por ti misma y dale un beso.

—¿Qué tal con él? —todos los ojos de la mesa giraron hacia la pista de baile.

—Ni se te ocurra —Janice negó con la cabeza—. Te estás poniendo en evidencia, Eileen.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Llevas tanto tiempo casada que te has olvidado de lo que es un hombre sexy. No estamos hablando de un hombre guapo y dulce.

Eileen, una rubia bajita, se irguió en su asiento.

—Bueno, como a mí me gustan los hombres dulces, para mí un hombre dulce es también un hombre sexy.

—Ignoradla —les advirtió Janice a las demás—. Últimamente no sale mucho. ¿Y qué me decís de él? —señaló con las cejas a un hombre que bailaba en la pista con una sonriente pelirroja entre sus brazos—. Desde luego, sabe cómo llenar unos vaqueros.

—No es muy atractivo —Brenda Chance, ex tesorera del Club de Química, se ajustó las gafas.

Brenda trabajaba como decoradora de interiores en Austin, pero en su día, era capaz de recitar la tabla periódica más rápido que cualquiera del condado de Kendall. Aunque era una mujer pragmática, también tenía una naturaleza romántica.

—Definitivamente, tiene una cara que sólo podría gustarle a su madre —continuó Brenda—. Mi Cal es guapísimo —suspiró con aire soñador y miró a su alrededor hasta encontrar otro hombre—. ¿Y qué me decís de ése? —sonrió—. Tiene unos ojos bonitos, el color es idéntico al de Cal.

—Muchacha, es tan guapo como un pitbull —replicó Janice—. Además, tiene unos brazos enclenques. Necesitamos músculos.

—Y buenas manos —añadió Sarah.

En el pasado, Sarah Buchman había sido, además de una joven guapa e inteligente, la más mala de las chicas malas de Cadillac. Sin embargo, a partir de la muerte de Sharon, había cambiado. En aquel momento, permanecía tranquilamente sentada junto a las demás, con el pelo recogido en una cola de caballo y los labios sin pintar, sin aquel lápiz de labios rojo que siempre había adorado. Por un instante, el anhelo inundó su mirada.

—Antes me encantaban los hombres de manos grandes.

—Y bigote —intervino Brenda—. Cal tiene bigote.

—Para las pieles sensibles son mortales —aquel comentario fue de la futura novia—. Se supone que tiene que besarle, no terminar con un sarpullido en la cara.

—Déjame a ver si lo entiendo —Brenda volvió a ponerse las gafas—. ¿Tiene que bailar con él y besarle?

—Si es que quiere ganar el juego —respondió Sarah.

—Entonces, si le besa y no baila con él, ¿gana la mitad de los puntos?

—No, o todo, o nada —replicó Janice.

—¿Y qué tiene que ser antes, el beso o el baile? —preguntó Eileen.

—Eso no importa —Madeline señaló la carta que le había tocado y examinó sus posibilidades.

—Pero no puedes acercarte a un hombre y besarle —replicó Brenda—. Es demasiado atrevido, ¿qué pensaría de ti?

Madeline sonrió y señaló el tablero del juego que tenían sobre la mesa.

—Que soy la mujer más perversa de Texas.

—Yo que tú hablaría antes con él —le aconsejó Cheryl Louise—. Hablaría un poco y después le besaría; es más romántico —suspiró y miró con aire soñador a un hombre que estaba cerca de

la barra, rodeado por un grupo de amigos.

Éstos alzaron sus jarras de cerveza a modo de saludo. El hombre en cuestión miró por encima del hombro y le sonrió. Cheryl le devolvió el saludo.

—Así es como nos conocimos Jack y yo. Él me pidió que lo acompañara al baile benéfico de Chili Chowdown el año pasado. Comimos, hablamos y bailamos. Después, él me besó con tanta ternura que comprendí que era el hombre de mi vida.

—Qué romántico —suspiró Brenda.

—Qué extraño —replicó Janice.

—No sé por qué tiene que ser extraño descubrir al hombre de tus sueños bailando con él y besándolo.

—Lo que es extraño es que el novio y la novia celebren la despedida de solteros a la misma hora y en el mismo bar. ¿Cómo demonios se supone que te vas a soltar el pelo si tu prometido está a sólo unos metros?

—No tengo el pelo tan largo como para tener que soltármelo. Además, éste es el único lugar de Cadillac en el que hay pista de baile. Y el Pink Cadillac es demasiado pequeño.

El Pink Cadillac era el único bar situado dentro de los límites del pueblo. Era un lugar magnífico para visitar y tomar una copa, pero no tenía el ambiente festivo de aquellos bares con el suelo lleno de serrín, preparados para bailar country, como el Cherry Blossom Junction.

El Cherry Blossom Junction era propiedad de Eden Hallsey Weston, una chica mala que había terminado casándose con el chico mimado del pueblo. La noticia había sorprendido a todo el mundo, especialmente a Janice, que se había enterado a través de Cheryl Louise, que había ido a la boda. Eden siempre había sido dada a los escándalos mientras que Brandy no se había desviado en ningún momento de los caminos que le había trazado su conservadora familia. Eran polos opuestos, sí, pero se habían enamorado locamente, como en los cuentos de hadas.

Madeline no creía en los cuentos de hadas. Los hombres guapos y rebeldes no terminaban con las chicas buenas y gorditas.

Y ésa era la razón por la que había cambiado la antigua Madeline tras el funeral de Sharon. Maddie se había dado cuenta entonces de lo preciosa que era la vida y había decidido disfrutarla plenamente. Eso significaba vencer sus miedos y aprovechar todas las oportunidades. Convertirse en una chica audaz y atrevida capaz de vivir el momento y olvidar a la chica tímida y acomplejada que se pasaba los días soñando y trabajando en la panadería de su padre.

Y aunque les deseaba a Eden y a Brandy lo mejor, esperaba algo más de la vida que un marido, un puñado de hijos y una existencia aburrida en un pueblo desesperantemente pequeño.

Sobre todo porque guardaba muy malos recuerdos de aquel lugar. Como el de haber sido constantemente ignorada por el hombre de sus sueños, o el de haber perdido a su más íntima amiga.

Sintió una opresión en el pecho y se obligó a prestar atención a la conversación de sus amigas.

—Podríamos haber ido a Austin —señaló Janice—. Conozco un club especializado en bailarines…

—¿Y volver al amanecer? Necesito dormir para estar guapa mañana.

—Bailarines medio desnudos —añadió Janice.

—Yo prefiero saber que Jack está aquí —Cheryl Louise le saludó con un gesto y le guiñó el ojo antes de prestarles atención a sus amigas.

—Pero esos bailarines son guapísimos.

—Déjalo —le pidió Madeline—. A una mujer tan desesperadamente enamorada no le

interesan los tangas.

—A menos que se lo ponga el hombre del que está enamorada —señaló Brenda—. Cal se puso uno un día para mí.

—Vamos, chicas —intervino Cheryl Louise—. Madeline necesita encontrar un hombre y no la estamos ayudando a concentrarse.

—¿Y quién quiere que se concentre? —preguntó Sarah—. Lo siento, Madeline, pero me gustaría ganar.

—Sólo es un juego —les advirtió Cheryl Louise—. Un juego estúpido que se supone que tiene que ser divertido.

—Dices eso porque estás a punto de casarte y prometer que no volverás a ser mala, pero a algunas de nosotras nos gustaría mantener nuestra reputación.

—Vosotras no tenéis ese tipo de reputación —le contestó Cheryl Louise a Janice—. Y nunca la habéis tenido. La única que fue algo mala fue Sarah, e incluso ahora se ha convertido en una mujer aburrida. No te ofendas, Sarah. Estás deseando ganar para no tener que ir a buscar a tío Spur al aeropuerto.

—¿Tío Spur viene a la boda? —preguntó Madeline, recordando a aquel anciano con malas pulgas que iba a casa de Cheryl y Sharon cada Navidad.

—Por supuesto que viene. No me habría casado si no viniera —y, como si hubiera notado el efecto que tenían sus palabras, preguntó—: ¿Qué tiene de malo tío Spur?

—Nada —contestó Madeline—. Es sólo que… es un hombre con mucho carácter.

—Con un carácter detestable —añadió Brenda.

—La última vez que le vi, me escupió tabaco en el zapato —dijo Janice.

—Estaba practicando para un concurso. Entonces era el campeón del condado de Waller. Pero las cataratas le han hecho perder el puesto. Ya nunca escupe. Además, yo misma iría a buscarlo si tuviera tiempo.

—No te preocupes por eso —la tranquilizó Madeline—. Iremos una de nosotras.

—Sí —dijo Janice—. La que pierda tendrá ese privilegio —se volvió hacia Madeline—. Elige uno o renuncia.

Pero Madeline no iba a rendirse. Y no tanto por ganar, sino porque aquel juego le serviría para demostrar a sus amigas, y a sí misma, que realmente había cambiado.

Miró a su alrededor y vio al que iba a convertirse en su objetivo entrando en ese momento. Reunió valor. Había llegado el momento de la verdad.

Aquélla era una absoluta pérdida de tiempo, se decía Austin Jericho mientras entraba en la única sala de baile de Cadillac, Texas.

En realidad, Austin no tenía nada en contra de las salas de baile, y menos de aquélla. Aquel lugar tenía personalidad, había sido una estación de tren en otro tiempo y estaba lejos de ser el típico bar de Texas. Las cervezas se servían desde detrás de un original mostrador de madera tallada. En vez de toro mecánico, tenía una locomotora en una esquina y las paredes estaban decoradas con los horarios de los trenes.

Pero, de la misma forma que si un jugador decidiera comenzar a ahorrar dinero intentaría mantenerse lejos del bingo, Austin, que consideraba que había llegado el momento de encontrar una mujer tranquila con la que sentar la cabeza en el rancho, debería haber evitado el Cherry Blossom Junction. Lo que tenía que hacer era participar en las salidas campestres que organizaba

la iglesia para encontrar a la mujer que podría hacerle feliz, un objetivo en el que había estado trabajando durante las tres semanas anteriores.

En el proceso, había ido reduciendo sus posibilidades: Debbie, la profesora del jardín de infancia, Christine, enfermera de la residencia, Ángela, la directora del coro de la iglesia, Jennifer, que dirigía la Sociedad Protectora de Animales, y Claire, que se ocupaba del centro de día del pueblo. Todas eran mujeres agradables y atractivas. El problema era que todas eran tan parecidas, tan iguales con sus tartas de manzana recién horneadas y sus encantadoras sonrisas, que no tenía la menor idea de a cuál elegir.

Pero le había dado su palabra a la señorita Marshalyn Simmons e intentaría mantenerla. Marshalyn Simmons era la bibliotecaria del pueblo y especialista en hacer tartas para ocasiones especiales. También era una mujer muy cabezota y lo más parecido a una madre que Austin había conocido desde que perdió a la suya con sólo cinco años. Austin le había prometido a la señorita Simmons que sentaría la cabeza antes de su fiesta de despedida, pues ella estaba a punto de marcharse a vivir con su hermana a Florida. Y aunque la anciana quería alguna prueba de que había cambiado, no esperaba que encontrara a una mujer con la que casarse antes de que ella se fuera.

Sólo quería verle con una candidata seria. A cambio, ella le había prometido cerca de quinientas hectáreas de pasto.

Aunque él estaba más que dispuesto a comprar aquellas tierras, la señorita Simmons se negaba a vendérselas. No quería dinero, sino tranquilidad, y por eso le había hecho una oferta que él no podía rechazar.

Aquel terreno no era el único motivo de su decisión. Había llegado a un techo en su vida profesional y lo necesitaba para extender el ganado, pero también había llegado a un callejón sin salida en su vida personal. Un hombre no se podía pasar la vida trabajando. Cuando el sol se ponía y llegaba la noche, tenía que volver al hogar.

Pero Austin no tenía un hogar. Por supuesto, tenía su propia casa, que había comprado y pagado con el sudor de su frente. Pero no tenía un hogar acogedor, lleno de risas, buenos olores y calor. La casa de la señorita Marshalyn tenía las tres cosas y era lo más parecido a un verdadero hogar que había conocido nunca.

Austin quería tener su propio hogar, formar su propia familia. Y eso significaba que tenía que encontrar a la mujer adecuada. La clase de mujer que plantaba un huerto, desenvainaba guisantes y cocinaba dulce de boniato.

Y ésas eran las razones por las que debería estar en cualquier otro lugar que no fuera el Cherry Blossom Junction.

—¡Eh, aquí! —una voz familiar le llamó la atención.

Austin se volvió hacia el grupo de hombres que se había reunido en la barra.

Austin no pudo evitar sonreír al verlos, particularmente al ver al que llevaba una bola de preso de gomaespuma colgando del cuello y un letrero en el que anunciaba que él era el novio.

Jack Beckham era uno de los más antiguos amigos de Austin y se casaba al día siguiente.

—Eres la última persona que esperaba ver por aquí, ¿no deberías estar en el bingo?

Austin se volvió hacia su hermano pequeño, que sonreía con una bien dotada rubia agarrada a su brazo.

—Es por una buena causa. Además, ésta es la noche de los ancianos en el bingo y yo busco una mujer varios años más joven. Supongo que no pretenderás aceptar tú la oferta de la señorita Marshalyn.

Houston Jericho le guiñó el ojo y estrechó a la rubia contra él.

—Me temo que no. No tengo ninguna prisa por sentar la cabeza. Ése es tu sueño, no el mío.

—Todo hombre tiene que madurar en algún momento.

Marshalyn le había hecho la misma oferta a Houston cuando éste les había sorprendido apareciendo en el pueblo el día anterior por la mañana.

Estaba participando en el rodeo más importante de los Estados Unidos y la final iba a celebrarse en Las Vegas al cabo de unas semanas. Nadie esperaba que dejara los entrenamientos para acudir a la boda. Pero Houston y Jack también eran buenos amigos. De modo que Houston había vuelto a casa.

Pero no a sentar la cabeza, como rápidamente le había dejado claro a la señorita Marshalyn. Houston era un hombre libre, iba a donde quería y cuando quería, y pretendía que las cosas siguieran de ese modo.

—Lo de envejecer te lo dejo a ti —le dijo a su hermano mientras bebía un sorbo de cerveza.

—Estamos hablando de madurar.

—Es lo mismo —Houston le guiñó el ojo—. Todavía me quedan muchos toros que montar. Y, salvo las mujeres, no he conocido nada mejor —le guiñó un ojo a la rubia—. Además, me gusta mi vida tal y como es. Alejarme de este pueblo es lo mejor que he hecho en mi vida.

—¿Te refieres a huir?

—Yo no huyo de nada ni de nadie —contestó arrastrando las palabras e hizo girar a la rubia hacia la pista de baile—. Hablaremos más tarde, hermanito.

Austin siguió a Houston con la mirada. Claro que estaba huyendo. Huía del legado que les habían dejado a los tres hermanos Jericho desde su nacimiento. Dallas, el más pequeño, se había reconciliado con el pasado el año anterior, cuando se había casado con el que había sido el amor de su infancia. Y se había convertido en un hombre feliz y satisfecho.

Austin deseaba lo mismo para él.

O al menos eso era lo que se decía.

Pero entonces oyó una voz dulce y sexy, una voz familiar. Sintió una oleada de calor y de pronto deseó algo completamente diferente.

—Perdón.

Alguien le dio unos golpecitos en el hombro y se volvió para descubrirse frente a un par de ojos de un verde reluciente. Los mismos ojos que le habían mirado por encima de una caja de preservativos ese mismo día.

Por primera vez desde que Austin se había prometido a sí mismo encontrar una esposa, se preguntaba realmente si quizá, sólo quizá, no estaría cometiendo un gran error.

Capítulo 3

Austin tomó aire e intentó tranquilizarse mientras registraba un hecho de gran importancia: aquélla era Maddie Hale. El ratón de biblioteca que atendía durante las clases en vez de dedicarse a intercambiar notas con las amigas.

En realidad, había escrito una nota en una ocasión, pero Austin había hecho todo lo posible durante aquellos doce años por olvidar aquella declaración poética que había llegado a sus manos por pura casualidad. Y también había intentado olvidar aquellos momentos de tensión que se habían producido la primera vez que la había mirado de verdad.

Dejando la nota de amor a un lado, Maddie continuaba siendo la chica tímida que se sonrojaba cuando lo miraba tras atreverse a desviar la mirada de su libro de álgebra y le llevaba magdalenas caseras.

Y aquella tarde, había sido un error pensar que podía haberse convertido en algo más que en aquella joven dulce y recatada.

Y la prueba colgaba de la cabeza de Cheryl Louise.

Austin miró por encima de la rubia melena de Maddie, que olía a fresas con nata, para observar al grupo de mujeres.

La novia llevaba en la cabeza una tela blanca decorada con preservativos. Con seis, para ser exactos. De la misma marca y el mismo tamaño que los que Maddie había comprado aquella tarde. De modo que, obviamente, no habían sido para su uso personal.

Había sido una locura pensar algo parecido. Para empezar, Maddie no era de las chicas que compraban preservativos. Ella era una de esas chicas tranquilas y dulces que se reservaban para el hombre de sus sueños. ¡Pero si hacía magdalenas, por el amor de Dios! Unas magdalenas gigantes, que se derretían en la boca. Por supuesto, no podían competir con el dulce de boniato de la señorita Marshalyn, pero se le acercaban.

Además, era una antigua amiga. La única amiga, de hecho, que merecía ese título. Austin Jericho nunca había tenido compañía femenina por la que no tuviera un interés sexual. Él siempre quería algo de las mujeres y las mujeres querían algo de él. Pero Maddie, no.

Lo único que quería Maddie de él era que le prestara atención cuando le estaba explicando las lecciones de álgebra. No había miradas de soslayo, ni movimientos de pestañas, ni manos que señalaban provocadoramente su escote. Diablos, si Austin ni siquiera se había fijado en sus senos por culpa de aquellos vestidos de flores con forma de saco que siempre llevaba.

Excepto aquel viernes en el partido de fútbol. Aquel día, Maddie se había puesto un jersey rojo y unos vaqueros y él se había fijado por primera vez en su figura. Tenía unas caderas bonitas y redondeadas. Senos grandes. Pero aunque mostraban sus formas, sus prendas no eran muy reveladoras.

A diferencia de las que llevaba en aquel momento.

Sus ojos se desviaron hacia el cremoso escote de un top de cuero negro. Se le secó la boca.

Tranquilo, se dijo. ¿Qué más le daba que mostrara el inicio de sus senos? Eso no significaba que hubiera cerrado la puerta a la moralidad y se hubiera convertido en una mujer apasionada y salvaje. Estaba hablando de Maddie, se recordó a sí mismo mientras bebía un sorbo de cerveza.

La única chica con la que había podido hablar de cosas como su amor por los caballos y su desesperación por hacer algo que le permitiera dejar de cargar con la reputación de su familia. A Austin nunca le había preocupado impresionar o enamorar a Maddie. Nunca había pensado en ella de esa manera.

Bueno, quizá una vez, cuando había abierto esa carta de amor. Pero cuando le había preguntado por ella en el partido de fútbol, Maddie le había jurado que no era para él. Austin había preferido dejar así las cosas y había ido a dar una vuelta en la Harley con Barbara Mayfield, una vuelta que había completado con otras vueltas todavía más salvajes en el remolque de la camioneta de su padre.

Fijó la atención en los labios de Maddie. Unos labios llenos, suaves, besables. El corazón le dio un vuelco y la sangre se le concentró en cierta parte de su anatomía.

—¿Qué? ¿Estás preparado para bailar?

Sí, estaba preparado, pero su palpitante erección no tenía nada que ver con el baile, y estaba directamente relacionada con Maddie.

«Madeline. Ya nadie me llama Maddie».

Y Austin comprendía perfectamente por qué. Parecía tan sofisticada, tan sexy, tan…

¿Y qué?

Aunque el envoltorio fuera diferente, continuaba siendo Madeline.

Sonrió, dejó la cerveza en la barra y le tendió la mano.

—Vamos a bailar, cariño.

No había nada respetable en la mujer que tenía entre los brazos.

Aquella idea se le ocurrió en el momento en el que pisaron la pista de baile y ella le rodeó el cuello con los brazos. Sus senos llenos presionaban su pecho. Su pelvis rozaba la suya y se restregaba contra él meciéndose de forma sutil.

Aquel ataque afectó a su cordura, y en vez de apartarse de ella y salir huyendo en busca de seguridad, la estrechó contra él y cerró los ojos.

Sentía sus voluptuosas curvas presionándose contra su cuerpo. Su calor parecía deslizarse en su interior y le aceleraba la sangre.

Austin bajó ligeramente la mano hacia la curva de su dulce trasero moldeado por una minifalda minúscula. La otra mano la deslizó hasta su nuca y comenzó a acariciarle con el pulgar el lóbulo de la oreja. Y si no la conociera, habría jurado que la había oído suspirar como si quisiera indicarle que le gustaba aquella caricia.

Que la excitaba. Que quería más.

Por un instante, Austin se dirigió hacia el pezón que se erguía bajo el top. Deseaba desesperadamente hundir las manos en el escote y…

Tranquilo. Madeline no era la clase de chica que se entregaba al baile delante de todo el pueblo. Era una niña buena. Tenía que ir con calma y comportarse.

Abrió los ojos y procuró apartarse, mantenerse a una distancia prudencial.

—¿Qué te pasa? —Madeline se lo quedó mirando fijamente—. ¿Austin, estás bien?

—Eh, sí. Pero creo que deberíamos ir un poco más despacio.

En vez de sonreír satisfecha al ver que se estaba comportando como un auténtico caballero, Madeline frunció el ceño.

—Yo creo que las cosas estaban yendo estupendamente.

—Íbamos demasiado rápido. No me gusta ir tan rápido.

—¿Desde cuándo? Siempre te ha gustado ir a toda velocidad con la moto y después entre las sábanas.

—¿Cómo sabes lo de las sábanas?

—Las paredes hablan. Y sé que siempre te ha gustado ir rápido.

—La única cosa rápida de mi vida en este momento son los caballos. Y hablando de ello… —miró el reloj—. Mañana tengo que levantarme temprano y se está haciendo tarde —la miró fijamente—. Y, si la memoria no me falla, ya hace rato que ha pasado también tu hora de acostarse.

—Eso era antes, cuando no sabía lo que me estaba perdiendo —señaló hacia la mesa en la que estaban sus amigas—. La fiesta está a punto de empezar.

—Nunca te habría imaginado en una despedida de soltera.

—Pues me encantan las fiestas.

—¿Desde cuándo?

—Desde que me marché de este pueblo y comprendí lo que me estaba perdiendo.

—¿Una terrible jaqueca tras otra?

—No, las horas de diversión de la noche anterior —lo miró con ojos chispeantes—. No seas tan carca. Por lo menos termina el baile antes de marcharte —se estrechó contra él y volvió a rodearle el cuello con los brazos.

Austin tomó aire y resistió las ganas de estrecharla contra él y demostrarle lo que podía hacer con aquel carca. En cambio, posó las manos en su cintura e intentó ignorar la dulce esencia que se deslizaba hacia su pituitaria.

—¿Y qué tal están las bibliotecas en Dallas? —preguntó, ansioso por demostrarse a sí mismo que Madeline continuaba siendo la chica que él recordaba—. Seguro que son enormes. Y en ellas podrás encontrar de todo. Desde *Madame Bovary* hasta *La vida y la época de Madame Curie*.

—En realidad, nunca he ido a una biblioteca en Dallas. Estoy demasiado ocupada.

—Probablemente te pasas el día encerrada en el laboratorio.

—Paso mucho tiempo en el trabajo, pero no sólo en el laboratorio. Tengo reuniones comerciales, demostraciones de productos… y también intento divertirme.

—¿Leyendo poesía y horneando pasteles?

—Saliendo y yendo a conciertos de rock. A los Creed los he visto dos veces. La primera vez, decidí marcar la ocasión con esto —se apartó la melena y se volvió para que pudiera ver el tatuaje de una diablilla roja en el hombro.

Mientras Austin intentaba registrar el hecho de que la dulce y recatada Maddie tenía un tatuaje, su cuerpo, sencillamente, reaccionaba. Tenía la boca seca. La cabeza le daba vueltas. Y la erección que se tensaba contra los vaqueros palpitaba de anticipación.

—Fue mi primer concierto y perdí un poco la cabeza.

—Desde luego —graznó Austin.

—Pensaba hacerme algo más moderado, como un corazón o un osito. Pero cuando la vi, pensé, ¿qué demonios? Yo puedo ser tan salvaje como cualquiera.

Difícilmente. Madeline era una mujer dulce, sana, respetable. No podía haber cambiado tanto y Austin pretendía demostrárselo.

—¿Continúas comiendo magdalenas de arándanos todas las tardes? Una cada día a las cuatro.

—Por supuesto.

Austin contuvo la respiración. Ya estaba. No había cambiado tanto como pretendía.

—Pero magdalenas inglesas. Sin mantequilla. Tengo que vigilar la línea.

Muy bien. Había subido el termómetro varios grados más desde que estaba en el instituto. Contaba las calorías y se preocupaba por conservar las curvas para poder mostrarlas con aquellas prendas tan reveladoras. ¿Pero y qué? Eso no significaba que pretendiera convertirse en el tipo de mujer a la que él había renunciado cuando había decidido sentar la cabeza.

—Pero a ti te encantaban con mantequilla. La gente no debería renunciar a las cosas que le gustan por presiones sociales —repitió las mismas palabras que decía Madeline cada vez que veía a una de sus compañeras masticando palitos de zanahoria.

—Pero esas magdalenas llevan demasiada grasa.

—Recuerdo que siempre te ponías un casco cuando montabas en tu motocicleta.

—Sí, pero ahora me gusta sentir el aire en mi pelo.

—Siempre llevabas un paraguas, aunque no hubiera una sola nube en el cielo.

—Es divertido verse atrapada en medio de la lluvia —se encogió de hombros.

—Y a la chica que yo recuerdo, jamás la encontrarían con un top de cuero en un lugar como éste.

—El chico que yo recuerdo, nunca perdería el tiempo hablando con una mujer que llevara un top como éste cuando podría estar haciendo otra cosa.

—¿Qué se supone que significa eso?

Madeline le miró, se humedeció los labios y susurró:

—Bésame.

Austin se quedó mirando fijamente su boca, imaginando su sabor. Sería un sabor ligeramente ácido, como el vino que había estado tomando. Y picante, como la mujer en la que se había convertido.

—Por favor…

Su delicada súplica acabó con toda su resolución. Tomó aire, absorbiendo su aliento, dejó que su mirada se deslizara por aquellos labios sedosos y llenos e hizo lo único que un hombre que había tomado la decisión de sentar la cabeza para siempre podía hacer en un momento como aquél: dio media vuelta y se alejó de ella.

Porque Austin había renunciado a hacer realidad sus fantasías. Las fantasías eran algo temporal. Una noche. Algo más, quizá. Pero él quería más. Él quería algo que durara día tras día. Quería echar raíces, formar un hogar y tener hijos con una mujer que deseara lo mismo que él.

La nueva Madeline Hale, con su vida de la gran ciudad, sólo le estaba ofreciendo una aventura de una noche.

Capítulo 4

—Aquí tienes el número de vuelo y la hora de llegada.

A la mañana siguiente, Cheryl Louise garabateó la información en una servilleta de la cafetería Chester's.

Madeline siguió comiendo su yogur bajo en calorías, haciendo todo lo posible por ignorar el olor de las tortitas bañadas en sirope y mantequilla de su amiga.

Cuando estaba en Dallas, le resultaba más fácil mantener la dieta. Allí trabajaba tanto que apenas tenía tiempo de pensar en comida. Y cuando lo hacía, le bastaba con mirar alrededor de las oficinas de V.A.M.P. y ver a aquellas mujeres tan esbeltas y vestidas con ropa de marca para motivarse.

Pero en Cadillac nadie llevaba chaquetas de Gucci ni zapatos de Prada. Y había comida. Montones de comida casera. Y conversación… y calor.

Intentó apartar aquel pensamiento y prestar atención a la nerviosa novia que tenía sentada frente a ella.

—Asegúrate de llegar pronto y lleva un cartel o algo para que sepa quién eres.

—Viene en un avión con cuarenta kilos de pienso para caballos y tres cerdos para el rancho Doble D. La única persona que estará en el aeropuerto es el señor Denton. No creo que lo pierda entre la multitud.

—Prométeme que llevarás un cartel. Ya no ve tan bien como antes, y tío Spur no está acostumbrado a salir del rancho. En cualquier caso, muchas gracias —Cheryl Louise sonrió y mordisqueó una tortita—. Esperaba que fueras tú la que fuera a buscarle. Las otras chicas le irritan. La última vez que vino para mi graduación, le dijo a Sarah que debería dejar de teñirse el pelo.

—Pero si Sarah no se tiñe el pelo.

—Eso le dijo ella al tío Spur, pero él le pidió que se lo demostrara.

—¿Pero cómo podría demostrarle…? —se interrumpió mientras iba pensando mentalmente todas las posibilidades. Y abrió los ojos de par en par al comprenderlo—. No.

—No tenía ninguna connotación sexual, por supuesto. El tío Spur es un hombre muy dulce. Le tendió unas pinzas de depilar.

—Estoy segura de que Sarah se negó a demostrárselo —dijo Madeline con una sonrisa.

—Lo creas o no, siguió adelante y le demostró que estaba equivocado. Pero eso tampoco fue suficiente. Mi tío le dijo que la muestra no era suya y que haría falta una prueba de ADN para demostrarlo —bajó la voz—. Se aburre mucho y creo que ve demasiada televisión. De todas formas, Sarah le dijo que no, pero entonces él apareció con unas tijeras. No le cortó el pelo, por supuesto, pero, para el final de la fiesta, Sarah estaba llorando.

—¿Llorando? Pero si Sarah nunca llora ni por nada ni por nadie.

Excepto en el funeral de Sharon, allí habían llorado todas menos Madeline, que había necesitado todas sus energías para poder mantenerse en pie al lado de la tumba. Después, se había montado en el coche y había dejado atrás aquel pueblo, como Sharon siempre había querido hacer.

¿Sharon?

No, también Maddie había querido marcharse y por eso lo había hecho. Había dejado su antigua vida y había partido en busca de sus propios sueños.

Inmediatamente relegó tanto aquel pensamiento como la imagen que evocaba al fondo de su mente. Un cielo despejado, un camino de grava, un árbol enorme… Se movió incómoda en su asiento, repentinamente ansiosa por hacer algo.

—¿Puedo probarlo? —preguntó, antes de alargar la mano hacia una de las tortitas de Cheryl.

El sabor dulce del sirope de arce explotó en su lengua y se concentró en masticar.

—Claro. De hecho, yo no tengo hambre —le tendió el plato a Madeline—. El caso es que mi tío terminó asustando a Sarah. Las otras también le miran con cierto recelo, pero sé que el tío Spur no se enfadará contigo.

—Podré manejarlo —contestó Madeline, mordiendo otro trozo de tortita.

Tendría que manejarlo porque había perdido el juego. Por culpa de Austin.

Un mísero beso, eso era lo único que quería de él. Pero por la expresión que había puesto, parecía que le había pedido sus genitales en una bandeja.

Una reacción en absoluto parecida a la que había anticipado, teniendo en cuenta cómo la había mirado.

Cheryl miró el reloj.

—Tengo que irme. Nos veremos en mi casa dentro de una hora para que te enseñe mis plantas y te ponga al tanto de los horarios de Twinkles.

¿Twinkles tenía horarios?

A aquella pregunta le siguió un escalofrío de aprensión. Madeline luchó contra él y sonrió. Twinkles sólo era una perra y, aunque tuviera horarios, a Madeline le gustaban los perros.

—Que te diviertas en la peluquería e intenta disfrutar del resto del día.

—De lo que sí disfrutaré será de la luna de miel, sobre todo sabiendo que estarás tú cuidando a Twinkles y a mis niñas —se levantó y tomó el bolso—. Oh, y no te olvides del letrero.

—Bueno, bueno, que me maten si ésta no es Maddie Hale.

El tiempo parecía haberse detenido para Spur Tucker. Doce años atrás, ya era un anciano con el pelo blanco como la nieve y la piel curtida, y apenas había cambiado. Quizá había perdido algo de pelo y había adelgazado un poco, pero continuaba siendo el hombre que Maddie recordaba.

—¿Sabe quién soy? —le preguntó Madeline.

Ni siquiera había tenido que levantar el letrero.

—Por supuesto que lo sé. ¿Qué te crees? ¿Que estoy ciego o algo parecido?

—Bueno —comenzó a decir, pero él la interrumpió.

—Pues no, no estoy ciego. Tengo una visión de primera, como todo lo demás.

—Eso está bien.

—Por supuesto que está bien —entrecerró los ojos para mirarla—. Veo que todavía continúas

teniendo suficiente carne alrededor de los huesos.

—Y yo veo que usted continúa siendo tan encantador como siempre.

—Por supuesto que sí, y también soy mucho más sabio —le tendió varias bolsas y se quedó con la más ligera—. Y hablando de eso, vámonos, que tengo cosas que hacer.

—La boda no es hasta última hora de la noche. Tiene tiempo de echarse una siesta.

—¿Una siesta? Diablos, pero si no tengo tiempo para dormir. Todavía tengo que ducharme, afeitarme, limpiarme las botas y echarme un buen chorro del extracto de vainilla que reservo para las ocasiones especiales. Quiero arreglarme como en mis mejores domingos.

—Seguro que Cheryl Louise lo agradecerá —se colocó una bolsa al hombro y levantó la segunda—. Debe de haber metido un frasco de extracto de vainilla bastante grande.

—En esas bolsas llevo cosas fundamentales. Un hombre tiene que comer, y ya se sabe cómo son las mujeres. Seguro que están pensando en torturarme dándome comida de conejo durante todos estos días —la miró otra vez—. Aunque probablemente tú también te has traído lo tuyo. Vaya, con toda la grasa que tienes acumulada en las caderas, podrías invernar durante seis meses.

Madeline soltó las bolsas y vio cómo la expresión pedante de Spur cedía el paso a una expresión de auténtico pánico cuando el equipaje cayó al suelo.

—Vaya, lo siento —musitó.

—¡Jesús! Se supone que tienes que llevar esas bolsas, no tirarlas —sacudió la cabeza—. Y lo de arreglarme no es por Cheryl Louise, sino por la futura señora de Spur Nathaniel Elijah James Tucker.

—¿Está comprometido?

—Claro que estoy comprometido —se aclaró la garganta—. Bueno, lo estaré en cuanto reduzca un poco el campo de acción. Supongo que eso me llevará unos buenos cincuenta minutos. Diez, quizá. En la subasta de Newfolc también hay muy buenos caballos, pero yo siempre los elijo en menos de diez minutos.

—¿De verdad pretende encontrar una esposa este fin de semana?

—Para eso he venido.

—Yo creía que había venido a la boda de Cheryl Louise.

—Pretendo matar dos pájaros de un tiro. Presentar mis respetos a la novia y al novio, y encontrar una novia para llevármela a casa. Pero ya está bien de charla. Vámonos.

Debería haberle comprado la máquina para hacer pan.

Madeline llegó a aquella conclusión en cuanto entró en casa de Cheryl Louise dos horas después y vio a Twinkles, una gran danés que no recordaba ni remotamente al cachorro que había conocido. Aguantándose sobre las patas traseras, le plantó las delanteras en los hombros y la miró a los ojos. Una lengua gruesa y húmeda le lamió el rostro.

—Es realmente… grande —le dijo a Sarah, que la había acompañado a la casa mientras Cheryl Louise estaba en la peluquería.

—Sí, pero es juguetona como un cachorro.

—¿Y por qué se llama Twinkles?

—Porque *Twinkle, twinkle little star* es su canción de cuna favorita —Sarah agarró una libreta de la mesita de café y pasó varias páginas—. Le gusta que le canten *Mary had a little lamb* después de su paseo matutino. Después, ve en la televisión *La vida con Regis y Kelly* —le mostró la libreta—. Lo tienes todo aquí. Los horarios de Twinkles y las letras de las nanas, por si no te

las sabes. Y también un horario de televisión. Ah, y Cheryl ha incluido un dibujo con los lugares exactos en los que a Twinkles le gusta que le rasques. Las últimas páginas tienen información sobre las plantas. Están todas en el porche de atrás. Cada maceta tiene una etiqueta con el nombre y la edad de cada planta.

—¿Y una canción de cuna?

—En realidad, a las plantas les gusta la música country. Hay un CD con toda la música de George Strait —Sarah debió de advertir la estupefacción de Madeline—. Míralo por el lado bueno. Por lo menos el caniche se va con ellos. Además, sólo son dos semanas.

—¿Te apetece compartirlas conmigo?

—Yo he optado por una máquina para hacer palomitas. Y, por cierto, ahora tengo que irme. Tengo que pasar por mi casa para recoger el regalo antes de ir a la iglesia. Y ya he ido a buscar los vestidos a la tintorería. El tuyo está ahí colgado.

Madeline recibió otro lametazo de Twinkles, cruzó el cuarto de estar y miró de cerca el vestido que colgaba del marco de la ventana.

—Es naranja.

—Cheryl dice que es color coral.

—Y con volantes.

—Cheryl quería una imagen tradicional.

Twinkles se colocó detrás de Madeline y comenzó a olfatearle el trasero.

—Debo de haberme vuelto loca.

—¿Por qué no elegiste algún regalo de la lista de bodas?

—Esto me pareció algo más personal.

—En eso tienes razón —contestó Sarah riéndose mientras Twinkles se alzaba sobre las patas traseras para darle otro lengüetazo.

Las risas de Sarah desaparecieron en el instante en el que oyó que la puerta se abría. Se volvió y vio al tío Spur en el marco.

Madeline le había dejado fumando uno de sus espantosos puros en el porche.

—¿Te acuerdas del tío…? ¡Achíss! —Madeline estornudó una vez, dos veces, mientras hacía todo lo posible por evitar otra muestra de afecto de Twinkles.

Jamás había sido alérgica a los perros, pero la verdad era que nunca le había lamido la cara un perro.

—No me salpiques —gruñó Spur mientras pasaba por delante de Madeline para dirigirse a las escaleras—. Estoy en la segunda habitación a la izquierda. Date prisa en sacar mi equipaje del coche. Necesito arreglarme antes de salir de caza. Eh, pelirroja —le dijo a Sarah, que había palidecido notablemente.

—Tengo que marcharme —farfulló Sarah mientras recuperaba su bolso—. Te veré en la iglesia.

—¿Adónde va esa reina del tinte con tantas prisas? —Spur se quedó mirando fijamente la puerta, observando a Sarah huir hacia su coche.

—Es pelirroja natural.

—Y tú usas la talla treinta y seis.

Madeline lo fulminó con la mirada.

—¿Siempre es usted tan agradable?

—Lo que soy es un hombre sincero, y no lo olvides —se volvió y comenzó a subir renqueante las escaleras—. Y muévete, tengo cosas que hacer.

—De verdad, mañana tengo que levantarme muy pronto —dijo Austin mientras tiraba del cuello de su camisa tejana—. ¿No podemos saltarnos la recepción?

—Sería una grosería —Marshalyn Simmons le palmeó a Austin el brazo mientras permanecían en la entrada de la Asociación de Veteranos—. Además, habrá muchas mujeres buenas y respetables en la fiesta.

Y unas cuantas que no eran ni tan buenas ni tan respetables.

Austin no podía dejar de mirar a Madeline Hale mientras ésta permanecía en la cola del bufé. Su voz se repetía en su cerebro. «Bésame». Y eso era justo lo que Austin quería hacer. Pero había hecho una promesa. Había llegado el momento de sentar la cabeza, y no con una mujer como Madeline Hale. Porque, aunque en otra época de su vida Madeline podría haber sido considerada una buena chica, era obvio que había cambiado. Y él no pensaba perder el poco tiempo que le quedaba, dos semanas para ser exacto, en una aventura de una noche.

Sí, todo eso lo sabía, pero teniéndola en su línea de visión, tan dulce y deliciosa con aquel vestido que le hacía pensar en una sabrosa naranja escarchada, no podía dejar de pensar en ella.

Desvió la mirada a tiempo de ver a su hermano Dallas ayudando a su muy embarazada esposa a sentarse y dándole un beso antes de ir a buscar un poco de ponche. Llevaba su habitual sonrisa con la que parecía estar diciendo que se había casado con una gran mujer y Austin no pudo evitar desear una sonrisa como aquélla.

La mujer de Dallas, Laney, sería una madre ideal. Una de esas madres que horneaban bizcochos y les cantaban nanas a sus hijos, todas esas cosas que Sissy Jericho no había hecho jamás.

Pero Sissy no había sido madre por decisión propia. Se había quedado embarazada a los dieciséis años y como sus padres eran extremadamente religiosos, la habían obligado a casarse con el padre del bebé. Bick Jericho no estaba más preparado ni tenía más ganas que ella de ser padre, pero no había habido otra alternativa. O se casaba y hacía las cosas bien o lo encarcelaban, pues tenía dieciocho años y ya era considerado un adulto. Había elegido el matrimonio.

Pero para un hombre tan salvaje como los toros que montaba en el circuito, el matrimonio había sido una prisión. Había sido muy desgraciado, había hecho desgraciada a su mujer y ninguno de ellos había sido capaz de poner freno a sus locuras. Salían mucho, bebían mucho y discutían mucho también.

Cuando la madre de Austin había muerto por culpa de la diabetes y de las complicaciones en el parto de su tercer hijo, su padre había continuado saliendo, bebiendo y peleándose con cualquiera que se interpusiera en su camino, hasta que había muerto de un ataque al corazón derivado de sus problemas de hígado.

Austin estaba rompiendo aquel ciclo. Él no era su padre, aunque hubiera seguido sus pasos durante la mayor parte de su vida. Estaba haciendo algo por sí mismo, tanto personal como profesionalmente. Y ésa era precisamente la razón por la que pretendía quedarse en aquella parte de la habitación. A unos veinte metros de la pista de baile y de las mesas que los separaban, Maddie Hale no sería una tentación tan fuerte.

Con eso en mente, Austin se dirigió directamente hacia la mesa en la que estaba la tarta de los novios.

—Mira, ahí está Debbie Bernard —le dijo Marshalyn—. Es profesora del jardín de infancia.

—Ya nos conocemos. Es muy agradable —tomó un trozo de tarta.

No sabía por qué, pero había algo que le resultaba incómodo ante la idea de bailar con Debbie delante de todo el mundo y, sobre todo, delante de Maddie Hale.

—Es más que agradable. Hace un estofado excelente, ¿por qué no la sacas a bailar?

—Parece ocupada.

—En realidad no… ¡Mira! Christine Jackson, una de las encargadas de la residencia.

—Sí, ya lo sé. También la conozco, y también es muy agradable.

—Y además, está deseando sentar la cabeza. Mabel Jasper, su vecina, me ha dicho que está suscrita a la revista *Novias*. ¿Por qué no bailas con ella?

—Parece cansada —señaló hacia sus pies. Christine se había quitado los zapatos antes de apoyar los pies en una silla cercana.

—Tonterías, eh, ¿y qué me dices de Ángela Connally? Canta como los ángeles y va como voluntaria al centro de día dos veces a la semana. Tiene un gran corazón. Además, está desesperada. Ha sido dama de honor en más de catorce bodas durante los últimos cinco años. No hay ninguna chica que quiera pasarse la vida siendo dama de honor. Apuesto a que está deseando encontrar un hombre con el que casarse. ¿Por qué no la sacas a bailar?

—Parece hambrienta —señaló el plato de salchichas ahumadas que llevaba en la mano—, y ya que hablamos de eso —se volvió hacia la mesa y tomó un tenedor—, llevo toda la semana esperando este momento.

No había tenido el placer de hincar el diente en uno de los postres de la señorita Marshalyn desde la boda de Dallas y Laney el año anterior.

La anciana sonrió ante su entusiasmo.

—Hacía mucho tiempo que no probabas ninguno de mis dulces.

—Demasiado tiempo —partió un trozo de tarta con el tenedor y tuvo que hacer un serio esfuerzo para no ceder a las náuseas mientras lo saboreaba.

—Siempre te ha gustado mi dulce de leche, ¿verdad?

Austin consiguió asentir mientras parpadeaba para contener las lágrimas.

—¿Está tan buena como la recordabas?

—Tanto que no sé cómo describirlo —contestó cuando por fin consiguió tragar.

—Estaba un poco preocupada. Olía un poco raro cuando estaba en el horno. Pensé que a lo mejor se habían equivocado en el supermercado al etiquetar los frascos de las especias.

O a lo mejor no lo había leído bien. Durante los últimos seis meses, estaba perdiendo mucha vista, por mucho que se negara a reconocerlo.

Austin había hecho todo lo posible para convencerla de que se operase, pero ella estaba empeñada en que no le pasaba nada. Había perdido a su marido durante una operación rutinaria y se negaba a tener nada que ver con médicos u hospitales.

—Oh, Dios mío, ¿ése no es Spur Tucker?

Austin se volvió y vio al anciano sombrero en mano, con el escaso pelo que tenía perfectamente peinado.

—¿El tío de Cheryl Louise?

—Y el hombre más desagradable de Texas. Es terrible. Vaya, la última vez que vino le escupió un pedazo de tabaco en el zapato a Lorissa Alcott —entrecerró los ojos—. Pero dejando su carácter a un lado, parece estar envejeciendo muy bien. Está tan enérgico como siempre.

Si Austin había dudado en alguna ocasión de que Marshalyn tuviera problemas de visión, en

aquel momento, se disiparon sus dudas. Spur Tucker parecía muchas cosas, desagradable, gruñón, pero enérgico no era una de ellas.

—Bueno, comamos —contestó volviéndose hacia la mesa.

Señaló una enorme tarta de chocolate cubierta con una montaña de frambuesas azucaradas que prácticamente no habían tocado, mientras que había una cola en la mesa de los dulces de la novia para probar la tarta, toda de color blanco, que Betty Eugene Norman había llevado.

—Perdón, ¿quieres bailar? —aquella dulce voz fue la excusa perfecta para abandonar el resto de la tarta.

—Claro que… —pero se interrumpió cuando se volvió y vio unos ojos verdes frente a él.

—¡Pero si es la pequeña Maddie Hale! —exclamó la señorita Marshalyn—. ¡Qué alegría!

—Madeline —la corrigió—. Y también me alegro de verla, señorita Marshalyn —le sonrió a Austin—. Creo que están tocando nuestra canción.

Era la misma melodía romántica que sonaba por los altavoces del Cherry Blossom Junction el día anterior.

—Vamos —la señorita Marshalyn le dio un codazo—, no deberías hacer esperar a una dama. Y menos todavía a la chica que te ayudó a sacar un sobresaliente en álgebra. Además, creo que tu hermano necesita ayuda en este momento.

Antes de que Austin hubiera podido decir nada, se dirigió hacia Houston, que permanecía en una esquina hablando con una morena alta y con un vestido diminuto.

—Ésa es la última clase de mujer con la que un chico debería perder el tiempo —susurró Marshalyn indignada.

—Da buenos consejos —dijo Maddie cuando ya Marshalyn no podía oírlos—. Si yo fuera tú, los seguiría. Vamos, ven a bailar conmigo.

Austin la recorrió de pies a cabeza con la mirada.

—Tú ya no eres una dama.

—¿De verdad? —parecía emocionada.

—Una dama no le pide a un hombre que la bese después de bailar una canción con él.

—No fue un baile, sino medio baile. Y no te lo pedí, te lo dije.

—¿Qué demonios te pasa?

—¿Qué quieres decir?

Austin sacudió la cabeza, dejó el plato en la mesa y la llevó hasta la zona más apartada de la habitación.

—Eres una persona diferente.

—¿De verdad lo crees? —su rostro resplandecía.

—Antes eras una buena chica. ¿Sabes lo peligroso que es ir besando por ahí a un extraño?

—Tú no eres ningún extraño —lo miró divertida—. Aunque a lo mejor, sí. No es muy normal un hombre que se niegue a besar a una mujer que está deseando hacerlo. A no ser que…

—Me gustan las mujeres —la interrumpió.

—¿Entonces cuál es el problema?

—El problema es que tengo mis prioridades, y besarte no es una de ellas. Quiero sentar la cabeza.

—¿Con quién?

—Todavía no lo he decidido.

Madeline se le quedó mirando como si le acabara de salir un ojo en medio de la frente.

—Debe de haber algo en el agua.

—¿Qué quieres decir?

—El tío Spur también quiere sentar la cabeza y pretende encontrar una esposa en los próximos dos días.

—Es una locura que un hombre pretenda encontrar una mujer en dos días.

—Por fin habla la voz de la razón.

—Necesitará por lo menos dos semanas, que es el tiempo del que dispongo hasta la fiesta de despedida de la señorita Marshalyn.

Madeline lo miró con expresión perpleja y sacudió la cabeza.

—¿Y qué tal si bailamos mientras tanto?

—No creo que sea una buena idea.

—¿Tienes miedo de no poder controlarte? —le preguntó, arqueando una ceja.

—Si la memoria no me falla, ayer quisiste besarme durante el baile.

—En realidad, lo que pasó formaba parte de un juego. Tenía que elegir un hombre, bailar con él y besarlo para ganar cincuenta puntos. Y, por tu culpa, perdí.

Y el juego ya había terminado, se dijo Madeline a sí misma. Había ganado Sarah y ella había tenido que ir a buscar a tío Spur. De modo que ya no tenía nada que ganar persiguiendo a Austin Jericho.

Excepto el beso que debería haber sido suyo doce años atrás, en el estadio. Antes de que se hubiera acobardado y hubiera negado la carta de amor que le había escrito.

—Si perdiste, ¿por qué quieres bailar ahora conmigo?

Sus ojos resplandecían con aire desafiante y algo más. Algo oscuro, delicioso y prohibido.

—Porque no me gusta perder. Nunca pierdo. Cuarenta y ocho competiciones de química y las gané todas. Lo de anoche fue una gran injusticia y…

El resto de sus palabras murieron en un beso. De pronto, Madeline estaba disfrutando del beso que tan desesperadamente había deseado la noche anterior.

Fue un beso duro e insistente. Y Madeline no pudo evitarlo. Se inclinó hacia él, a pesar de toda la gente que los rodeaba. Las risas y la música se desvanecieron y ya sólo oía los latidos de su corazón.

El beso se transformó en algo más suave, más persuasivo, en el momento en el que Madeline le rodeó el cuello con los brazos e inclinó la cabeza para disfrutar de un mejor acceso a su boca. Austin deslizó los brazos por su cintura, estrechándola todavía más contra él. Le lamió el labio inferior con la lengua y hundió después la lengua en su boca, arrancando un gemido desde lo más profundo de su garganta.

Fue un beso sin igual. Y justo en el momento en el que Madeline estaba entregándose por completo, Austin se apartó.

La miró fijamente, con la respiración agitada y expresión insondable, como si no pudiera comprender lo que había pasado. La oscuridad de su mirada desapareció rápidamente para dar lugar a un brillo de acero.

—Me has pedido un beso y te lo he dado. Objetivo logrado.

En el caso de que aquél continuara siendo su objetivo.

Pero no lo era, comprendió mientras permanecía allí después, con un dulce hormigueo en los labios, los pezones erguidos y el cuerpo ardiendo.

—No del todo.

—¿Qué quieres de mí entonces?

—Me gustaría saber lo que se siente —lo miró a los ojos—. Me gustaría saber lo que podemos

llegar a disfrutar tú y yo juntos con el sexo. Quiero algo sucio, perverso, una noche explosiva y tórrida de sexo.

Capítulo 5

Madeline dejó el coche frente al porche, apagó el motor e ignoró a duras penas las ganas de golpearse la frente contra el volante.

Optó, en cambio, por tomar aire e intentar sosegar su palpitante corazón. Palpitante, aunque había pasado más de una hora desde que le había hecho su proposición a Austin Jericho.

Por supuesto que quería disfrutar de una noche tórrida y explosiva de sexo para demostrar que realmente se había convertido en una mujer intrépida que vivía la vida y no se limitaba a soñar con ella.

Pero desearlo y decirlo eran dos cosas completamente diferentes.

Eso explicaba los frenéticos latidos de su corazón.

Eso, y el hecho de que se había pasado todo el tiempo anhelando un trozo de aquella colosal tarta de bodas con la que ninguna zanahoria podía competir. A ello había que añadir que iba a tener que quedarse en el pueblo durante dos semanas con una perra pesada y un anciano de lo más desagradable. Como para no estar estresada.

Y, para colmo, el anciano anteriormente mencionado había desaparecido.

Todavía no se lo podía creer. Lo acababa de ver zampándose unas salchichas envueltas en hojaldre y hablando con Gertrude Meyers, que era la que las había cocinado, cuando de pronto había desaparecido.

Había estado buscándole, había preguntado por él a todo el mundo, y lo único que había descubierto era que Gertrude había escuchado su proposición e inmediatamente le había estampado una salchicha en la nariz.

—Por favor, que haya dejado un mensaje —musitó mientras salía dificultosamente de detrás del volante, una tarea complicada para una mujer vestida con un traje de tafetán y tul.

Se agarró la falda y se dirigió hacia la puerta.

Con un poco de suerte, habría llamado para decirle que estaba en el bingo o jugando a los bolos. Y si no…

Obligándose a abandonar los pensamientos negativos, cuadró los hombros y subió los escalones del porche. Ella era una mujer emprendedora y dinámica, no una soñadora, ni tampoco una de aquellas mujeres que se angustiaban por todo. Aunque la noche no había salido exactamente tal como la había planeado, puesto que había perdido a tío Spur y Austin la había rechazado, todavía podían salir las cosas bien. Encontraría a aquel hombre tan desagradable y seduciría a su vaquero cabezota.

Una vez tomada aquella decisión, pasó los siguientes cinco minutos oyendo los mensajes del contestador y recorriendo la casa. En el piso de arriba, se asomó a su dormitorio para asegurarse de que continuaba allí el equipaje de Spur. Pasó por delante del antiguo dormitorio de Sharon y

aceleró el paso, ansiosa por disipar la repentina sensación de vacío que la invadió.

A aquel sentimiento pronto le siguió la preocupación tras finalizar su búsqueda sin haber encontrado a nadie. Su mente corría a toda velocidad e imaginó al anciano yaciendo en una cuneta, herido y…

Tenía que pensar en positivo, se ordenó. Intentaría pensar en Austin.

Recordaba todavía el deseo de sus ojos y la tensión de sus músculos durante el baile. Estaba siendo más cabezota que su antiguo quemador del laboratorio. Un quemador tan viejo que le costaba encenderse. Pero al final siempre lo conseguía. Era sólo cuestión de aumentar el calor y ser insistente.

Y eso era exactamente lo que haría con Austin. Continuaría subiendo la temperatura y lo tentaría más allá de la razón, hasta que su resistencia se disolviera y ardiera de deseo con tanta fuerza como ella ardía por él.

En el piso de abajo, escribió una nota diciéndole a Spur que no se moviera de allí, agarró el bolso y la dejó en la puerta.

Por supuesto, no estaba del todo segura de cómo encender el fuego de Austin. La noche anterior, había utilizado todas sus armas de seducción y había dejado muy claro que ya no era la inocente chica de pueblo que farfullaba, se sonrojaba y escondía su cuerpo en vestidos de flores. La había visto con una minifalda y un top atrevido y le había hablado de su vida en Houston. Le había sonreído y se había restregado contra él como había visto hacer a otras mujeres en los clubs de Houston. En los pocos clubs en los que había estado.

Y, a pesar de todos sus esfuerzos, Austin la había rechazado.

—Estás diciéndome… ¡Tío Spur! —desvió la mirada hacia la sombra que distinguió en el porche.

Spur inclinaba la cabeza y un rayo de luna iluminaba su rostro. El humo de su puro caracoleaba en el aire.

—He estado buscándole por todas partes —le dijo, aliviada.

—No te he visto mirar en el porche. Y no me he movido de aquí en la última media hora. Te he visto pasar delante de mí como una calabaza gigante con patas.

—¿Y por qué no ha dicho nada?

—Estabas pensando en algo y no quería distraerte.

—Estaba pensando en dónde podía encontrarle —lo taladró con la mirada—. He pasado un buen rato buscándole en la boda.

—No estaba allí.

—Claro que estaba allí. Andaba detrás de Gertrude.

—Yo no andaba detrás de nadie. Esa mujer me deseaba.

—Pues le ha estampado una salchicha en la cara.

—Eso ha sido algo puramente accidental. Se está haciendo la difícil. Sé que le gusto, pero a mí no me gustan los juegos. Además, yo no puedo sobrevivir con unas míseras salchichas envueltas en hojaldre. Yo necesito comida de verdad y esa mujer sólo sabe hacer bocaditos. Así que he tenido que romperle el corazón y buscar pastos más verdes, como Emmaline Waller —dejó escapar un silbido—. Esa mujer sí que sabe cocinar. El año pasado ganó el concurso de pan de maíz del condado de Austin.

—¿Emmaline Waller? ¿La dueña de la frutería?

—Ésa misma. Camina con un bastón que tiene forma de plátano gigante. Es una dama muy agradable. El caso es que estaba a punto de ir al cuarto de baño para ver lo que esa condenada

salchicha había terminado haciéndole a mi camisa favorita. Emmaline se ha ofrecido a quitarme la camisa y entonces he comprendido que ella era la mujer de mi vida. Le he propuesto matrimonio entre el lavabo y los urinarios. Le he dicho que tengo una cocina de sesenta metros cuadrados con los mejores electrodomésticos y Viagra para todo un año. Y que si juega bien sus cartas, podría ser ella la afortunada dama que consiguiera las dos cosas.

—Muy romántico.

—Sí, eso es lo que dijo ella antes de darme un bastonazo en la cabeza —la miró—. Deberías comer más plátanos. Podrían ayudarte a adelgazar las caderas.

—Entiendo que Emmaline le diera un golpe en la cabeza.

Spur frunció el ceño.

—Es todo una locura, pero no me voy a desanimar. Lo primero que haré mañana a primera hora será ir a la cafetería —frunció el ceño—. Allí se preparan buenos desayunos antes de que la gente vaya a la iglesia. Seguro que encuentro a alguien a quien elegir.

—Pero su vuelo sale mañana por la mañana.

—No, señor. No pienso irme con las manos vacías —sacudió la cabeza y se dirigió hacia la puerta—. No te quedes ahí parada. Necesito dormir —Madeline esperó mientras él accedía al interior de la casa—. Pero antes quiero mi batido de todas las noches —se dirigió a la cocina.

Madeline encendió la luz del cuarto de estar.

Cheryl Louise y su flamante marido habían decidido vivir en aquella casa, en vez de comprar otra, y todos los muebles seguían en el mismo lugar exacto que Madeline recordaba de cuando pasaba allí las tardes estudiando con Sharon.

Aunque, por supuesto, la familia de Cheryl Louise no había tenido nunca perro, y entonces no había tanto pelo en el sofá, en la alfombra, e incluso en la mesita de café.

Pero, por lo demás, todo seguía igual.

Incluso la habitación de Sharon,

En realidad no había entrado. Pero la puerta cerrada continuaba con el mismo póster de Madonna.

Madeline tomó aire, sintiéndose repentinamente inquieta. Pero pensar no servía de nada. Se negaba a pensar en el pasado. Tenía que vivir el momento. Eso era algo que había aprendido de la muerte de Sharon,

«No sé tú, Maddie, pero yo quiero hacer algo con mi vida. Quiero conocer otros lugares, ver cosas diferentes, llegar a ser alguien».

Mientras crecían, Madeline nunca había sentido aquellas ganas que monopolizaban los pensamientos y las conversaciones de su amiga.

O, mejor dicho, nunca las había reconocido. Aunque soñaba con cosas mejores y más importantes, nunca las había considerado posibilidades reales. Eran sueños inalcanzables de una chica de pueblo. En la vida real, jamás se planteaba la posibilidad de un futuro más allá de Cadillac y del negocio familiar.

Hasta la muerte de Sharon.

Frente a su tumba, había visto su futuro, lo había imaginado día tras día, y no había experimentado su habitual entusiasmo.

Había sentido, en cambio, la necesidad de marcharse. De ir de un sitio a otro hasta que hubiera visto y hecho tantas cosas que su pueblo y su pasado palidecieran en comparación.

Y eso era justo lo que había estado haciendo.

Y eso era también lo que continuaría haciendo en cuanto pasaran aquellas dos semanas.

Volvería a la gran ciudad y se haría un nombre en la industria cosmética.

Pero hasta entonces, tenía una cita con la aspiradora.

Acababa de llevar la aspiradora al cuarto de estar cuando Twinkles llegó saltando desde la cocina con la lengua fuera.

—¿Cómo consigue que a usted no le lama? —le preguntó Madeline a Spur, que salía de la cocina con un vaso de batido medio vacío.

—Le di un golpe con el *Reader's Digest* hace unos años. Desde entonces no le gusto. Os dejaré solas —dijo Spur, y comenzó a subir las escaleras—. Asegúrate de que se quede fuera. Cuando no puedo dormir, me pongo de mal humor.

Cuando dejó de oírse el ruido de sus pasos, Madeline se volvió hacia Twinkles. Consiguió que la perra se calmara lo suficiente como para llevarla al lugar en el que dormía. Le llenó los cuencos del agua y la comida, puso la televisión y se sentó.

Twinkles sorbió el agua y sacudió la cola mientras la televisión emitía *Vida del sábado noche*. Madeline volvió al cuarto de estar y supervisó los daños.

El vestido de dama de honor estaba cubierto de pelo y…

—¡Achís!

El tío Spur gruñó desde el piso de arriba y Madeline encendió la aspiradora.

Diez minutos después, subía al piso de arriba y se dejaba caer en la cama de Cheryl Louise. Clavó la mirada en el techo y suspiró. Debería levantarse y quitarse el vestido, pero antes necesitaba tomar aire. Llevaba tanto tiempo de pie… Se quitó los zapatos y movió los dedos.

Se desató el vestido y deslizó los dedos por el interior del corpiño para desabrocharse el sujetador. Tomó aire y sintió que su seno se henchía bajo el contacto de las yemas de los dedos. Rozó con un dedo el pezón y el pezón cobró vida.

Cerró los ojos y abrió el vestido. Continuó acariciándose los pezones, mientras daba vueltas en la cama e imaginaba que era Austin el que la acariciaba.

Lo deseaba de la peor de las maneras. Necesitaba desahogar la energía sexual que se arremolinaba en su interior. De otro modo, ¿cómo iba a concentrarse en el trabajo durante las próximas semanas?

Sólo una vez.

Eso sería suficiente para satisfacer su curiosidad. Para mantener su orgullo. Para demostrarse a sí misma que realmente había cambiado.

Apartó las manos mientras se levantaba. Varios minutos después, había cambiado aquel vestido horrible por una camiseta y unos pantalones cortos. Bajó a la cocina y se acercó a la nevera. Sacó una lata de cola sin azúcar, la abrió y vació la mitad de un solo trago.

El frío le proporcionó un momento de alivio. Se sentó en la cocina y miró a su alrededor. Y afloró en su mente la imagen de dos adolescentes sentadas en esa misma cocina, extendiendo mermelada de cereza en las magdalenas y hablando de todo.

Sharon era la que más hablaba, mientras Maddie escuchaba el profundo anhelo de su amiga por conocer los rascacielos, la gente y el tráfico de la gran ciudad.

Sintió que se le tensaba el pecho e intentó tomar aire. Alejó aquel recuerdo e intentó concentrarse en la tarea de seducir a Austin Jericho.

Una tarea que pretendía abordar como cualquier otro de sus proyectos. Formularía un plan innovador, sencillo y perfectamente organizado y lo seguiría hasta conseguir los resultados deseados.

Desvió la mirada hacia la caja que había sacado antes del coche. Contenía los ingredientes

básicos para una loción que le garantizaría el ascenso a jefa de investigación y desarrollo de la empresa.

Una loción a la que todavía le faltaba algo para poder salir al mercado y reforzar la ya suficientemente seductora imagen de V.A.M.P.

La idea arraigó en su mente e inmediatamente se le ocurrió algo. Se levantó y comenzó a caminar por la cocina mientras sus pensamientos corrían a toda velocidad. Necesitaba una loción que pudiera seducir los sentidos. Pero no a uno ni a dos, sino a todos los sentidos.

Algo completa y totalmente irresistible para el sexo opuesto.

Algo que ningún hombre, ni siquiera Austin Jericho, fuera capaz de resistir.

—¿Que vamos a hacer qué? —le preguntó Duane a la mañana siguiente, cuando Madeline le llamó al laboratorio.

—Una loción afrodisíaca. Una loción capaz de seducir a través de todos los sentidos.

—Lo del tacto, el olor y el sabor lo entiendo. ¿Pero cómo es posible que una loción pueda verse u oírse?

—Todavía no me he puesto a trabajar en ello, pero estoy segura de que es posible.

—Si tú lo dices.

—Será un gran éxito de mercado. Nadie ha hecho nunca nada parecido.

—Estoy seguro de que hay alguna razón para ello.

—Busca por Internet todo tipo de afrodisíacos. Cualquier cosa, desde olores a comidas o colores que tengan alguna cualidad de seducción.

Ante el gruñido de Duane, Madeline añadió:

—Podemos hacerlo.

—Si tú lo dices.

—Sería muy agradable contar con una respuesta más positiva. Yo pensaba que querías ascender.

—Claro que quiero. Y podemos hacerlo. Espero.

—Mira, ya sé que puede parecer un poco exagerado, pero si ciertos productos pueden cautivar algunos de nuestros sentidos, ¿por qué no encontrar uno capaz de cautivarlos a todos? —antes de que tuviera oportunidad de responder, añadió—: Si lo conseguimos, te prometo un ascenso. Un aumento de salario.

—¿Y un microondas en el trabajo?

—¿Desde cuándo hace falta calentar un sándwich de mantequilla de cacahuete?

—Ahora traigo sándwiches de queso.

—Que, supongo, prepararás y comerás en el comedor, ¿verdad?

—Si tu lo dices.

Madeline comenzó a protestar, pero comprendió que no era mucho lo que podía hacer a tantos kilómetros de distancia. Tendría que confiar en que Duane hiciera las cosas lo mejor posible.

—Envíame todo lo que hayas encontrado mañana por la mañana —le dijo, y colgó el teléfono.

Madeline volvió a prestar atención a la cocina, donde pensaba instalar su lugar de trabajo. En cuanto pudiera poner en funcionamiento el laboratorio, comenzaría su propia búsqueda. Desde luego, el oído iba a ser el sentido más difícil de atender con la nueva loción, pero era posible hacerlo. Lo único que había que hacer era delimitar el número de elementos audibles creados para estimular una respuesta y adaptarlos a ese producto.

Y, mientras tanto, necesitaría un sujeto que probara cada uno de los sentidos. Un sujeto cabezota y condenadamente sexy que vestía vaqueros y botas de cuero sería el ideal.

Sonrió mientras se dirigía hacia el coche para sacar las últimas cosas del maletero.

Austin Jericho tenía menos probabilidades de resistirse que un helado de sobrevivir en el infierno.

Capítulo 6

—Relájate, cariño, todo será muy fácil.

Austin acarició a la vaca antes de untarle la pomada en la herida. La vaca mugió, pero no se movió.

—Ya está, ya está. Ya te he dicho que no iba a hacerte daño —volvió a mugir, pero aquella vez con más suavidad mientras él continuaba aplicándole la medicina—. Te gusta, ¿verdad? Sabía que te gustaría. Es sólo cuestión de tranquilizarse.

Continuó su cuidadosa aplicación hasta cubrir completamente la herida con el antibiótico.

Mabel era el quinto animal que en dos semanas había terminado atrapado en la alambrada de púas que rodeaba su finca. La mayoría eran terneros, demasiado ingenuos para saber lo que hacían. Pero aquélla era una vaca adulta, adulta y hambrienta.

Sus pastos no eran suficientes para alimentar a su ganado. Aunque completaba su dieta con pienso, nunca tenían bastante. Y todavía tenía una nueva remesa de vaquillas que acomodar.

Se limpió las manos, tomó un puñado de avena y se lo tendió como recompensa al animal. Cuando la avena se terminó, la vaca siguió lamiéndole la mano y buscando.

—Tranquila, tranquila, no te enfades. Hay mucha más. Que no se diga que Austin Jericho va a dejar a una mujer hambrienta.

—Eso es exactamente lo que diría yo.

Aquella voz suave y familiar se deslizó en sus oídos. Todos sus músculos se pusieron en tensión, además de ciertas partes de su cuerpo.

Se volvió y descubrió a Maddie en la puerta del establo. Llevaba una camiseta blanca ceñida con las palabras *Reina de la Fiesta* impresas en letras de color rosa brillante en la parte delantera y una falda vaquera minúscula. Y estaba tan deliciosa como la noche anterior. La tela se pegaba a sus senos y la camiseta subía ligeramente cuando respiraba, ofreciéndole una tentadora visión de su ombligo, en el que brillaba un aro de oro.

Primero un tatuaje y después un piercing en el ombligo. Definitivamente, había cambiado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó a Maddie.

—Viendo el cariño con el que le hablas a una vaca. Sabía que no podías haber cambiado tanto. Continúas intentando seducir a las mujeres para que hagan las cosas a tu manera.

—Pero ahora me ocupo de mujeres con cuatro patas. Son mucho más fáciles de complacer —le ofreció a la vaca otro puñado de avena antes de salir de su cubículo—. Son fáciles de mantener. Sólo necesitan que las traten bien y un poco de comida para ser felices.

—A mí también me gusta que me traten bien.

Aquellas palabras penetraron en su mente, confirmándole lo que ya sabía: efectivamente, Maddie había cambiado.

Después de haber pasado prácticamente toda la noche sin dormir, dando vueltas en la cama y recordando una y otra vez las palabras de Maddie durante la fiesta de la boda, había llegado a pensar que a lo mejor todo había sido un sueño.

Pero al verla allí, bajo la brillante luz del día, comprendió que no había sido ningún sueño.

Maddie estaba buscando una aventura de una noche. Algo muy peligroso para su paz mental.

Frunció el ceño.

—Lo siento, no tengo tiempo para visitas. Tengo trabajo que hacer.

—Yo también. No he venido de visita. Estoy aquí en nombre de la ciencia y los cosméticos. Necesito una opinión objetiva sobre un producto nuevo en el que estoy trabajando. Estoy intentando decidir entre varias fragancias y he pensado que tú podrías ayudarme.

—¿Por qué yo?

—Éste es un producto para mujeres.

Austin sonrió.

—Entonces no sé si soy la persona más adecuada.

—Es para que las mujeres atraigan a los hombres. La loción es para atraer al sexo opuesto, y como tú eres un representante del sexo opuesto…

—Y no has podido encontrar a nadie más.

—Necesito a alguien con menos de sesenta y cinco años.

—La mitad de los clientes del Cherry Blossom tienen menos de esa edad.

—Pero por lo menos dos tercios de ellos son unos pervertidos, unos negados o están casados. Necesito un hombre normal, un estadounidense con sangre en las venas que conozca a las mujeres. Un hombre que haya salido con mujeres, un tipo con experiencia. Si mi loción es capaz de seducir a un hombre como tú, entonces seguro que funcionará con hombres menos experimentados.

—En el Pinck Cadillac se celebra la fiesta semanal del equipo de fútbol. La mayor parte de esos tipos son del antiguo equipo y por lo menos tres o cuatro están solteros.

—Pero ninguno de ellos me debe un favor.

—¿Y yo sí?

—Sí. Estuve ayudándote a estudiar todas las tardes durante nuestro último año en el instituto. Eso representa por lo menos doscientas horas de mi valioso tiempo.

—Te ofreciste voluntariamente.

—La señorita Marshalyn me coaccionó.

—Bueno, y a mí también.

—Entonces en eso estamos en paz. Yo te ofrecí mi tiempo y tú me ofreciste el tuyo. Pero tú por lo menos conseguiste a cambio un sobresaliente en álgebra. ¿Y qué conseguí yo?

—El placer de mi compañía.

—A pesar de lo que pueda creer tu impresionante ego, para mí no fue ningún placer —lo miró con los ojos chispeantes—. Pero podría serlo.

—Ni lo sueñes. Yo quiero algo permanente. Estoy intentando sentar la cabeza.

—¿Y tienes que hacerlo hoy?

—No, exactamente.

—Entonces, puedes pasar esta noche por casa de Cheryl y echarme una mano.

—No creo.

Madeline le dirigió una mirada cargada de intención.

—Si yo no te hubiera dado esas clases, no te habrías graduado. Mira, tengo muy poco tiempo

y no quiero perderlo buscando otro sujeto para las pruebas.

—Y yo tengo que atender el ganado, no tengo tiempo libre.

—Yo tampoco lo tenía entonces, pero lo saqué de donde pude.

En eso tenía razón. El silencio se alargó durante varios minutos entre ellos.

—Si al final pudiera dejarme caer por allí, ¿qué tendría que hacer?

—Durante las dos semanas que voy a quedarme en el pueblo, intentaré perfeccionar un producto. Tú serás mi conejillo de Indias. Crearé varias situaciones diferentes. Tú tendrás que tocar, oler, o saborear y darme tu opinión. Así de fácil.

—¿Así de fácil?

—Así de fácil.

—¿Sin cosas raras?

—Sin cosas raras —lo miró fijamente—. ¿Pero qué clase de mujer crees que soy?

—Una mujer peligrosa.

Madeline sonrió de oreja a oreja.

—De acuerdo, quizá lo sea. Pero te juro que no me desgarraré la ropa ni me lanzaré sobre ti.

Lo dijo sin mirarle a los ojos, lo que le indicó a Austin que se anduviera con cuidado, porque podría ser él el que terminara desgarrándole la ropa y lanzándose sobre ella.

—Palabra de exploradora.

—Tú nunca fuiste exploradora —la miró a los ojos—. Y ahora que lo mencionas, ¿por qué? Habrías sido la chica exploradora perfecta.

Madeline lo fulminó con la mirada antes de encogerse de hombros.

—Se reunían los sábados y ése era el día de más trabajo en la panadería. Mi padre me necesitaba.

—Pero si se hubieran reunido un día diferente, habrías estado allí. Habrías llegado a ser jefa de grupo. Con ese uniforme tan horrible y todo.

—No me habría puesto nunca un uniforme como aquél.

—Pero si tú vivías para ese tipo de trajes.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Que siempre llevabas esos vestidos enormes y anchos como sacos. Ahora que pienso en ello, ¿por qué vestías así?

—Me los hacía mi madre. Pensaba que a mí me gustaban.

—¿Y te gustaban?

—Digamos que valoraba el esfuerzo de mi madre. Coser era su pasión y no quería herir sus sentimientos, así que me ponía todo lo que me hacía sin quejarme. Pero le compré un torno una Navidad y dejó de coser. Al parecer, la nueva afición le gustaba más que la costura y no tuve que volver a ver ninguno de esos vestidos desde entonces. Sólo platos, cuencos y tazas. Tengo toda una colección.

—Deberías haberle comprado el torno mucho antes y le habrías ahorrado a todo el instituto una visión bastante horrible.

Madeline volvió a fulminarlo con la mirada antes de que asomara una sonrisa a la comisura de sus labios.

—Eran bastante feos, ¿verdad?

—Sí, bastante. Siempre me preguntaba qué esconderías bajo toda aquella tela.

La sorpresa se reflejó en el brillo que iluminó la mirada de Madeline, que fue seguido por un calor que le aceleró el corazón a Austin casi tanto como la visión de su minúscula camiseta.

—Jamás imaginé… —comenzó a decir, pero Austin la interrumpió, decidido a desviar la conversación hacia un terreno más seguro.

—Creo que se ha hecho tarde —miró el reloj—. Tengo toda una remesa de vaquillas nuevas a punto de llegar.

Salió del establo e hizo todo lo posible por ignorar la dulce esencia de Madeline. Maddie decidió seguirle al cuarto de los aperos.

—Te veré esta noche.

—A lo mejor. Tengo que arreglar la cerca y eso me llevará por lo menos un par de horas.

—Asegúrate de estar en casa a las ocho. Para entonces, ya habré terminado la primera muestra.

No pensaba aparecer por allí. Eso era lo que Austin se decía a sí mismo mientras la veía alejarse meciendo su trasero bajo la falda vaquera.

El pasado era sólo eso, pasado. Un tiempo que se había ido. Y aunque ella le hubiera ayudado entonces, no podía devolverle el favor. Estaba ocupado, mucho más ocupado que ella cuando estudiaban. Aquélla era su vida. Su tierra. Su futuro.

Un futuro en el que Madeline Hale no estaba incluida.

Su ganado dependía de él. Por no hablar de los peones del rancho. Y la señorita Marshalyn. Ella esperaba que cumpliera su promesa y tuviera un matrimonio en perspectiva para el día de su fiesta de despedida.

Sin embargo, también era cierto que Maddie había estado a su lado cuando más la había necesitado. Y tenía razón. No se habría graduado si no hubiera sacado tan buena nota en álgebra. Y sin Maddie, no habría aprobado el álgebra.

Muy bien, se pasaría por allí. Pero sólo si terminaba el trabajo a tiempo. No se quedaría durante mucho rato y, por supuesto, no iba a acostarse con ella. Por mucho que lo deseara.

Madeline se quedó mirando la fila de platos, cada uno de ellos con una generosa porción de los diferentes componentes que había estado preparando aquella tarde.

La primera era una esencia que transmitía poder, pasión, calor y fuerza, o, por lo menos, eso era lo que esperaba. Un sensual aroma a fresas con unas gotas de lila y jazmín que le daban un toque floral y oriental al mismo tiempo.

La segunda tenía como objetivo ganarse el corazón de un hombre por el estómago. Era una combinación de vainilla, manzanas de azúcar y canela.

La número tres se adentraba en el lado más oscuro con una base de almizcle. El ámbar y la mirra añadían a la mezcla un matiz que resultaba definitivamente hipnótico, o al menos eso esperaba.

La número cuatro era más ligera y floral y la cinco se parecía casi a un sorbete afrutado. Y todas ellas estaban destinadas a dejar a un hombre más caliente que el asfalto de Texas a las doce del mediodía.

En el caso de que aquel hombre apareciera.

Madeline regresó a la cocina y vació media lata de refresco bajo en calorías antes de desviar la mirada hacia el último paquete sin abrir de galletas Oreo. Sólo una, se dijo a sí misma mientras alargaba la mano hacia ellas. Para tranquilizarse.

Cinco galletas después, se obligó a cerrar el paquete. Pero el corazón continuaba latiéndole a toda velocidad y tenía los nervios en tensión. De hecho, estaba casi peor por culpa del chocolate.

Desvió la mirada hacia el ordenador portátil, flanqueado por montones de notas. Sobre el mostrador había varios quemadores del laboratorio y diferentes platos. En una esquina, se alzaba soberbio un carísimo microscopio último modelo.

Pero, a pesar de la seriedad de su entorno, si pensaba en cómo se sentía en aquel momento, Madeline bien podría seguir estando en el instituto.

Se descubrió a sí misma retrocediendo a un momento similar; cuando permanecía sentada en la biblioteca, con el libro de álgebra delante y una magdalena en la mano. Llegaban hasta ella las voces de otros adolescentes corriendo hacia las miles de actividades que hacían fuera de la escuela. Y, mientras tanto, Maddie Hale esperaba.

Austin no había aparecido en las primeras tres sesiones. O bien porque se le olvidaba o porque llegaba tarde. Por lo menos eso era lo que le decía a ella. Se olvidaba, cuando Maddie se pasaba las noches anticipando aquel encuentro. La única hora que iba a poder pasar sentada frente al chico más malo del colegio.

Elegía su mejor vestido y se peinaba con especial cuidado. Y todo para pasar hora y media sentada en la biblioteca, ella sola.

Doce años después, bajó la mirada hacia el vestido rojo sin tirantes que había elegido tras haberse duchado. La tela se ceñía a cada centímetro de su cuerpo, revelando todas sus curvas, toda su grasa.

Se obligó a ignorar aquel pensamiento. Había adelgazado más de diez kilos. Sólo le quedaban curvas, y las tenía muy pronunciadas. Aquel vestido apenas dejaba nada a la imaginación. Lo había comprado queriendo asegurarse de que ningún hombre pudiera ignorarla como lo había hecho Austin Jericho en el pasado.

Con algunos trozos de velcro estratégicamente colocados, por no mencionar las cremalleras escondidas, no tenía la menor duda de que aquel modelo respondería a lo que prometía cuando lo había comprado: le hacía sexy e irresistible.

Lo único que le faltaba era un hombre.

Y, desgraciadamente, parecía que la historia iba a repetirse. Suspiró. Por lo menos había aprendido algo después de tanto tiempo. Doce años atrás, le había concedido a Austin el beneficio de la duda durante una hora y media. Pero en aquel momento… miró el reloj. Al cabo de cuarenta y cinco minutos, ya había renunciado.

—Parece que vas a quedarte sola —musitó para sí. Otra vez.

—Conozco ese sentimiento, muchacha.

Madeline alzó la mirada y vio a Spur dirigiéndose hacia la cocina con el sombrero en la mano y el ceño fruncido. Le sonaron las tripas y Madeline sonrió.

—Parece que tiene hambre.

Spur se frotó la barriga.

—Conseguir esposa es un trabajo muy duro. He almorzado con una agradable potranca que se llama Myrna Beth Standley, pero no he conseguido nada, aparte de un pequeño contratiempo.

—¿Myrna Standley? ¿Le ha propuesto matrimonio a la madre del pastor Standley?

—Claro que no. Ha sido ella la que me ha hecho proposiciones a mí.

—¿Le ha pedido que se case con ella?

—Diablos, no. Lo único que quería era sexo.

—No me lo puedo creer —pero ante el vigoroso asentimiento de Spur, añadió—: ¿Se lo ha pedido directamente, así sin más?

—Justo entre el sándwich y los aros de cebolla.

—¿Y qué le ha dicho?

—Le he dicho que no, porque me he dejado la Viagra en el rancho. En cualquier caso, a ella le he dicho que estoy buscando una esposa, no una aventura de una noche.

—¿Y qué ha dicho ella?

—En realidad, eso la ha excitado todavía más, porque ha entendido que quería pasar con ella toda la noche, así que ha empezado a acercarse a mí y a frotarme la pierna. Al final, he tenido que pedir ayuda, algo que no ha sido fácil en absoluto, teniendo en cuenta que casi no podía respirar. Es una mujer muy grande y me estaba robando todo el espacio. Ha llegado el sheriff y la ha metido en chirona. Me he pasado toda la tarde rellenando un informe para que pudiera dejarla allí y darle una buena lección.

—¿Ha denunciado a la madre del pastor?

—Claro que sí. A un hombre de mi edad podría darle un ataque al corazón con tanto frotamiento. Esa mujer es peligrosa —se inclinó hacia delante, tomó uno de los platitos y aspiró —. Dios mío, hacía siglos que no olía a pudín de vainilla.

—Es una mezcla de agua, glicolpropileno, maicena y silicato de magnesio.

—¿No son nombres muy extraños para un pudín?

—Es la primera base para una loción.

—¿Una loción que parece un pudín de vainilla?

—La maicena y el glicolpropileno son los que le dan ese aspecto.

Volvió a oler.

—Pues huele a pudín de vainilla.

—Porque es esencia de vainilla. Le he añadido también unas gotas de sándalo y jazmín y después añadiré un gel inodoro. El resultado será una fragancia dulce y azucarada.

Spur hundió el dedo en la mezcla.

—¡No! —comenzó a decir Madeline, pero él ya se lo había metido en la boca.

—Pero si sabe a pudín de vainilla —alargó la mano para agarrar una cucharilla—. Por supuesto, no es tan bueno como el de mi abuela, pero esa mujer sí que sabía cocinar.

—Sólo estoy probando la esencia. Todavía no la he convertido en una base comestible.

Aun así, Spur tomó una porción con la cucharilla.

—Y también era una buena moza —la señaló con la cucharilla—. No tenía una gota de grasa en las caderas. Y sabía escupir. De ahí es de donde he heredado yo ese talento natural que me ha permitido ser campeón del condado durante dos años. Los únicos que me han vencido han sido mis hermanos. Pero mi abuela nunca habría utilizado todas esas máquinas —señaló el microscopio—. Ella lo hacía todo a la antigua. Siempre estaba hasta los codos de grasa. No era como esas mujeres de hoy, siempre tan mimadas. No me extraña que no puedas librarte de toda esa grasa que te sobra.

—No estoy intentando librarme de nada. Lo único que quiero ahora es mantenerme en mi peso.

—Pues podrías recibir una lección de un hombre de primera. Quítate ese vestido tan elegante y ponte unos pantalones de trabajo y una camisa cómoda. Así podrás moverte, hacer un poco de ejercicio y sudar.

—No pretendo sudar. Éste es un proyecto para mi trabajo. Razón por la que, por cierto, no debería comérselo. Esto no es comestible.

—Eso es lo que necesitas —continuó Spur, como si no hubiera oído su advertencia—. En cuanto te pongas a sudar un poco, te desharás de los quilos que te sobran en nada de tiempo.

Madeline tomó aire, intentando no perder la paciencia.

—Y esos zapatos —continuó él—. No hay una sola mujer sobre la tierra capaz de cruzar un pasto con esos zapatos.

Madeline sonrió y le tendió otro plato.

—Pruebe éste. Es de ciruela.

Spur lo agarró y se dirigió hacia su habitación.

—Muy agradecido, muchacha. Y si llama el pastor, dile que no estoy aquí. Está buscándome desde que se ha enterado de que su madre está en el calabozo. Y si llama el sheriff, dile que iré a primera hora de la mañana para acabar con todo el papeleo.

Y se alejó arrastrando sus botas.

Madeline miró el reloj otra vez, fue en busca de la sexta galleta e ignoró las ganas de llorar. ¿Qué importancia tenía que Austin no quisiera acostarse con ella? Tampoco estaban hablando del gurú del sexo.

Aunque la verdad era que en Cadillac se le consideraba un verdadero gurú.

Revivió mentalmente su beso y sintió un cosquilleo en los labios. Muy bien, tenía que reconocer que se le podía considerar un gurú de primera. Pero ésa no era razón para llorar.

Una galleta más y subió tambaleante la escalera. Varios minutos después, sustituía con un suspiro de alivio los tacones por unas zapatillas. Para ser seductora hacía falta una gran tolerancia al dolor.

Sintió en los ojos el escozor de las lágrimas y mordió otra galleta. Se produjo en su boca una reconfortante explosión de chocolate. Parpadeó mientras se bajaba la parate superior del vestido y se ponía unas zapatillas con forma de conejo. Y justo en ese momento sonó el timbre de la puerta.

El corazón le latió frenéticamente. Sin duda alguna, sería el sheriff pidiendo más información sobre la madre del pastor. O, peor aún, quizá fuera el pastor que había ido a ver a aquel espécimen de ochenta años cuyos ronquidos se oían en el pasillo.

Los ronquidos no cesaron cuando volvió a sonar el timbre. Madeline sacudió la cabeza y comenzó a bajar las escaleras con el corazón palpitante.

Pero tenía que controlarse. ¿Acaso no había aprendido ya la lección después de tantos años? Había pasado más de una hora. No podía ser él.

Porque, aunque ella había cambiado durante los últimos doce años, él seguía siendo el mismo chico de siempre. Un hombre atractivo y apasionado que no tenía el menor interés en Maddie Hale.

Y que estaba esperándola en la puerta.

Capítulo 7

Estaba prácticamente desnuda.

Eso fue lo primero que registró el cerebro de Austin cuando Maddie le abrió la puerta. La tela se abrazaba a sus voluptuosas curvas dejando muy poco a su hiperactiva imaginación.

Prácticamente desnuda, pero no del todo. Las partes más importantes estaban cubiertas.

—Estás aquí —dijo Madeline, como si realmente la sorprendiera—. Quiero decir… —se humedeció los labios como si estuviera intentando recuperar la compostura y lo taladró con la mirada—. Llegas tarde.

—Ha vuelto a quedarse enredada una ternera en la alambrada.

La firmeza de Madeline se transformó en compasión.

—Espero que esté bien.

—Sí, está bien. Tiene unos cuantos arañazos, pero no es nada que no se pueda arreglar con un buen linimento —y con varias hectáreas de tierra.

Se obligó a concentrarse en aquel pensamiento y en desviar la mirada de su escote. Alzó la mirada y se encontró con sus ojos. Y maldita fuera si aquellos ojos verdes no le robaron la respiración con casi la misma intensidad que aquel cuerpo voluptuoso constreñido en un vestido diminuto.

Casi.

—Pero no llego demasiado tarde, ¿verdad? —la miró otra vez—. ¿Ibas a salir?

—¿A salir?

—¿Tenías una cita? —frunció el ceño. Le molestaba pensar en aquella posibilidad mucho más de lo que debería, teniendo en cuenta que no tenía ninguna intención seria en lo que a Maddie concernía—. Vas vestida como si fueras a salir.

—¿Yo? —bajó la mirada—. ¿Lo dices por este vestido? —sacudió la cabeza—. Es un vestido viejo, me lo pongo siempre para trabajar. Es perfecto, al llevar tan poca ropa encima, tengo en alerta todos los sentidos. Y lo que hago está muy relacionado con los cinco sentidos.

Austin la miró con recelo.

—No te vas a salir con la tuya. No voy a acostarme contigo.

—En realidad, no estaba pensando en acostarme.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—Si te estás refiriendo al sexo, di sexo.

—Muy bien. No voy a disfrutar del sexo contigo. De ninguna de las maneras. No eres mi tipo.

—Si eso es cierto, ¿qué más te da la ropa que me ponga?

—Me da igual.

—¿Entonces por qué estás tan preocupado?

—No estoy preocupado. Pero odio el rojo. Es el color que menos me gusta y no me gustaría que me distrajera cuando, probablemente, tú necesites que ponga en esas muestras los cinco sentidos.

—Pasa. Yo iré mientras tanto a la cocina a preparar otra tanda de muestras.

—¿Qué ha pasado con las primeras?

—Se las ha comido tío Spur. Bueno, sólo dos. No tardaré nada.

Austin bajó entonces la mirada y reparó en sus zapatillas.

—Bonito calzado.

—¿Qué? —Madeline bajó también la mirada y se puso roja como la grana.

—¿También estimulan los cinco sentidos?

—Sí. No. Más o menos —escondió las zapatillas detrás de la puerta, dejando al descubierto unos dedos delicados con las uñas pintadas de rojo—. Me relajan.

—¿Eso quiere decir que estás nerviosa?

—¿Por qué voy a estar nerviosa?

—Porque estoy aquí y quieres acostarte conmigo.

—El sexo no me pone nerviosa.

—Pero yo sí.

—En otra época, a lo mejor, pero ya no. Sólo estoy un poco tensa por culpa del trabajo. Me juego muchas cosas con este nuevo producto.

—Entonces, vamos a por ello.

Se refería a la prueba, por supuesto, pero, maldita fuera, aquel «ello» evocaba una imagen completamente diferente en su cerebro.

Una imagen en la que aparecía Madeline, toda dulzura y suavidad, con aquel provocativo vestido rojo bajado hasta la cintura. Madeline alargando los brazos hacia él, deslizándolos alrededor de su cuello, entreabriendo las piernas y dándole la bienvenida a su húmedo interior.

La miró a los ojos y fue como si Madeline le hubiera leído el pensamiento, porque abrió los ojos de par en par y Austin reconoció en ella a la antigua Maddie. Incluso advirtió un repentino temblor en su voz.

—Tú primero.

Empujó la puerta y le hizo un gesto para invitarlo a pasar. Después, tras un rápido «ahora vuelvo», desapareció.

Austin entró en el cuarto de estar. Fijó la mirada en las fotografías de las paredes, reparando en una gran fotografía en la que aparecían dos niñas, una de ellas con un osito de peluche. En la fotografía, Cheryl Louise tenía la misma melena rubia que conservaba años después. A su lado, en un marcado contraste, posaba su hermana, Sharon, con el pelo oscuro y tupido y unos ojos más oscuros todavía.

Miró después hacia otra fotografía en la que aparecían las dos niñas con unos años más. Fue recorriendo diferentes instantáneas hasta fijarse en una fotografía más pequeña de dos adolescentes con las carpetas pegadas contra el pecho. Austin había visto a Sharon cientos de veces. Habían ido al mismo colegio, al mismo instituto.

Se acercó un poco más a la pared y observó a Madeline con uno de sus vestidos de flores. Continuaba teniendo los mismos hoyuelos, la misma expresividad en la mirada, los mismos labios llenos. Pero su fuerza interior parecía completamente diferente.

Era más audaz. Más provocativa.

Más peligrosa.

Por lo menos para un hombre que había renunciado a las aventuras de una noche y llevaba seis meses sin disfrutar del sexo.

Tomó aire e intentó apaciguar los fuertes latidos de su corazón.

—Bonita fotografía —dijo cuando oyó a Madeline moviéndose alrededor del cuarto de estar.

—La madre de Sharon nos la hizo justo después de que hubiéramos ganado el primer premio del concurso de ciencias en el primer año de instituto. Hicimos pegamento con ingredientes naturales: harina, miel y azúcar. Lo calentamos a la temperatura adecuada y nos salió un pegamento tan eficaz como el cemento. Apuesto a que el señor Vincent todavía está intentando quitarlo de su mostrador. El caso es que ganamos e incluso salimos en una revista de ciencias. Yo estaba emocionada por el descubrimiento, pero Sharon estaba entusiasmada sobre todo por la fotografía que acompañaba el artículo. Quería ser modelo.

—¿Sharon?

—Sí, ya sé que a la gente de aquí le resulta difícil creerlo. Es difícil cambiar la imagen que tienen de ti las personas que han estado observándote desde que eras un bebé. Pero Sharon tenía unos rasgos muy bonitos.

Austin volvió a mirar la fotografía y reparó por primera vez en los pómulos altos de Sharon y en su sonrisa. Era guapa, sí, pero ni la mitad que la chica que tenía a su lado.

—Pensaba irse a Dallas y firmar un contrato con Ultra, la agencia de modelos más importante de la ciudad —miró la fotografía y el brillo de sus ojos desapareció—. Pero no tuvo oportunidad de hacerlo.

—¿Y tú?

—¿Yo qué?

—¿Alguna vez pensaste en ser modelo?

—¿Yo? —sacudió la cabeza—. Pensé en ello, pero sólo era un sueño. En aquella época pensaba muchas cosas de ese tipo. Quería convertirme en una estrella del rock o en una actriz famosa.

—O en el Increíble Hulk.

Madeline se volvió hacia él con una sonrisa.

—¿Tú querías ser el Increíble Hulk?

—Cuando no estaba soñando con ser uno de los hermanos de *Bonanza* .

—Yo tenía una fantasía en la que me imaginaba siendo Madonna. Pero la verdad es que estaba más interesada en descubrir recetas nuevas para mi padre.

Austin se volvió y reparó entonces en los platos de postre que había sobre la mesa del comedor.

—Parece que continúas cocinando.

—En el laboratorio. Pero ya no tengo tiempo de cocinar en la cocina.

—Te comprendo. A mí no se me da demasiado bien la cocina, pero me gusta comer. Y no hay nada como un buen cuenco de dulce de boniato.

Madeline sonrió con nostalgia.

—La madre de Sharon solía dejarnos lamer el cuenco después de haber batido el dulce la víspera del Día de Acción de Gracias —miró la fotografía—. A Sharon le habría encantado saber que estoy trabajando para V.A.M.P. Cuando éramos adolescentes, vivía para los pintalabios. V.A.M.P. no es una marca que se pueda encontrar en cualquier parte. Sólo en los establecimientos más elegantes —sonrió.

Se hizo un largo silencio antes de que Austin preguntara:

—Tú estabas allí aquella noche, ¿verdad? La noche que ocurrió.

Madeline no contestó. Se limitó a mirar la fotografía en silencio durante largo rato.

—Estábamos las dos solas —dijo por fin—. Estábamos emocionadas porque nos graduábamos al día siguiente. Era el primer día del resto de nuestras vidas, eso era lo que decía Sharon. Habíamos ido a dar una vuelta en el coche de su padre y estuvimos hablando de todo lo que íbamos a hacer con nuestras vidas. Sharon era la que llevaba las riendas de la conversación. Casi siempre era ella la que hablaba. Eran tantas las cosas que quería hacer… y yo la escuchaba. Y entonces…

Asomó el miedo a sus ojos y sacudió la cabeza, como si quisiera desprenderse de aquel recuerdo.

—No tiene sentido hablar de ello. Eso ya está superado.

—Quizá. O quizá no.

—¿Qué se supone que quieres decir?

—Que a veces las cosas continúan viviendo dentro de nosotros hasta que decimos: «basta». Eso fue lo que me ocurrió cuando murió mi padre. Vi cómo lo enterraban, sí, pero eso no fue el final.

Se volvió hacia las fotografías, pero ya no veía a aquellas dos chicas sonrientes. Veía a su padre, y veía la rabia y el resentimiento que transmitía día a día. Oía el odio que reflejaba su voz.

—Durante mucho tiempo, mi padre continuó viviendo en mi cabeza. A veces todavía le oigo decirme «no vales para nada. Eres tan inútil como tu madre».

Pero ya no le afectaba. Por lo menos, no tanto como parecían continuar afectándole los recuerdos a Maddie.

—No eres ningún inútil.

—No, ya no.

—Nunca lo has sido.

Austin sonrió.

—Creo que no tienes muy buena memoria, Tambor.

—Mi memoria está perfectamente. Eras un chico rebelde, no un inútil. Y no me llames Tambor.

—Pero esas zapatillas con forma de conejo…

—Te odio.

—Estupendo. Así a lo mejor te olvidas de acostarte conmigo.

Madeline le miró arqueando una ceja.

—No tienes por qué caerme bien para acostarme contigo. Sólo tengo que excitarme —se humedeció los labios y Austin sintió que su cuerpo reaccionaba al instante.

—Igual que yo, pero no estoy excitado.

Madeline lo miró con el ceño fruncido antes de que su expresión se transformara en una sonrisa desafiante.

—Todavía.

Antes de que Austin tuviera oportunidad de decir nada, Madeline se acercó a la mesa del comedor.

Austin quería dar media vuelta y marcharse. Cuanto menos tiempo pasara con Madeline Hale, mejor. Era consciente de ello, pero sus pies parecían negarse a obedecerle. Siguieron a Madeline al cuarto de estar. Y a Austin se le secó la boca al ver cómo mecía las caderas al andar.

A los pocos segundos, estaba sentado a la mesa, con el corazón desbocado mientras Madeline

se movía constantemente colocando los platos, y acabando con sus buenas intenciones. Eran movimientos que había visto constantemente: le mostraba provocativamente el escote, le rozaba el brazo o se apartaba el pelo de la cara. Pero maldita fuera si no estaba reaccionando como un adolescente viendo a su primera mujer en acción.

—Muy bien —dijo Madeline al cabo de unos minutos—. Ésta es una prueba base, lo que significa que vamos a concentrarnos en un solo sentido: el olor. Eso significa que tendremos que eliminar cualquier otro posible estímulo. Nada de ver, ni de tocar ni de oír. Tienes que concentrarte en un solo sentido. Te ataré las manos.

Madeline levantó un pañuelo de seda rojo. Austin se imaginó entonces a Madeline desnuda, con sólo un pañuelo rojo anudando sus muñecas. Sintió una particular tensión en la entrepierna y cambió de postura, intentando ahuecar la tela de los vaqueros. No lo consiguió. Madeline estaba demasiado cerca. Y olía demasiado bien.

Le tendió las manos y Madeline le anudó el pañuelo a su alrededor y lo tensó. Sacó otro pañuelo y le pidió que cerrara los ojos.

La seda acariciaba sus párpados y Madeline le rozaba la mejilla con los dedos mientras apretaba la tela y le hacía un nudo en la nuca.

Una vez eliminados los sentidos de la vista y el tacto, sólo podía concentrarse en el oído. De pronto, sus oídos parecían capaces de sintonizar cualquier sonido. Notó la respiración de Madeline, sintió su aliento en la nuca…y al instante reaccionó otra parte de su anatomía.

La oyó mover los platos delante de él y se preguntó si le rozaría accidentalmente con los senos cuando se inclinara hacia él.

La anticipación le aceleraba la sangre. No importaba que no pudiera verla. Sabía que estaba allí, y que estaba excitada. Y aquello le excitaba todavía más.

Era agudamente consciente de su propio cuerpo. Sentía el calor en las palmas de las manos. Oía el latido de su propio corazón. Saboreaba el deseo en sus labios. Y lo único que podía hacer era esperar a que empezara la prueba y rezar para que aquella tortura terminara cuanto antes.

Intentó concentrarse en algo que le ayudara a recuperar la compostura. Como en el sol ardiente del verano cuando trabajaba con el ganado. O en el orgullo de saber que cada centímetro de tierra, cada caballo, cada novillo, eran sólo suyos.

Suyos.

Intentó conjurar la imagen de su casa, una cabaña de dos plantas que él mismo había diseñado y levantado junto al establo y los corrales.

Pero no funcionó. Continuaba imaginándosela a ella, y continuaba deseándola a pesar de saber que no era en absoluto la mujer adecuada para él con aquel vestido rojo ceñido y sus palabras provocativas.

De hecho, la quería precisamente por todas esas cosas.

—Aspira —le instruyó Madeline, susurrándole con voz suave al oído—. Espira y vuelve a aspirar —se quedó en silencio durante algunos segundos—. Ahora tienes que puntuar cada fragancia dándole un valor de uno a cinco.

Austin se concentró en hacer lo que le pedía. Siguió el procedimiento en tres ocasiones. Y estaba inclinándose para probar la fragancia número cuatro cuando rozó con la nariz una piel aromática, suave…

—Te estoy oliendo a ti —exclamó, echándose tan violentamente hacia atrás que estuvo a punto de caerse de la silla.

—Por supuesto.

—Pero se supone que tengo que oler la loción.

—Y la estás oliendo. Me he echado esa loción en algunas partes del cuerpo. Las fragancias cambian cuando se mezclan con las feromonas del cuerpo.

Austin odiaba admitirlo, pero tenía sentido. Aun así, continuaba recelando.

—Pero tú has dicho que se trataba de oler, no de tocar. Y yo acabo de tocarte.

—Yo no tengo la culpa de que te hayas acercado tanto.

—No veo nada. Y tan pronto estás en un lado como en el otro, ¿cómo se supone que voy a saber si estoy acercándome o no?

—¿Tanto te importa?

—Me importa, sí.

—¿Porque estás excitado?

—Porque estoy mareado.

—¿De verdad estás mareado?

—Sí, hoy me he quedado sin cenar.

—Eso no es bueno. Así que, aunque sólo sea por una vez, supongo que tendré que saltarme las reglas. No quiero que te pongas enfermo. Te desataré las manos, así podrás sentir más cosas y quizá eso te ayude a aguantar —Austin sintió sus manos en las muñecas. A los pocos segundos, había caído el pañuelo—. Pero asegúrate de que el contacto sea limitado. Se supone que la prueba tiene que hacerse sólo con el olfato.

Una vez liberadas sus muñecas, Austin sintió que recuperaba al menos parte del control. Tomó aire, se levantó y alargó el brazo hacia ella.

—¿Qué haces? —preguntó Madeline.

Austin tiró de ella. Sus senos rozaron su pecho y sus caderas su creciente erección.

—Asegurarme de dónde estás —deslizó las manos por su cintura y la sentó en la mesa.

Los platos repiquetearon y la madera crujió. Austin buscó después tras él, palpó su silla, la acercó y se sentó.

Se produjo un momento de silencio antes de que Madeline le tomara la mano y la guiara hacia su cuello.

—La muestra está justo aquí.

Apartó la mano mientras Austin le acariciaba la curva del cuello y descendía para dibujar su clavícula y después se inclinaba hacia delante. Una vez. Dos veces. Y una tercera vez.

—¿Qué te parece? —preguntó Madeline casi sin aliento.

—No puedo pensar. No quiero pensar.

De hecho, en aquel momento quería algo completamente diferente. No estaba seguro de lo que pasaría al instante siguiente. Quizá fuera la venda la que le estaba ocultando la realidad y hacía que el futuro que había planeado le pareciera en aquel momento tan distante como un sueño inalcanzable. O quizá los seis meses que llevaba sin tener relaciones sexuales estaban haciendo mella en su sentido común. O quizá se tratara de ambas cosas. No lo sabía. Lo único que sabía era que quería acariciarla.

Posó las manos en sus pantorrillas y moldeó sus formas. Y continuó acariciándola mientras ascendía por sus rodillas, por sus muslos. Se detuvo al llegar al dobladillo del vestido y jugueteó con la tela.

Madeline contuvo la respiración cuando acercó los labios a la parte interior de la rodilla.

Austin continuó lamiendo y mordisqueando el muslo hasta llegar…

—Maldita sea, no llevas bragas —gruñó en tono acusador cuando llegó a los sedosos y

húmedos pliegues de su sexo.

—Nunca llevo bragas. Con este vestido, quiero decir. Es demasiado ceñido. Hasta un tanga se notaría —curiosamente, sus palabras parecían casi una disculpa.

Un pensamiento estúpido, porque era evidente que Madeline había dejado de ser la chica que era en otro tiempo.

Austin lo sabía, pero había algo en el temblor de su voz que le impulsaba a creerla y alejó de pronto toda la tensión que inundaba su cuerpo, hasta que lo único que quedó fue el deseo.

Deslizó entonces las manos bajo la falda, presionó su trasero y la acercó hasta el borde de la mesa.

Mordisqueó el sedoso interior de su muslo y ella gimió antes de que Austin acercara sus labios a su rincón más íntimo. Gritando de placer ante aquel repentino contacto, lo agarró por los hombros y hundió los dedos en sus duros músculos.

Austin deslizaba la lengua a lo largo y ancho de su hendidura como si nunca fuera a saciarse de ella. La devoraba, la lamía y saboreaba mientras ella gemía de placer y arqueaba las caderas contra su boca.

Austin retrocedió entonces un momento, sólo lo suficiente para quitarse la venda de los ojos. Madeline lo miró con sus ojos verdes rebosantes de deseo y asombro, como si nunca hubiera sentido la boca de un hombre tan cerca.

Sin apartar los ojos de los suyos, Austin alargó la mano y deslizó el dedo corazón en el interior de Madeline; la encontró tan lubricada y cálida que necesitó de toda su fuerza de voluntad para no hacerle el amor en ese mismo instante. Pero, más que satisfacer su propio deseo, en aquel momento lo que quería era saciar el de Madeline.

Presionó con el pulgar el clítoris henchido y lo acarició suavemente. Hacia delante y hacia atrás, hacia arriba y hacia abajo. La humedad fluía entre las piernas de Madeline, facilitando el camino de aquel dedo que entraba y salía de su cuerpo. Muy pronto, estuvo toda ella en tensión. Entreabrió los labios para dejar escapar un gemido; sus ojos resplandecieron y llegó al orgasmo.

Austin se levantó de un salto, tirando la silla en el proceso, y se inclinó sobre ella para sofocar sus gritos con un beso. Deslizó un brazo a su alrededor y la sostuvo contra él mientras mantenía un dedo en su interior, sintiendo el delicioso ritmo de sus contracciones, un ritmo que hizo crecer hasta lo imposible su erección.

—Estoy ardiendo —musitó Madeline contra sus labios.

Austin conocía aquel sentimiento. Él también se sentía a punto de entrar en combustión.

—Tienes que hacer algo —susurró Madeline—. Tenemos que hacer algo.

Austin siempre había sido un hombre capaz de controlarse cuando estaba con una mujer, pero en aquel momento se supo perdido. Quería estar dentro de ella. Lo necesitaba. Y eso era lo único que importaba.

—Te deseo tanto que apenas puedo respirar —susurró Madeline.

La propia respiración de Austin había adquirido un ritmo furioso y entrecortado. Se bajó la cremallera del pantalón. Estaba tan excitado que no consiguió desabrocharse el botón al primer intento.

—Maldita sea —gruñó.

Volvió a tirar y el botón salió volando hasta el otro extremo de la habitación.

—Te deseo tanto que la cabeza me da vueltas —continuó Madeline, alimentando su desesperación.

Austin rozó su húmedo calor con la punta de su sexo mientras buscaba la cartera en el bolsillo

de atrás del vaquero para sacar un preservativo.

—El corazón se me acelera. Y late tan fuerte…

Austin conocía aquella sensación; en aquel momento estaba oyendo los latidos de su propio corazón. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!

—¿Ocurre algo?

Un momento. ¿Había oído una voz?

Se quedó paralizado mientras la realidad conseguía filtrarse a través del deseo que consumía sus sentidos.

—Me late muy fuerte —susurró Madeline.

—No es tu corazón, Tambor, es la puerta.

—¿La puerta?

—Están a la puerta.

—¿Están llamando a la puerta? —Madeline abrió los ojos como platos al darse cuenta—. ¡Están llamando a la puerta!

—Soy el pastor Standley. Les estoy oyendo, ¿ocurre algo?

—No, no. Espere un momento —contestó Madeline. Frunció el ceño mientras observaba la impresionante erección de Austin—. No podía haber elegido un momento peor.

—Parece una intervención divina.

—Si se supone que eso es una especie de «te lo dije», puedes ahorrártelo. Esto no es una señal de las alturas, sino un problema del segundo piso —cuando le vio fruncir el ceño, le explicó—: Tío Spur. Ha denunciado a la madre del pastor por hacerle proposiciones deshonestas.

—¿Es posible denunciar a alguien por algo así?

—Ni se te ocurra hacer nada parecido. Tú deseabas esto tanto como yo.

—En realidad —Austin presionó la mano de Madeline contra el bulto que tensaba sus pantalones—, quiero más.

Le dio un rápido y apasionado beso antes de retroceder y ayudarla a bajar de la mesa.

La dejó entonces, alisándose la ropa, mientras él iba a abrir la puerta. De otra manera, habría perdido el poco control que le quedaba y habría terminado tumbándola en la mesa para acabar de una vez por todas lo que habían empezado.

Se moría por hacerlo, pero habría preferido no desearlo.

Lo que él quería era concentrarse en encontrar una chica respetable. Desgraciadamente, la perspectiva no le parecía tan apetecible como antes de que Madeline Hale hubiera vuelto al pueblo.

Capítulo 8

Madeline cerró la puerta después de haberle asegurado al pastor Standley que convencería a tío Spur para que retirara la denuncia que le había puesto a su madre. Regresó entonces a la mesa y se sentó. Rememoró lo que había pasado aquella noche, deteniéndose en el momento en el que había conseguido el mejor orgasmo de su vida.

El mejor, y el primero practicando sexo oral. Estaba deseando comprobar de qué otras maneras era capaz de superar Austin a los amantes que había tenido en el pasado.

Desgraciadamente, iba a tener que esperar. Porque, con la excusa de que al día siguiente tenía que levantarse pronto, Austin se había ido justo después de que le hubiera abierto la puerta al pastor Standley. Pero había prometido volver para la siguiente sesión.

Una sonrisa curvó los labios de Madeline mientras llevaba los platitos a la cocina. Aunque en realidad había sido ella la única que había disfrutado del orgasmo, por lo menos había sido capaz de enloquecerle lo suficiente como para que no negara la atracción que había entre ellos. Realmente, sabía cómo conseguir lo que quería.

Al igual que sabía que a Austin le gustaba el rojo, a pesar de lo que había dicho al principio. Sabía que le había puesto al límite después de darle a oler la esencia número cuatro, la mezcla de jazmín y azucenas con suculentas fresas.

Levantó el plato e inhaló. Definitivamente, aquella fragancia provocaba una reacción intensa. Aunque las otras también eran potentes.

Pasó la siguiente media hora fregando los platos, ordenando el laboratorio y tomando notas. Subió después a su dormitorio y se metió bajo una ducha de agua fría.

Pero el agua no aliviaba el deseo que latía en su interior.

Quería compartir un orgasmo con Austin. Quería sentirlo dentro de ella y explotar entre sus brazos. Sentir su corazón latiendo al mismo ritmo vertiginoso que el suyo; y saber que ella era la única responsable de su orgasmo. Que había llegado a convertirse en una mujer a la que Austin Jericho no podía resistirse.

No iban a hacer el amor, se dijo Austin a sí mismo por enésima vez mientras daba vueltas y vueltas en la cama, intentando dormir. Tenía los ojos cerrados, pero aparecía frente a él la imagen de Madeline con el vestido rojo, tensándose alrededor de su dedo. En sus oídos resonaban sus gritos de placer.

Abrió los ojos y clavó la mirada en la pared. La temperatura del exterior había bajado varios grados, pero no lo suficiente como para apagar la hoguera de deseo que lo abrasaba. Ni siquiera una ducha fría y varios vasos de té helado le habían proporcionado alivio.

Sacudió la cabeza y se sentó en la cama. Después de ponerse los vaqueros, salió al pasillo del único piso de la casa del rancho. Había tenido que pedir un crédito al banco para construir aquel lugar, pero después de unos cuantos años buenos con el ganado, había podido devolverlo. Y él era el propietario de aquel lugar; una casa de cinco dormitorios, una cocina enorme y un salón acogedor con una chimenea gigante.

Todo aquello era suyo, y no se parecía en nada a la destartalada casa en la que había pasado su infancia.

Se acercó a la ventana del salón. En la distancia se distinguía una casa pequeña, apenas visible entre los árboles. Pero Austin no necesitaba verla con los ojos. Conocía sus paredes sucias, la madera completamente destrozada. El letrero de prohibido el paso clavado a un árbol.

La mayor parte de las ventanas estaban cubiertas con tablas para evitar que entrara el frío. Austin y sus hermanos habían clavado ellos mismos la madera con los clavos que habían sacado de la cerca del señor Waller. Su padre, que roncaba en el porche, donde pasaba horas gritando y maldiciendo durante sus habituales borracheras, ni siquiera se había despertado con el ruido de los martillazos. Era tan inmune al frío del invierno como al calor del verano. No sentía nada, excepto el alcohol que fluía por sus venas; y no oía nada, ni siquiera el grito de tres niños hambrientos y desesperados.

Austin había aprendido muy pronto a dejar de llorar. Las lágrimas no servían para nada. No llevaban comida a la mesa ni hacían aparecer buena ropa, así que había dejado de llorar a los tres años. Había dejado de sufrir por el mañana y de preguntarse por qué las cosas eran tan difíciles para él y tan fáciles para otros niños del jardín de infancia.

Y, en cambio, había comenzado a buscar lo que necesitaba y a alejarse de su padre todo lo posible. Había dejado de importarle lo que no tenía.

Hasta que, un buen día, se había llevado un cubo de manzanas del porche de la señorita Marshalyn y ella le había descubierto. Le había llevado a la cocina de su casa diciéndole que iba a llamar al sheriff, pero, al final, se había limitado a regañarle por no respetar la propiedad ajena al tiempo que Austin olía por primera vez su maravilloso dulce de boniato.

Desde entonces, estaba enganchado a él. Había comenzado a recoger las manzanas de la señorita Marshalyn y a dejárselas en el porche con la esperanza de que estuviera abierta la ventana de la cocina para volver a olerlo. Al cabo de unos cuantos cubos, la señorita Marshalyn le había invitado a entrar en su casa y le había ofrecido un cuenco de dulce de boniato.

Como pago a su trabajo, le había dicho. A partir de aquel momento, había comenzado a encargarle tareas. Austin se presentaba todos los días en su casa y ella le daba algo que hacer. Cuando terminaba, le ofrecía un plato de comida.

Pero más que la comida que le ponía en el plato, tanta que siempre podía guardar algo a sus hermanos, lo que a Austin le gustaba era estar en la cocina disfrutando de los olores y el calor de un hogar.

La señorita Marshalyn primero le había llenado el estómago y después había comenzado a llenarle la cabeza. Austin desvió la mirada hacia la estantería que había en una esquina y hacia la fiambrera de metal que descansaba en uno de sus estantes.

Había sido un caluroso domingo de verano. Él había cortado el césped del jardín mientras Marshalyn estaba en la iglesia. Al regresar a casa, la bibliotecaria le llevaba una reluciente fiambrera roja.

Para un niño de ocho años que llevaba al colegio su almuerzo, cuando realmente tenía algo que almorzar, envuelto en papel, aquello había sido como el mejor regalo de Navidad. Pero no

era un regalo, le había advertido ella, se lo había ganado con su trabajo. E incluso le había dicho que se había ganado el almuerzo que a partir de entonces les prepararía a él y a sus hermanos todos los días.

Austin miró de nuevo hacia la ventana. Aunque la señorita Marshalyn había intentado cambiarle la vida, realmente, no había cambiado nada. Para lo único que había servido su ayuda había sido para frenar el camino de destrucción en el que se había metido.

Continuaba siendo el mayor de los problemáticos hermanos Jericho y su padre seguía bebiendo.

Aunque a Austin nunca le había gustado mucho el alcohol, había crecido arrastrando la reputación de su padre. Un hombre amargado y enfadado porque el mundo le había tratado con dureza.

Un día, iba Austin conduciendo su moto por la calle principal cuando había perdido el control y había terminado chocando contra el coche del sheriff, que estaba aparcado en la acera.

—Eres igual que tu padre —le había dicho el sheriff.

Y Austin le había creído, hasta que la señorita Marshalyn había ido a pagar su fianza para sacarlo del calabozo. Aquella noche, no le había puesto una tarea a cambio. Y tampoco había intentado negociar para conseguir que mejorara su conducta. Se había limitado a decir:

—Tú eliges. O esto —se refería a las rejas—. O esto —había señalado la puerta.

Él era el que decidía, y aquella noche Austin había decidido no volver a meterse en problemas y comenzar a pensar en construir un verdadero hogar, en formar una familia.

El hogar ya lo tenía, casi. Desde que había muerto Jim, el marido de la señorita Marshalyn, ella ya no necesitaba aquella finca que a Austin le daría la posibilidad de competir con los ranchos más grandes de la zona.

En cuanto a la familia, lo único que tenía que hacer era elegir entre alguna de las mujeres respetables que había seleccionado.

El problema era que lo único que realmente le apetecía hacer era ver a Maddie Hale sonrojada y gimiendo mientras él le lamía…

Llegaba tarde otra vez.

Pero no importaba. Madeline sabía que volvería aquella noche. Por eso se había tomado su tiempo para prepararse para la velada.

Se retocó el maquillaje y volvió a echarle un vistazo a su peinado.

Miró el reloj y se ajustó el top de encaje rojo. Cuando se lo había puesto dos horas atrás, la idea era estar sexy y seductora. Pero, en aquel momento, estaba empapada en sudor, pegajosa y hambrienta.

Resopló e intentó concentrarse en las mezclas de perfume. Cada una de ellas había sido creada para provocar una sensación diferente al entrar en contacto con la piel. La primera provocaba un hormigueo, la segunda un cosquilleo. La número tres calor, la cuatro, frío. Y la quinta provocaba una sensación de humedad.

El ruido de unos pasos en el porche la sacó de sus pensamientos. Se levantó de un salto del sofá, con el corazón palpitante como si acabara de descubrir la fuente de la juventud.

Pero era una mujer adulta. Salía con hombres. Los tocaba, los abrazaba, los besaba. Con algunos, incluso había llegado a acostarse. Ya no era una chica regordeta y tímida, aunque la noche anterior hubiera abierto la puerta con unas zapatillas con forma de conejo.

Aquella noche, llevaba un par de sandalias de tacón que la obligaban a erguir la espalda al caminar, realzando sus senos y elevándole el trasero.

—Llegas tarde —decía segundos después mientras abría la puerta.

Su enfado se desvaneció ligeramente al verle.

Austin llenaba completamente el porche y parecía tan alto, tan sombrío y atractivo con aquella sencilla camisa vaquera, los vaqueros desgastados y las botas de cuero… Olía a cuero, a jabón, a calor y a excitación masculina.

Austin se quitó el sombrero, se pasó la mano por el pelo y sonrió como si supiera el efecto que provocaba en ella.

—Hola a ti también.

—Déjame adivinar —señaló hacia el interior de la casa—, otra ternera se ha quedado atrapada en la alambrada.

—No, se ha caído una cerca. Me he pasado toda la tarde arreglándola —la siguió al cuarto de estar y se sentó en el borde del sofá. Clavó la mirada en las muestras que había sobre la mesita de café—. Parece que has estado muy ocupada en la cocina.

—Y en todas las habitaciones de la casa —ante su mirada interrogante, añadió—: He empezado en el porche de atrás, dando de comer y de beber a Twinkles y a las plantas. Después he sacado a pasear a la perra y la he bañado pensando que de esa manera soltaría menos pelo. No ha funcionado, así que he tenido que pasar la aspiradora en el piso de arriba y en el de abajo. Después, he pasado casi media hora intentando despertar al tío Spur, que estaba durmiendo la siesta. Y otra hora convenciéndole de que retirara la denuncia que le ha puesto a la madre del pastor, a lo que, al final, ha accedido. Una hora más convenciéndole de que cenara algo antes de ir a buscar a una mujer. Y después, por fin, he estado trabajando en la cocina.

—¿Y seguro que quieres que hagamos las pruebas esta noche? Si estás cansada…

—Estoy enfadada, pero no cansada. Y llevo esperando esto todo el día.

Austin la miró en silencio durante largo rato, alimentando la tensión que había en el ambiente con una expresión cargada de deseo, antes de acomodarse en el sofá.

—Empecemos con las muestras —le tendió las manos.

—Esta noche necesito que tengas las manos libres. Ésta será una prueba de tacto —se sentó a su lado y giró para tomar el pañuelo que había dejado en el respaldo del sofá.

Al hacer aquel gesto, rozó con el pezón el brazo de Austin y el pezón cobró vida inmediatamente.

Austin observó aquella reacción. Se humedeció los labios y Madeline comprendió al instante lo que quería: inclinarse hacia delante, atrapar el pezón con la boca y saborearlo a través de la tela de la blusa.

Pero Austin se contuvo. Tragó saliva y cerró los ojos.

Después de cómo habían terminado la noche anterior, Madeline esperaba que la acorralara contra la pared en el instante en el que abriera la puerta. Quería, de hecho, que lo hiciera. Pero Austin se mostraba muy reservado.

Madeline sabía que tendría que pasar ella a la ofensiva y que debería haberle arrancado los botones de la camisa. De esa forma, él respondería como lo había hecho la noche anterior y terminarían lo que habían empezado. Y mientras tanto…

Se inclinó hacia él y volvió a rozarle con su seno. La fricción del pezón contra su piel comenzaba a caldear su propio cuerpo.

Ahogó un gemido antes de que escapara de sus labios y se obligó a tranquilizarse mientras se

levantaba para apagar la radio. Se hizo un silencio absoluto en el salón, interrumpido únicamente por los latidos de su corazón y el zumbido del aire acondicionado. Se sentó al lado de Austin y le tendió la primera muestra.

—Ésta es la número uno —le explicó—. Voy a untártela en la piel. Relájate e intenta concentrarte en lo que sientes. Después, intenta describir esa sensación utilizando solamente tres palabras.

Austin tomó aire mientras ella comenzaba a extender la muestra hormigueante por su piel, frotándole la muñeca y el antebrazo. Gimió, y el sonido avivó el deseo que palpitaba en su propio cuerpo.

—Muy bien —musitó.

—Ahora, intenta describirlo con tres palabras.

—Increíble.

—¿Y?

—Dios mío… —tomó aire—. Palpitante. Lo siento palpitar. Es como si tuviera vida propia.

—No hagas frases, sólo quiero una palabra que lo describa.

—Eléctrico.

—Muy bien.

Madeline tomó un trapo empapado en alcohol y le frotó el brazo antes de inclinarse hacia el brazo contrario.

—Dejaremos que éste se recupere mientras probamos la siguiente.

Le aplicó la siguiente muestra con los oídos atentos a la próxima reacción que iba a salir de sus sensuales labios. Aunque se suponía que era a él a quien tenía que excitarle la loción, era ella la que se sentía como si estuviera ardiendo.

—Ésta es la muestra número dos —le frotó la muñeca y el antebrazo—. Ahora, intenta describir lo que sientes.

—Calor —respondió Austin, sintiendo el calor que se extendía por su piel y parecía encender su cuerpo entero.

—¿Qué has dicho? —preguntó Madeline con una voz tan suave y tórrida como su esencia.

—Calor —repitió Austin entre dientes, luchando contra aquella sensación—. Un calor intenso. Una tortura, porque resulta muy placentero.

—Perfecto.

Una nueva sensación reemplazó a la anterior.

—Aquí está la siguiente muestra —Madeline le dobló la manga de la camisa antes de hacerle probar una nueva muestra.

Austin sintió un cosquilleo en la piel, pero no sonrió. Al contrario, frunció el ceño intentando ignorar aquella sensación.

—Descríbelo.

—Es como si me estuvieras haciendo cosquillas.

—¿Entonces por qué no sonríes?

—Porque es un cosquilleo extraño. Como si me estuviera removiendo algo por dentro.

Austin la sintió sonreír.

—Ésa era la respuesta que esperaba.

Se levantó y se sentó en el lado contrario. Austin sintió el roce de su pelo en el brazo mientras Madeline le subía la manga de la camisa.

En aquella ocasión, sintió frío. Un frío casi tan intenso como la crema que se echaba en los

músculos después de un día particularmente duro en el rancho. Pero no era una sensación relajante, más bien al contrario. Lo excitaba más allá de lo que podía expresar con palabras.

Sin embargo, se le ocurrió una elocuente frase en el momento en el que Madeline volvió a levantarse del sofá y se sentó frente a él. Notó las manos de Madeline en las rodillas. Ella le urgió a separar las piernas y Austin tuvo la sospecha de que se había colocado de rodillas entre ellas.

—¿Qué haces?

—Ésta es la muestra final.

Austin no sintió el contacto de una fragancia aquella vez. Sin embargo, notó las manos de Madeline deslizándose sobre sus brazos y arrastrando la camisa.

—¿Qué sientes?

—Es algo húmedo —tragó saliva—, y caliente.

—Sí, así es.

Y mientras pronunciaba aquellas palabras, Austin sospechaba que se refería a algo más que a sus manos.

Madeline se separó de él durante varios segundos pero, casi inmediatamente, le subió la camisa y acarició su torso. Austin contuvo la respiración mientras sentía su húmeda caricia bajo la camisa.

—¿Continúas sintiéndome húmeda y caliente?

—Muy caliente.

—Esta muestra no tiene ningún ingrediente que provoque calor.

—No es la muestra, soy yo.

Alzó la mano para quitarse la venda y confirmó sus sospechas.

Madeline estaba arrodillada frente a él, con las manos todavía sobre su pecho, cubriéndole el pezón izquierdo con una mano mientras posaba la otra sobre su palpitante corazón.

—¿Esto forma parte de la prueba?

—Sí.

Madeline se humedeció los labios, se inclinó hacia delante y cerró la boca sobre el pezón. Lo retuvo con los dientes y lo acarició con la lengua.

—Dios mío —gimió Austin con la mirada fija en ella mientras succionaba su pezón.

Madeline se acercó a él presionando su erección con su cuerpo. En la mente de Austin surgió de pronto la imagen de Madeline descendiendo hasta sus pantalones y apoderándose de su sexo con los labios.

La joven presionaba sus labios pintados de rojo sobre su piel y Austin enredaba los dedos en su pelo, reteniéndola contra él. No podía evitarlo. Estaba llegando al límite. Estaba a punto de sentarla en su regazo y desgarrarle la blusa para poder saborear sus pezones tal y como ella estaba saboreando los suyos.

Quería desnudarla, hundirse dentro de ella y acabar con aquella maldita atracción que le estaba distrayendo.

Y lo haría.

Antes de que terminara la noche, haría todo lo que había estado deseando hacer desde el momento que la había visto en el Sketeer's. Pero antes tenía que comprobar si realmente había cambiado.

Madeline se inclinó sobre las rodillas y alzó la mirada hacia él con los labios entreabiertos y la mirada anhelante.

—Esta noche era una prueba táctil —le recordó.

—Para el producto. Y con esa prueba ya hemos terminado. Ahora estoy probándote a ti.

La erección de Austin palpitó y Madeline bajó la mirada hacia su regazo.

—Quiero verte —le desabrochó el botón de los vaqueros—. Y tocarte.

Al bajarle la cremallera, rozó con los nudillos su firme erección. Todo el cuerpo de Austin tembló de anticipación. Se inclinó lo suficiente como para dejar que Madeline le bajara los vaqueros y el calzoncillo hasta las caderas.

—Y saborearte.

Y antes de que él hubiera podido tomar aire siquiera, Madeline se inclinó hacia delante, sacó la lengua y lamió la gota de líquido que asomaba por la punta de su miembro.

Un intenso calor palpitó en todas las terminales nerviosas de Austin; era como una llama deslizándose por su piel. Le lamió desde la base una vez, dos veces, excitándolo cada vez más antes de tomarle completamente con la boca.

Austin cerró los ojos mientras escapaba un gemido desde lo más profundo de su garganta. El placer abrasaba su cuerpo e intentaba dominarse. Deseaba aquello demasiado como para terminarlo tan rápidamente. Quería sentirla, verla, quería hundirse en su cuerpo y entregarse completamente a ella.

Abrió los ojos. La melena rubia de Madeline se extendía sobre su regazo. Bajó la mano hacia su rostro, para apartarle el pelo y poder ver sus labios rojos acariciando su sexo. Madeline continuó succionando y deslizando la lengua a su alrededor, acercándolo cada vez más al límite.

Austin le enmarcó el rostro entre las manos y la apartó de él.

—¿Estoy haciendo algo mal? —preguntó Madeline confundida.

—No, cariño. Lo estás haciendo muy bien. Demasiado bien. Y no es esto lo que yo quiero. Quiero estar dentro de ti.

Una sonrisa curvó los labios llenos de Madeline mientras se levantaba. Se desnudó a la velocidad de la luz. Austin apenas tuvo tiempo de regodearse en la visión de sus senos llenos y coronados por unos pezones rosados antes de que la joven se inclinara hacia delante y tomara sus labios.

Saboreó entonces Austin su propia esencia en la boca de Madeline y aquella sensación avivó su deseo. Enredó la lengua con la de Madeline y profundizó el beso, deseando excitarla tanto como ella le había excitado a él unos segundos antes. Fue un beso ardiente y embriagador. No podía pensar. Sólo podía sentir. La suavidad de sus labios. La danza provocadora de su lengua. Y el roce de las rodillas de Madeline contra su cadera mientras se sentaba a horcajadas en su regazo.

Austin le colocó el trasero mientras presionaba suavemente el pene contra su sexo. Atravesó su cuerpo un disparo de fuego junto a un repentino golpe de realidad. El corazón le latía a toda velocidad mientras sujetaba a Madeline para evitar deslizarse en su interior.

—Mi bolsillo —gimió contra sus labios.

—¿Qué?

Madeline abrió los ojos y Austin volvió a ver en ellos la confusión. Una vez más, tuvo la sensación de que en realidad no tenía tanta experiencia como pretendía. Pero entonces, Madeline alargó la mano hacia su pene y apretó suavemente. Los pensamientos de Austin se disolvieron mientras el placer invadía sus sentidos. Apenas pudo oír el delicado «oh» de Madeline por encima del estruendo de su corazón.

Madeline le soltó entonces y buscó en el bolsillo de Austin. Al cabo de unos frenéticos

segundos, abrió el envoltorio y deslizó el preservativo sobre su erección. Posó las manos contra el pecho de Austin y le hizo deslizarse en su interior con un rápido movimiento.

El placer fue tan intenso que Austin apenas podía respirar. Su cuerpo entero se quedó rígido.

—No te muevas —le pidió a Madeline—, todavía no.

—Yo… —Madeline se humedeció los labios, provocando en Austin un extraño anhelo. Como si lo que estaba sintiendo fuera algo más que lujuria.

Después, le miró a los ojos y musitó:

—Tengo que moverme.

Comenzó a hacerlo; y lo único que fue entonces obvio en su expresión fue el placer. Un placer puro, exquisito.

Se movía tan bien… Su cuerpo se cerraba sobre el suyo mientras se movía de arriba abajo, de lado a lado, hundiéndose más profundamente en él con cada movimiento. Austin se abrazaba a sus muslos, se mantenía rígido mientras acariciaba su suave y redondeado trasero y presionaba los labios contra su cuello.

El placer fue creciendo hasta que llegó un momento en el que Austin creyó que ya no iba a poder soportarlo ni un segundo más.

Pero lo consiguió; puso toda su fuerza de voluntad en una última embestida y continuó moviéndose más rápido, más fuerte, hasta que la vio fruncir el ceño con las mejillas sonrojadas y los labios entreabiertos. Madeline hundió las manos en sus hombros y arqueó el cuello.

Austin ahogó su grito con los labios y la abrazó mientras Madeline temblaba consumida por el clímax. Y él también explotó. Sin dejar de abrazarla y hundido completamente en ella, se dejó arrastrar por la marea del orgasmo.

Pasaron varios segundos hasta que Austin pudo recuperar la voz.

—Ha sido increíble —musitó, besándole el pelo.

—Mmm. Creo que no me quiero mover nunca de aquí.

Pero no había terminado de decirlo, cuando comenzaron a aporrear la puerta.

—¿Esperas a alguien esta noche?

Madeline se echó hacia atrás y cerró los ojos.

—Es tío Spur. He cerrado la puerta por si llegaba antes de tiempo. Aunque no esperaba que viniera a esta hora. Se supone que hay muchas mujeres en la partida de bolos, pero debe de haber pasado algo. Bueno, por lo menos ha tenido la delicadeza de esperar hasta que hemos terminado.

Mientras ayudaba a Madeline a vestirse, Austin recordó su proposición: «Me gustaría saber lo que se siente. Me gustaría saber lo que podemos llegar a disfrutar tú y yo juntos con el sexo. Quiero algo sucio, perverso, una noche explosiva y tórrida de sexo».

Bueno, pues ya habían disfrutado de una noche de sexo, de modo que podían darlo todo por terminado.

O al menos eso era lo que Austin se decía mientras se alisaba la ropa y abría la puerta a un malhumorado tío Spur.

—Sé que no suena muy convencional, puesto que lo que estamos buscando es algo sensual, pero confía en mí —le dijo Duane a Madeline cuando la llamó a la mañana siguiente—, procede de una fuente muy fiable.

Madeline le dio un sorbo a su refresco de cola; necesitaba la cafeína después de haber pasado la noche prácticamente sin dormir pensando en Austin y deseando mucho más. Más besos, más

caricias. Con una sola vez, no había sido suficiente.

Aquel pensamiento debería haberle puesto un poco nerviosa, pero se trataba de Austin. El hombre con el que había fantaseado desde antes de haberle escrito aquella carta de amor tantos años atrás.

Pero nada de aquello había tenido nada que ver con el amor. Había sido un capricho tanto doce años atrás como en aquel momento. Y la única razón por la que continuaba deseándolo era que hacía falta algo más que un encuentro en el sofá para saciar tantos años de deseo.

—¿Estás ahí? —preguntó Duane, haciéndole volver al presente.

—Sí, estoy aquí —miró hacia el paquete que Duane le había enviado durante la noche—. De una fuente de confianza, ¿eh?

—Luv4sale.com. Es una de las páginas web de Internet de productos eróticos. Éste está sacado directamente de una línea de pinturas para el cuerpo. Me llamó la atención porque no es uno de los sabores habituales, ya sabes, fresa, cereza, chocolate y ese tipo de cosas. Lo he probado y deja un gusto increíble. Probablemente utilizan una base que lo pega al cuerpo. En cualquier caso, sé que serás capaz de trabajarlo y terminar consiguiendo algo fabuloso.

—Quizá.

—Eh, a mí el pastel de calabaza me excita.

—Porque eres un hombre que se deja guiar por el estómago.

—¿Y qué hombre no lo hace?

Madeline se acordó entonces de Austin y de sus comentarios sobre el dulce de boniato. El boniato confitado llevaba azúcar, canela y nuez moscada, un sabor muy parecido al del pastel de calabaza.

—Es algo diferente, y eso es precisamente lo que buscamos.

—Tú lo has dicho. Ahora, ponte a trabajar en ello para que podamos conseguir ese ascenso y conquistar el mundo. Nadie debería trabajar en estas condiciones.

—Mi laboratorio tiene de todo —replicó Madeline.

—No tiene un hornillo. Esto de tener que salir cada vez que tengo que comer algo me está volviendo loco.

—Se supone que no tienes por qué tener ningún hornillo. El laboratorio está esterilizado.

A diferencia de la cocina en la que ella estaba sentada y desde la que veía el porche lleno de plantas y con una babeante Twinkles. Desde luego, aquel lugar tenía muy poco de estéril.

Pero, incluso así, le gustaba.

En el instante en el que se le ocurrió aquella idea, se obligó a descartarla. Aquello no se parecía en nada a su laboratorio.

—Tú revisa los resultados que te envié ayer y ordénalos cuantitativamente.

—Sí, jefa —musitó Duane, antes de colgar el teléfono.

Madeline abrió el tarro, hundió el dedo en el interior y probó la muestra. ¡Puaj! Definitivamente, aquel producto necesitaba mejoras. Pero el concepto era bueno. Diferente. Justo lo que Madeline necesitaba si quería asegurarse el puesto de jefa de investigación y desarrollo y tentar a Austin para que volviera a hacer el amor con ella aquella noche.

Aunque la verdad era que no creía que tuviera que tentarle demasiado. Después de lo de la noche anterior, estaba convencida de que estaría más que dispuesto a retomar las cosas donde las habían dejado. De modo que guardó el tarro en la caja y se acercó al armario. Minutos después, tenía la lista completa de los ingredientes que necesitaba para la prueba de aquella noche. Subió rápidamente a su habitación y miró de paso hacia el dormitorio de tío Spur, que roncaba

sonoramente. Se cambió de ropa y se maquilló.

Una vez abajo, dejó a Twinkles viendo la televisión y regó las plantas. Unas cuantas bolitas de abono y un CD de George Strait después, terminó todas las tareas y regresó a la cocina a buscar la lista.

Se sentó tras el volante de su coche y sonrió. La noche anterior, Austin por fin había podido comprobar por sí mismo que ya no era la chica tímida y atractiva de otro tiempo, sino una mujer atrevida, sexy y audaz.

Que todavía lo deseaba.

—Tranquilízate, cariño —musitó Austin mientras agarraba los dos trozos de alambre de púas e intentaba separarlos de la cabeza de la vaca.

El animal mugía, intensificando el dolor de cabeza de Austin.

—Quejarte no va a servirte de nada —musitó—. No tardaré nada —tiró otra vez.

Volvió a tirar varias veces más y por fin pudo liberar al animal, que le dio una coz que le dejó sin aire en los pulmones.

—Mujeres —dijo una voz familiar tras él—. No se puede vivir sin ellas, pero nadie en su sano juicio querría vivir con ellas.

El dolor continuó paralizándolo durante varios segundos más. Al final, Austin tomó aire y alzó la mirada hacia el hombre que acababa de llegar montando una de sus yeguas favoritas.

Aunque Austin y su hermano habían heredado el pelo oscuro de su madre, Houston era la viva imagen de su padre.

Bick Jericho había sido un hombre alto, rubio, de piel bronceada, ojos color whisky y sonrisa matadora antes de haberse cargado con una esposa y tres hijos a los que no quería.

—Hace ya cuatro días que se celebró la boda. Pensaba que a estas alturas ya te habrías marchado.

—No tengo que estar en Las Vegas hasta dentro de dos semanas y he pensado que podría quedarme para la fiesta de la señorita Marshalyn, y echarte una mano hasta entonces —sonrió de oreja a oreja—. Parece que no te vendría mal. Jamás habría pensado que llegaría el día en el que vería a mi hermano Austin mordiendo el polvo por culpa de una mujer.

—Muy gracioso —Austin se palpó el tórax y se levantó tras decidir que no tenía ninguna costilla rota.

—Las vacas se me dan incluso mejor que las bromas, así que éste es tu día de suerte.

Austin se quitó los guantes y se los guardó en el bolsillo.

—Si fuera ése el caso, acabarías de ofrecerte a quedarte aquí permanentemente y hacerte cargo de la finca de al lado.

Houston negó con la cabeza.

—Tengo un toro con mi nombre esperándome en la final del circuito de rodeos. Por no mencionar una docena de mujeres dispuestas a gritar mi nombre al calor del momento y a acompañarme durante la mañana siguiente.

—Me parece una perspectiva terriblemente solitaria.

—A mí me gusta. Además, no me siento tan atado a la tierra como tú. Ahora bien, si Marshalyn me ofreciera la casa, la cosa sería diferente.

—¿De verdad?

—Quizá sí, quizá no. Pero eso es lo de menos, porque no me la ofrecerá. Así que ¿quieres que

te ayude o no?

Austin sonrió.

—En el lado oeste hay tres cercas esperándote —se puso repentinamente serio—. Te lo he dicho otras veces y quiero volver a decírtelo. Puedes quedarte en mi casa.

—¿Tan cerca de la señorita Marshalyn? Esa mujer me está volviendo loco. Les ha dicho a sus amigas del coro que he vuelto a la ciudad a buscar esposa. Desde entonces, vienen a verme por lo menos media docena de mujeres al día. Y no de ésas que están buscando una aventura de una noche, sino de las que pretenden quedarse a la mañana siguiente.

—Así que ahora acabamos de descubrir la verdad. No estás tan interesado en ayudarme como en esconderte.

—En realidad, estoy interesado en las dos cosas. Te has montado un buen rancho, Austin. Estoy orgulloso de ti.

—Gracias —miró a su alrededor antes de mirarle de nuevo a los ojos—. Y, en cuanto a la señorita Marshalyn, intenta relajarte, sólo está preocupada por ti.

—Ya soy un hombre adulto.

—Pero sigues estando soltero.

—Y pretendo seguir así —tiró de las riendas para hacer girar a su caballo—. Voy a ocuparme de esa cerca.

Austin asintió y lo observó alejarse antes de acercarse cojeando a su montura para sacar el linimento de las alforjas. Reunió fuerzas y se giró hacia la vaca herida.

—Mira, sólo he dormido una hora. Estoy cansado, hambriento y estoy harto.

Pero no de Maddie Hale, que era en realidad la causa de la falta de sueño y del dolor de cabeza. Él era el rey de las aventuras de una noche y, sin embargo, aquella noche había terminado y… maldita fuera si no deseaba una más.

Sin embargo, no iba a volver a acostarse con ella. Había cometido muchos errores en su vida, pero sus entrañas le decían que ése sería el peor. Le gustara o no, su relación con Maddie sólo podía ser pasajera; tenía trabajo en la ciudad, una vida de urbanita y una concepción de la vida que no tenía nada que ver con el pueblo. Definitivamente, había cambiado. Ya no era una mujer con la que pudiera pensar en casarse.

Capítulo 9

Madeline había visto muchas cosas a lo largo de su vida. Al fin y al cabo, era una mujer de mundo que vivía en una gran ciudad. Ya nada podía sorprenderla.

Excepto pasar por el supermercado del pueblo, perteneciente a la cadena Piggly Wiggly y oler de pronto a pastelillos de canela horneándose.

¿Un horno?

—Las cosas no han vuelto a ser las mismas desde que abrieron el horno —le dijo Camille Skeeter. La anciana estaba comprando limones cuando había visto a Madeline y se había acercado a saludarla—, pero la gente del pueblo estaba desesperada —tosió y sacudió la cabeza —. Espero que este té de limón funcione. Tengo una cita con el médico el lunes a primera hora, pero no quiero pasarme el resto de la semana enferma. Ben quiere ir a cenar al centro de día el viernes por la noche y a mí me gustaría ir con él.

Madeline siguió el olor de la canela hasta llegar a un mostrador situado en la parte trasera de la tienda, donde se amontonaban las bandejas de pastelillos de canela recién hechos. Detrás del mostrador, estaba la mesa en la que preparaban los dulces. Un hombre trabajaba diligentemente empaquetando los pastelillos.

—Vaya, así que hay un horno.

—Sí, pero en realidad son pasteles precocinados. No hemos vuelto a disfrutar de auténtica repostería desde que tus padres cerraron la tienda. Sólo podemos contar con Marshalyn, pero desde que le falla la vista, tampoco tiene muchos encargos —al ver la mirada interrogante de Madeline, añadió—: Para la fiesta de jubilación de Norman Carter, su esposa le encargó una tarta cubierta de chocolate y rellena también de chocolate.

A Madeline le sonaron las tripas al pensar en ella y Camille sonrió.

—Exactamente. No hay nadie en el mundo capaz de resistirse a tanto chocolate. Pero Marshalyn mezcló el chocolate para cocinar con las barritas que ella toma para el estreñimiento. A partir de entonces, la gente comenzó a comprar los dulces ya hechos en Piggly Wiggly, pero aun así, continuaban quejándose, así que el señor Connally respondió a la demanda de los clientes. Puso un horno y comenzó a vender estos dulces congelados. La verdad es que durante los diez primeros minutos están buenos, pero cuando se quedan fríos, saben rancios.

A pesar de las advertencias de Camille, Madeline se dejó tentar por el olor. Después de despedirse de la buena mujer, compró una docena y dio el primer mordisco en cuanto salió de la tienda.

Efectivamente, Camille tenía razón.

No se derretían en la boca. No le hacían a nadie la boca agua. No entraban ganas de seguir comiendo después del primer mordisco, que era exactamente lo que ocurría con los dulces que

preparaba su padre.

Madeline no estaba segura de si fue aquella extraña sensación de soledad, o el anhelo de una magdalena casera, o quizá fueron las dos cosas, pero el caso fue que, en vez de regresar al coche, se acercó a la que había sido la tienda de sus padres.

La mayor parte de las ventanas estaban cerradas y de la puerta principal colgaba el letrero que anunciaba que estaba en venta, y en el que figuraba la dirección de la inmobiliaria que les había comprado el local a sus padres.

Era tan diferente del lugar que ella recordaba, lleno de ruido, de fragancias dulces y de calor.

Todavía podía recordar aquellas noches de los sábados durante las que Sharon y ella ayudaban a sus padres a preparar los dulces para el día siguiente. Mezclaban la masa, horneaban y probaban el fruto de su trabajo a última hora de la noche. No eran las típicas noches de los sábados, pero siempre habían sido divertidas.

La invadió una oleada de nostalgia y tuvo que detenerse ante las repentinas ganas de quitar el cartel que anunciaba la venta del local. Era una locura.

Madeline no quería volver a estar cerca de una cocina, por lo menos para cocinar. Por supuesto, de vez en cuando se permitía comer una Oreo, pero eso era por motivos de pura necesidad creativa.

—¡Eh, hola, Madeline! —la llamó una voz conocida desde la otra acera.

Madeline se volvió y vio a Eden Hallsey Weston delante del Pink Cadillac, el bar situado justo enfrente del negocio de sus padres.

En otra época, aquella rubia había sido una chica rebelde. Pero desde que se había casado con Brady Weston, había cambiado sus malas costumbres por la felicidad conyugal. Se colocó a la niña y al niño que llevaba en brazos y miró a ambos lados de la calle antes de cruzar.

—Te vi en la boda de Cheryl Louise, pero no tuve oportunidad de hablar contigo, ¿cómo te va? Tienes muy buen aspecto.

—Gracias, tú también —y parecía feliz.

Eden sonrió radiante.

—Es agotador tener dos niños, pero no lo cambiaría por nada. A Brady y a mí nos ha gustado tanto que estamos pensando en tener un tercero —sacudió la cabeza—. ¿Te lo puedes creer? Yo, convertida en esposa y madre.

—Estoy segura de que haces las dos cosas estupendamente.

—No lo sé, pero la verdad es que me encanta. ¿Y tú? ¿Hay alguien especial en tu vida?

Aquella pregunta evocó en la mente de Madeline la imagen de Austin Jericho.

—La verdad es que estoy demasiado ocupada como para tener una relación seria.

—Es cierto —dijo Eden—, ya me he enterado de que trabajas con una gran compañía de cosméticos. Debe de ser muy emocionante.

Ni la mitad que la imagen de Austin. Se obligó a apartar aquella idea de su cabeza y sonrió.

—Más laborioso que emocionante, pero me gusta.

—Sé a lo que te refieres. Para mí, el bar siempre fue lo primero hasta que llegó Brady —miró el reloj—. Y hablando de Brady, el equipo de softball de la empresa de Brady juega dentro de quince minutos y he prometido llevarles los sándwiches. He contratado a una cocinera magnífica que prepara los mejores sándwiches de pollo de la ciudad —al ver la expresión interrogante de Madeline, añadió—: Con Brady y con los niños he tenido que reducir las horas que paso en el bar. Sólo voy un par de días a la semana para revisar las cuentas y hacer el inventario. Tengo una chica que se encarga de llevar el negocio. Un regalo de los dioses. Bueno, ahora tengo que irme.

¡Que tengas suerte con tu trabajo!

—Y tú como madre y esposa.

Madeline vio a Eden cruzar la calle y desaparecer en el Pink Cadillac e hizo lo imposible por ignorar la sensación de añoranza que de pronto la invadió.

¿Añoranza? ¿Porque Eden era madre y esposa?

En realidad, la añoranza se debía al hecho de que Eden era madre y esposa y, además, parecía feliz. Tanto, que incluso había renunciado a lo que había pasado tantos años construyendo.

Pero Madeline no lo haría. Ella tenía otros planes. Quería llegar a algo en la vida y estaba a punto de conseguirlo.

Miró la tienda por última vez y se alejó caminando. Estaba perdiendo demasiado tiempo con los recuerdos. Aquella noche le esperaba otra prueba. Y otra ronda de sexo con la que conseguiría sacarse definitivamente a Austin de la cabeza.

—¿Puedo pasar?

Austin asomó la cabeza por la puerta de la casa de Marshalyn el martes después del trabajo. Esperaba encontrársela con uno de sus elegantes trajes pantalón. En cambio, llevaba una bata de andar por casa y tenía los brazos sumergidos hasta los codos en el fregadero.

—¿No va a ir al ensayo del coro?

—No, no voy a ir. Estoy cansada. Ayer me quedé hasta tarde en la partida de bolos —dobló un trapo de cocina y lo dejó en la encimera—. No adivinarías nunca quién estaba allí.

—Spur Tucker.

—Spur Tucker —continuó como si no le hubiera oído—. Se dedicó a acosar a todas las mujeres. Se comía sus nachos y sus pasteles. Fue escandaloso.

—¿Le dio un trozo de su pastel? —preguntó Austin con ojos chispeantes.

—Yo me estaba comiendo un perrito caliente.

Austin miró el reloj.

—Entonces, ¿qué va a pasar con el coro?

—Ya te lo he dicho, no voy a ir. Odio ese coro.

—Pero si le encanta cantar.

—Odio a esas viejas con las que canto.

—Pero si son sus mejores amigas.

—No tan amigas —bufó—. Anoche les dije que iba a llevarles mi tarta de chocolate especial —señaló la tarta que estaba en la mesa de la cocina—. Acababa de sacarla del horno cuando me ha llamado Arsell Jenkins para decirme que ella iba a llevar su bizcocho de coco. Que habían votado después de que yo me fuera y que habían decidido que no hacía falta que yo volviera a hornear nada.

—¿Y eso qué tiene que ver con el coro? A usted le encanta cantar.

—No puedo ir al ensayo con las manos vacías.

—Entonces compre algo.

—¿Estás insinuando que tienen razón?

—Nadie cocina mejor que usted. El problema no es ése, sino su vista.

—Mi vista está perfectamente —se sentó a la mesa de la cocina y a Austin no le quedó otro remedio que sentarse en el asiento que le señaló—. ¿Y sabes qué más ha dicho Arsell? Ha dicho que las chicas creen que los errores que cometo al cocinar se deben a que estoy perdiendo la

memoria —se tocó la sien—. ¿Te lo puedes creer? ¿Yo? Vaya, si soy capaz de recitar de memoria todas las lecturas de la Biblia que hace los viernes el pastor. Y no cometo tantos errores. Sólo me confundí al hacer la tarta de la boda de Cheryl Louise. Eché sal en vez de azúcar. Es un error normal. La gente lo comete continuamente.

—Si sólo fue un error, no hay muchas posibilidades de que vuelva a ocurrir, de modo que no debería abandonar el coro por eso.

—Es cierto, pero Arsell y las otras creen que estoy perdiendo la cabeza, y si cometo otro error, montarán un escándalo. Y me niego a que todo el pueblo termine hablando de mí. Prefiero cantar en casa. Y al menos de esa forma, les haré sentirse mal.

Austin se cruzó de brazos y la miró a los ojos.

—O a lo mejor debería hablar con el doctor Bartlett sobre la operación que le comentó durante su última cita.

—Tengo la vista estupendamente para mis años —insistió—. Y, por cierto, no te he visto salir con nadie últimamente. ¿Todavía no estás saliendo con ninguna chica?

—Estoy trabajando en ello.

—Mi fiesta de despedida es dentro de un par de semanas. Será mejor que te esfuerces. A no ser que hayas cambiado de opinión. En ese caso, podría llamar a la inmobiliaria y poner la finca en venta para que termine comprándola cualquier tipo que no haya puesto nunca un pie en este lugar y termine arrasando con todo. Quizá incluso construya un par de edificios de apartamentos.

—Estamos en medio de la nada. A nadie se le ocurriría construir aquí un edificio.

—Bueno, entonces a lo mejor monta un rancho para turistas y tendremos que aguantar a gente entrando y saliendo y, además, lo destrozarán todo porque querrán cabañas más modernas y seguramente un spa, y un campo de golf, y canchas de tenis…

—Nadie va a destrozar nada —frunció el ceño y se volvió—. Además, ya estoy pensando en una mujer.

—¿En quién?

—Aunque no vaya al coro, yo tengo que ir a trabajar —se levantó.

—¿Quién? —lo siguió al porche—, vamos, dímelo.

—Si yo fuera usted, no dejaría que un puñado de cotillas me impidieran hacer algo que me gusta. Vaya al ensayo, demuéstreles a esas mujeres que no pueden con usted.

—No era eso lo que quería que me dijeras. Dime cómo se llama.

—Que tenga un buen día, señorita Marshalyn .

Se despidió de ella levantándose ligeramente el sombrero y salió al porche a toda velocidad para no tener que admitir que todavía no había optado por ninguna de las mujeres que le convenían.

Aunque si le hubieran preguntado por una mujer ardiente y descarada que no le convenía en absoluto, en fin, a ella ya la había encontrado.

Madeline le recibió aquel día con una blusa de seda y una falda ceñida de color negro. No se había molestado en ponerse sujetador y los pezones se marcaban bajo la tela. Su senos temblaban con cada una de sus respiraciones.

Austin necesitó toda su fuerza de voluntad para no estrecharla en sus brazos, quitarle la blusa y devolverle la atención que ella había prestado a sus propios pezones la noche anterior.

Se concentró en acercarse al sofá y sentarse en el lugar habitual. Madeline le puso la venda en

los ojos y le ató después las muñecas.

—Anoche no me ataste las muñecas.

—Porque necesitaba que tuvieras los brazos libres para probar las muestras en tu piel. Esta noche quiero probar el sentido del gusto. Así que nada de tocar —comenzó a trabajar—. A no ser que te marees. Si te mareas, dímelo para que le ponga remedio.

Durante algunos minutos, Austin no oyó nada, salvo el latido frenético de su corazón mientras esperaba. Y esperaba.

—¿Qué estás haciendo?

—Me estoy preparando —respondió con voz dulce y ligeramente divertida—. Paciencia.

—Tengo trabajo que hacer y…

—Ya está —respiró—. Ya estoy lista.

Por el modo en que lo dijo, debería haberse imaginado que tramaba algo. Pero estaba tan pendiente de empezar para poder salir cuanto antes de allí, que no pensó en nada.

—Vamos —le dijo, haciendo sonar los dedos—. Acabemos cuanto antes con esto.

—De acuerdo. Voy a acercarte la primera muestra. Lámela y defínela con tres palabras.

Austin entreabrió los labios, sacó la lengua y lamió una sustancia cremosa, con la textura de un pudín. Un sabor a fresas con un toque salado explotó en su boca y rápidamente se dio cuenta de que Madeline no le estaba ofreciendo la muestra con una cuchara. Había hundido un dedo en la mezcla y lo estaba sosteniendo contra su boca. Tragó saliva y echó la cabeza hacia atrás.

—¿Qué demonios estás haciendo?

—Ofrecerte la muestra.

—¿Con el dedo?

—¿Qué más da?

—¿No deberías utilizar una cuchara, o un tenedor… cualquier cosa que no fuera tu dedo?

—Puedo dártelo en la palma de la mano si prefieres.

—No se trata de lo que yo prefiera. Esta prueba tiene que ver con el gusto. El gusto tiene que ver con comer. Y la mayor parte de la gente come con una cuchara o con un tenedor.

—Necesito saber cómo se combina el sabor de la piel con el de las muestras. Por eso tienes que saborear la loción tal y como se supone que será utilizada, extendida sobre un cuerpo caliente. Sobre mi cuerpo.

En el instante en el que pronunció aquellas palabras, Austin se la imaginó quitándose la blusa, extendiendo la muestra por sus pezones y permitiéndole saborearlos.

La tela de los tejanos se tensó presionada por su enorme erección. Austin cambió de postura, buscando una posición más cómoda.

—¿Estás bien? —susurró Madeline, acariciándole la nuca al hacerlo.

Austin intentó sacudirse la repentina imagen que conjuró su mente de una Madeline tumbada en el sofá, completamente desnuda.

—No pretendía sorprenderte —continuó—. Pensé que era evidente que tendríamos que hacerlo así.

—Sí, bueno —respondió Austin con voz tensa.

Aquello le ponía en una situación mucho más difícil de lo que había imaginado.

«Tres palabras», se dijo a sí mismo. Lo único que tenía que hacer era describir aquella maldita cosa para que aquello terminara.

—Déjame probarla otra vez.

Abrió la boca. Quería lamer la muestra. O, por lo menos, eso era lo que se decía a sí mismo.

Pero al parecer, su maldita boca tenía sus propias intenciones. Se cerró alrededor del dedo de Madeline. Y Austin succionó, provocando un jadeo de Madeline antes de que ella misma hundiera el dedo en el calor de su boca. Austin succionaba, lamía su piel, saboreando el gusto de su dedo mezclado con el de las fresas. Una combinación potente.

—Potente —musitó cuando por fin se apartó de ella—, poderosa.

—¿Y?

Madeline parecía casi sin aliento, como si aquel contacto le hubiera afectado tanto como a él.

—Dulce.

—Muy bien. Ahora probaremos la muestra número dos.

Austin esperaba encontrarse con su dedo. Pero Madeline se había extendido la muestra en la parte interior de la muñeca, que Austin rozó con los labios.

Saboreó el gusto dulce de la vainilla y el azúcar y ya no pudo resistirse. Lamió aquella sustancia cremosa hasta encontrarse con la piel desnuda de Madeline. Terminó con la lengua con el último vestigio de dulzor y presionó los labios contra el pulso frenético de Madeline durante unos instantes.

—Yo… —comenzó a decir Madeline, como si le faltaran las palabras, como si de pronto hubiera perdido el valor.

Al verla tan insegura, parte de la ansiedad de Austin desapareció para dar paso a un sentimiento más sombrío, más decidido.

—A magdalena —susurró cuando se apartó de ella—. Sabes a magdalena rellena. Dulce, esponjosa y… —lamió un vez más el delicado interior de su muñeca—, pegajosa…

—Eh… —comenzó a decir Madeline. Se aclaró la garganta—. Bien, eso está muy bien. Vamos a por la número tres. Prueba ésta —le dijo.

Austin sacó la lengua y la posó sobre la fragante piel de Madeline, en la que ésta había extendido una loción dulce con sabor a… chocolate. ¿Y algo más, quizá?

Lamió, mordisqueó y presionó los labios sobre la muñeca de Madeline mientras devoraba aquel sabor. Madeline contenía la respiración y le acariciaba la nuca como si necesitara sujetarse a algo. O mantenerle cerca de ella.

En cualquier caso, le abrasaba con los dedos y aumentaba peligrosamente la intensidad de su deseo. Austin continuó devorándola, saboreando ya al final su piel desnuda, una piel que le tentaba más incluso que aquel delicioso chocolate.

—Sabroso —susurró mientras deslizaba los labios por la parte interior de su brazo.

Sentía la plenitud de sus senos contra la mejilla y tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse y no volverse y succionar a través de la blusa. Pero no iba a ir tan lejos.

Todavía.

—Dulce —añadió subiendo un poco más—, y pecaminoso.

—Ya no hay más —dijo Madeline con voz ligeramente suplicante.

—¿No era eso lo que querías? —respondió Austin, besándola.

—Me refiero a la muestra —sus palabras consiguieron abrirse paso entre la densa niebla del deseo—.Ya no hay más. Deberíamos pasar a la siguiente.

Austin se apartó con el corazón desbocado mientras intentaba imaginar lo que iba a pasar a continuación. Surgieron en su mente una docena de posibilidades antes de que unos dedos largos y sedosos se enredaran en su pelo para guiar su cabeza y sus labios.

Una piel suculenta con sabor a manzana confitada cautivó su gusto. Lamió y mordisqueó hasta encontrar el pulso frenético de Madeline contra su boca y adivinar cuál era su ubicación.

El cuello.

Caramba, aquello se estaba poniendo realmente mal.

Pero incluso mientras se repetía aquella advertencia en su cabeza, alzó las manos atadas para tocarle el cuello con las yemas de los dedos, desesperado por seguir saboreándolo. Necesitaba sentirla, empaparse de su suavidad.

Descendió con los dedos hasta su escote. Se detuvo durante unos segundos en aquella piel cálida y buscó uno de los pezones.

Lo rodeó con los dedos y lo sintió erguirse bajo su contacto. Necesitaba saborearla, sentir aquel duro montículo contra sus labios y succionarlo hacia el calor húmedo de su boca.

A pesar de tener las manos atadas, consiguió desabrocharle los botones de la blusa y apartar la tela para acercar los labios a su seno. Y estaba a punto de alcanzarlo cuando Madeline le apartó.

—Espera. Tenemos otra muestra.

Pero Austin no estaba dispuesto a esperar. Agarró el borde del pañuelo con el que le había atado las manos y tiró de uno de los extremos. Consiguió liberarse e, inmediatamente, se bajó la venda que le cubría los ojos. Justo a tiempo de ver a Madeline poniéndose una crema de color naranja sobre el pezón.

—Dios mío —gimió.

Al oír su voz, Madeline volvió la cabeza y se quedó paralizada.

—Se supone que tienes que mantener los sentidos aislados.

Sus palabras le hicieron alzar la mirada hacia su rostro; hacia sus mejillas sonrosadas, sus ojos cargados de deseo y sus labios húmedos y llenos.

Madeline se humedeció el labio inferior. Austin intentó decir algo, pero no pudo. La noche anterior no había tenido oportunidad de verla de verdad y, realmente, estaba preciosa.

—Adelante —lo alentó Madeline—, prueba.

Curiosamente, no fueron aquellas palabras atrevidas las que multiplicaron su excitación. Fue, en cambio, un rayo de deseo nacido de lo más profundo de su cuerpo, como si no hubiera disfrutado de uno de los mejores orgasmos de su vida sólo veinticuatro horas antes. Eso y algo más. Una pasión más fiera que nada de lo que nunca había sentido.

Alargó el brazo y le acarició el pezón. El pezón se endureció todavía más. Austin se apartó con la respiración temblorosa y se llevó el dedo cubierto de crema a los labios. El sabor cálido del pastel de calabaza le hizo la boca agua. El hambre le desgarraba las entrañas.

—No era eso lo que pretendía —le advirtió Madeline.

—Lo sé —respondió él.

Y la besó entonces con fiereza, hundiendo los dedos en su pelo y buscando sus labios con la lengua.

Pero de pronto, se levantó y se alejó de ella para evitar el peligro de dejar de pensar con la cabeza y cederle las riendas a su cuerpo una vez más.

Madeline estaba buscando una aventura de una noche y, por mucho que quisiera olvidarlo, no podía volver a acostarse con ella.

Y no lo haría.

No cuando estaban en juego aquellas preciadas tierras.

Austin cerró la puerta de golpe y bebió el aire fresco de la noche, ansioso por calmar su palpitante corazón.

—Maldita sea, he estado a punto de hacerlo otra vez —musitó.

—¿Adónde vas tan deprisa? —aquella voz cascada llegó de la izquierda de Austin. Éste se volvió y vio a un anciano apoyado contra uno de los postes del porche—. ¿Maddie y tú habéis estado viendo *El exorcista* esta noche?

—¿Qué?

—Has salido a tanta velocidad que cualquiera diría que te persigue el mismísimo diablo.

—Digamos que me persigue una diabla —precisamente, el último tipo de mujer que Austin necesitaba en su vida.

—Creo que necesito sentarme.

Tío Spur fue tambaleante hasta el columpio del porche.

—No es su corazón, ¿verdad?

—Es mi estómago.

Austin frunció el ceño.

—¿Ha sido por mi culpa?

—No, ha sido por culpa de Marshalyn. Tú sólo me has dado un susto de muerte.

—Me temo que no le entiendo.

—¿Te gustan las tartas, chico?

—Claro, soy de Texas.

—Bueno, a mí también. Por lo menos hasta que he probado la famosa tarta de chocolate de Marshalyn Simmons. Ya ves, se me ha ocurrido acercarme a ver el ensayo del coro de la iglesia y ella estaba allí con esa tarta tan apetecible. Me ha dicho que había ganado un premio con esa receta y yo la he creído. Mujeres —sacudió la cabeza.

—¿Ha comido un trozo de tarta?

—Maldita sea, claro que sí. Al principio entraba bien, pero dejaba un sabor raro en la boca. Al final, hemos averiguado que había confundido el aceite de hígado de bacalao con la esencia de vainilla. Te aseguro que estaba atroz. Se lo he dicho, ¿y sabes qué ha tenido el valor de contestarme? Que soy un viejo estúpido e insensible y que le debía una disculpa. Cuando le he contestado que debería ser ella la que se disculpara por haberme destrozado el estómago, se ha echado a llorar y se ha metido en el cuarto de baño.

—¿De verdad le ha dicho eso?

—Por supuesto que se lo he dicho. Yo siempre digo la verdad. Insensible —musitó—. Vaya, si te juro que he perdido más de cinco kilos antes de salir de la iglesia. Si eso no es tener sensibilidad, por lo menos en lo que respecta al estómago, no sé qué otra cosa podría serlo. Y ya que lo menciono —se levantó—, creo que será mejor que me meta en casa antes de que empiece a perder peso otra vez.

Movió la cabeza con pesadumbre.

—Una disculpa, por el amor de Dios —gruñó mientras alcanzaba la puerta—. Pues tendrá que esperar sentada, porque yo todavía no he perdido la cabeza. Debería ser ella la que viniera a verme para pedirme perdón.

—La señorita Marshalyn no responde a mis llamadas de teléfono —anunciaba tío Spur tres días después mientras observaba a Madeline por encima del borde de un cuenco de cereales.

—Le dijo que era una pésima cocinera —Madeline le dio un largo trago a su refresco de cola y mordió un trozo de tostada.

—Y lo es.

—Pero no tiene por qué decírselo.

—Me gusta decir lo que veo, eso es todo. Soy un hombre sincero. ¿Acaso no dicen siempre las mujeres que quieren que los hombres sean sinceros?

—Un hombre sincero en el sentido de que no les mienta. No que les diga que unos pantalones le hacen un trasero enorme.

—Tú no llevas pantalones naranjas, pero aun así, tu trasero…

—A eso es exactamente a lo que me refiero, tío Spur —le señaló con la tostada—. Ya sé que mi trasero no es el más pequeño del estado, todo el mundo lo sabe. Pero eso no significa que tenga que repetirlo constantemente.

—Si lo sabes, ¿entonces qué más da que lo diga?

—Usted no es capaz de escupir tabaco tan bien como sus hermanos, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—A que antes usted se pasaba la vida mascando y escupiendo tabaco. Cuando éramos pequeñas, una vez le escupió a Janice en el zapato.

—Ya no escupo. Supongo que para ti es mejor.

—Sí, es cierto, pero no es ésa la razón por la que ha renunciado. Ha renunciado porque quedó el tercero, detrás de sus dos hermanos, en el campeonato del condado, ¿no es cierto?

Spur la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y adónde quieres llegar?

—No escupe porque no quiere acordarse de que quedó el tercero —y añadió ante la dureza de su mirada—: En realidad, un tercer puesto no es nada de lo que uno tenga que avergonzarse. Había cincuenta hombres en esa competición y usted ganó a cuarenta y siete.

—Por supuesto que les gané.

—Y fue un gran éxito, pero, al mismo tiempo, tampoco fue aquél su mejor momento. De hecho, fue un momento que usted preferiría olvidar. ¿Y qué pasaría si todo el mundo le recordara constantemente su fracaso?

—Mi hermano todavía se burla de mí.

—Y no le sienta nada bien, ¿verdad? A pesar de que lo sabe, continúa molestándole.

—Al viejo Spur no hay nada que pueda molestarle, jovencita —musitó, pero Madeline sabía que estaba pensando en lo que le había dicho—. Yo no pretendo hacer daño a nadie —añadió por fin—. Aun así, Marshalyn sabe condenadamente bien que ya no puede cocinar.

—Es cierto, pero a lo mejor piensa que hay que valorarle el esfuerzo. Sea o no una buena cocinera, todavía se pasa el día horneando. Es más, yo diría que el hecho de que una mujer se tome tantas molestias es suficiente para demostrar que es una buena persona.

—Tiene un gran corazón. También una boca muy grande en algunas ocasiones, pero eso no es nada que no pueda manejar. A mí también me gusta mucho hablar. Y ella también lo notó. Me dijo que había disfrutado hablando conmigo en el ensayo del coro. Y que la había sorprendido, porque pensaba que yo no le caía bien y, sin embargo, después de charlar un poco, le pareció que no estaba tan mal. Después yo le dije que ella era precisamente la mujer con la que me gustaría pasar las frías noches de invierno. Eso fue antes de probar la tarta.

—¿De verdad importa tanto que sepa cocinar?

—Alguien tendrá que hacerlo.

—Puede hacerlo usted. Estamos en un nuevo siglo. Ahora los hombres también cocinan.

—Ya lo sé. Ayer mismo estuve pensando en ello. Pero ya es demasiado tarde. Marshalyn está

tan enfadada como una avispa enloquecida.

—Yo también estaría enfadada.

—Quiere una disculpa.

—Yo también la querría. Y una buena disculpa.

—Una disculpa que no va a conseguir —ante la mirada de Madeline, añadió—: ¿Cómo demonios se supone que voy a disculparme si no responde a mis llamadas? Ya es demasiado tarde, eso es. He echado a perder mi oportunidad.

—Quizá —Madeline mordió otro trozo de tostada.

¡Puaj! Aunque se había conformado con aquel desayuno durante los últimos años, últimamente había estado pensando que no le sabía a nada. Sus sentidos parecían haber vuelto a la vida, sobre todo después de la fallida seducción de Austin de días atrás. Necesitaba algo más gratificante. Algo que saciara el hambre que crecía en su interior. Algo dulce y lleno de grasas, algo reconfortante. Algo más grande y mucho más sabroso que una mísera galleta Oreo.

—O quizá no —contestó. Se le acababa de ocurrir una idea.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, es evidente que para esto va a hacer falta algo más que un simple «lo siento». Las palabras son sólo palabras. Las obras son mucho más elocuentes que las palabras.

—No te comprendo.

—Ya es hora de que le demuestre lo que siente realmente por ella.

—No pienso desperdiciar un dineral en uno de esos estúpidos ramos de flores que venden en Piggly Wiggly.

—No se trata de comprarle nada, tío Spur. Se trata de hacer un esfuerzo. Tiene que esforzarse en hacer algo que pueda ser importante para ella. Evidentemente, cocinar es importante para la señorita Marshalyn, en caso contrario, no se habría sentido tan ofendida.

—Sí, eso es cierto, pero sigo sin comprenderte.

—Le gustan los dulces.

—¿Y?

—Hagámosle algo dulce.

—No he horneado en mi vida. Sé cocinar cosas como sándwiches o algún estofado, ¿pero un bizcocho?

—No estoy hablando de un bizcocho —sonrió mientras iba haciendo una lista mental de los ingredientes—. Creo que podemos hacer algo más impresionante que un bizcocho.

—¿Podemos? ¿Tú y yo?

—Por supuesto. No me estoy refiriendo a mí y a mi trasero —cuando Spur abrió la boca, ella alzó la mano—. Diga una sola palabra, sólo una, y esta noche dormirá con Twinkles.

—No iba a decir nada.

—Vaya, a lo mejor todavía no es un caso perdido.

Capítulo 10

—Ese hombre es un caso perdido —la señorita Marshalyn se abrochó el cinturón de seguridad —. Imagínate, me dijo que no sabía cocinar.

—¿Así que le dijo que no sabía cocinar? —Austin arqueó una ceja mientras sacaba la camioneta del camino de su casa para dirigirse al pueblo.

—Sus palabras exactas fueron: «maldita sea, Marshalyn, eres incapaz de cocinar» —sacudió la cabeza—. Dios mío, he estado cocinando durante más años de los que ha vivido la mayor parte de este pueblo. El problema no es que no sepa cocinar. El problema es que no… —se interrumpió bruscamente y miró a Austin de reojo—.Veo perfectamente.

—Yo no he dicho una sola palabra.

—Fue un error sin importancia. La gente comete ese tipo de errores continuamente. El frasco del aceite de hígado de bacalao es idéntico al de la vainilla. Vaya, alguien debería llamar la atención a la empresa que distribuye la esencia de vainilla. Incluso deberían denunciarlos. Alguien podría necesitar una buena purga, beberse la esencia de vainilla y terminar explotando.

—O podría ocurrir lo contrario —sonrió, pero Marshalyn no parecía encontrarle la gracia.

—De todas formas, Spur necesitaba una buena purga. Ese hombre es un estúpido. Soy la mejor cocinera que ha habido nunca en el condado.

—Estoy convencido. Pero no creo que Spur estuviera cuestionando su reputación el otro día. Todo el mundo puede tener un mal día de vez en cuando. A veces, soy incapaz de atrapar una vaca con el lazo y a mi capataz le falta tiempo para señalármelo.

—Porque le gusta bromear contigo. Spur no estaba bromeando, y si eso era lo que pretendía, no tuvo ninguna gracia.

—Estoy seguro de que no quería herir sus sentimientos.

—Mis sentimientos están perfectamente. No me importa lo que ese viejo estúpido tenga que decir. No vale más que la boñiga que he pisado esta mañana. Es un hombre cabezota, insensible y con mal genio. Vaya, no he conocido a un hombre más difícil en toda mi vida.

—Creo recordarla diciendo algo parecido sobre otro hombre.

—Jim no era tan malo —no acababa de decirlo cuando ya estaba sacudiendo la cabeza—. Bueno, a lo mejor sí era tan malo, pero estaba casada con él. Tenía que aguantarle. Spur Tucker no significa absolutamente nada para mí y no tengo por qué escuchar sus disculpas.

—¿Entonces ha intentado disculparse?

—Me ha dejado varios mensajes en el contestador.

—¿Por qué no le contestaba el teléfono?

—Porque no tengo nada que decirle. Estoy deseando que se vaya en el próximo avión a esa decadente casa que llama rancho.

—He oído decir que tiene una casa muy decente.

—Tiene setenta y tres años y nunca se ha casado. Me da hasta miedo imaginarme cómo puede estar esa casa. ¿Qué haría yo en medio de ninguna parte? No sé qué me pudo pasar para pensar que Spur Tucker podría merecer la pena. Yo soy una mujer enérgica, vivaz. Tengo mucho que ofrecer a un hombre. Necesito gente, vida social. Y apuesto a que el coro más cercano a su casa está a dos horas por lo menos.

—Yo creía que había dejado el coro.

—Tonterías. Necesito un estímulo. Y hablando de estímulos, será mejor que pises el acelerador antes de que se haga mucha cola en la peluquería. Llevo toda la semana deseando ir.

—¿Tenían todos los días ocupados?

—No.

—Entonces, ¿por qué no ha ido antes?

—El viernes vale la mitad.

—Señorita Marshalyn, para usted el dinero no es ningún problema. Tiene toda una fortuna escondida en los cojines del sofá, por no hablar de sus cuentas bancarias. Y, si lo fuera, estaría más que dispuesto a firmarle un cheque a cambio de sus tierras en este mismo instante.

—Apuesto a que sí —sacudió la cabeza—. Tengo mucho dinero, sí. Pero se supone que nadie sabe lo del sofá.

—Odio tener que desilusionarla, pero todo el mundo lo sabe, aunque a nadie le importa. Al fin y al cabo, ese dinero es suyo.

—Exactamente. Lo que me lleva otra vez a lo de la peluquería. ¿Por qué voy a pagar el doble cuando puedo ahorrarme ese dinero? Además, así matamos tres pájaros de un tiro. Entre permanente y permanente, vamos a ofrecerle a Camille Skeeter una fiesta. No anda muy bien y el doctor Blake la ha enviado a hacerse unas pruebas a Austin. Merline dice que probablemente sea bronquitis, pero yo creo que es una alergia. Margaret está convencida de que es un virus y la propia Camille se inclina más hacia esa explicación. Sea lo que sea, lo que necesita es una fiesta. Y un nuevo corte de pelo. Eso siempre anima.

—¿Cuál es el tercer pájaro?

—Ésta será la última semana que pase Bonnie Hanover en Cadillac, así que la de hoy también será su fiesta de despedida.

—Comida y amigas, ¿eh?

—No te preocupes. Yo no he hecho nada. Todo lo que llevo lo he comprado.

—Estoy seguro de que la señorita Hanover lo agradecerá.

—Muy gracioso. Pero olvídate de los agradecimientos. Lo único que está Bonnie es emocionada. Se va a mudar a una de esas colonias para jubilados de las afueras de Austin. Tienen bingo todos los días de la semana, un día a la semana les lleva un autobús al casino y una vez al mes al cine. Ésa sí que es una buena manera de pasar los últimos años de tu vida.

—Yo creo que una playa llena de chicos guapos sería mejor para una mujer con sangre en las venas y tantos años por delante.

—Aquí ya tengo todo el sol que quiero. Y no soporto a esos hombres en bañador. Vaya, no dejan nada a la imaginación.

—Parece que se está arrepintiendo de lo de irse a Miami.

—No, no es eso. Es sólo que Florida no es tan buena como la pintan y no me importa decirlo. Por no mencionar que, aunque adoro a mi hermana, a veces puede ser un poco ligera de cascos. Pero bueno, ella es joven.

—Así que no irá.

—¿Y quedarme aquí para que no tengas que cumplir tu promesa? Ni lo sueñes, Austin Elijah Jericho. Sentarás la cabeza aunque tenga que pasar veinticuatro horas al día bebiendo Bloody Marys en la piscina y viendo a hombres moviendo sus traseros delante de mí. Es un precio muy pequeño a pagar a cambio de mi paz mental.

—Vaya, qué perspectiva tan terrible. Por cierto, ¿qué tal estará Spur en bañador?

—No cambies de tema.

—No estoy cambiando de tema. Estábamos hablando de usted y de Tucker.

—No es cierto. Estábamos hablando de tu promesa. Y, hablando de tu promesa, ¿has pensado algo para la fiesta? Sólo falta una semana, ¿sabes?

—¿Todavía falta toda una semana?

—Sí, ¿ya has tenido alguna cita?

—No.

—¿Ni siquiera con la dulce Maddie Hale? —sonrió—. Della me ha dicho que ha oído decir que últimamente has ido por su casa.

—Sólo la estoy ayudando en su trabajo.

—Siempre ha sido una chica encantadora. Tan buena y responsable.

—Confíe en mí, ha cambiado.

Encendió el aire acondicionado, pero no fue suficiente para bajar la temperatura de su cuerpo.

—Su padre hacía las mejores magdalenas del pueblo —continuó Marshalyn—, bueno, casi, porque mis bizcochos ganaron un año el premio al mejor desayuno del condado. Walter le enseñó a Madeline todos sus secretos. De hecho, cuando la chica comenzó a traerme sus magdalenas en vez de las de su padre, ni siquiera me di cuenta. A ti te gustan las magdalenas.

—Madeline ha dejado de hornear. Ahora odia la cocina. De hecho, cuando se marchó de Cadillac prometió que no volvería a cocinar.

—Eso no parece muy propio de la Maddie a la que yo conocía.

—Eso es lo que estoy intentando decirle.

—A lo mejor estás equivocado.

—Y a lo mejor consigo aparcar justo enfrente de la peluquería.

—¿Dónde has dejado tu fe, Austin? —preguntó Marshalyn mientras pasaban delante de la peluquería, cuya acera estaba plagada de coches.

—En el salón de Cheryl Louise —que era donde había disfrutado de aquellos apasionados encuentros sexuales con Madeline Hale.

Austin aparcó delante de la peluquería.

—Espere —le dijo a Marshalyn cuando ésta alargó la mano hacia la manilla.

—Definitivamente, eres todo un caballero.

Sonrió complacida mientras él le abría la puerta y le tendía la mano para invitarla a salir.

—Cuidado con el bordillo.

—Ya lo he visto. Y deja de preocuparte tanto.

—Hace cinco segundos era todo un caballero.

—Y ahora eres un caballero pesado.

Austin la acompañó al interior de la peluquería y la sentó en la primera silla que encontraron, deteniéndose solamente para saludar y sonreír a la docena de mujeres que estaban siendo atendidas en la peluquería.

—Qué chico tan amable.

—Qué chico tan educado.

—Qué chico tan guapo.

Austin sonrió ante su último comentario, abrió la puerta de la peluquería para marcharse y tropezó con Spur Tucker.

—Diablos, chico —gruñó el anciano—. Esto ya parece una conspiración.

—No le he visto.

—Últimamente eso parece una costumbre —se alisó la camisa y miró por debajo de la servilleta roja que cubría el cesto que llevaba—. Tienen muy buen aspecto —miró a Austin, se colocó el cuello de la camisa y cuadró los hombros—. Apártate, chico. Tengo un asunto que atender ahí dentro.

—¿Está seguro? Son muchas más que usted.

—Hay cosas que un hombre no puede dejar de hacer. Ahora, apártate antes de que cambie de opinión.

—Suerte.

Antes de que la puerta se cerrara, Austin inhaló la fragancia de las magdalenas de arándanos. Aquel olor reavivó sus recuerdos y, por un instante, se recordó a sí mismo sentado en la biblioteca, masticando una de aquellas magdalenas mientras Madeline le explicaba una fórmula de álgebra.

No. Tonterías. En Piggly Wiggly debían de estar vendiendo magdalenas también, porque Maddie, Madeline, ya no cocinaba.

O al menos eso fue lo que Austin se dijo a sí mismo hasta que distinguió una piel bronceada y una melena rubia por el rabillo del ojo.

Austin se volvió a tiempo de ver a Madeline doblando la esquina de la peluquería y poniéndose de puntillas para mirar por la ventana.

Aquella visión le hizo detenerse en seco. Madeline no se había vestido como las noches de las pruebas. Llevaba solamente unos vaqueros cortos y una camiseta blanca con un estampado de margaritas. Se había recogido el pelo en una cola de caballo y algunos mechones enmarcaban su rostro. Un rostro desnudo, sin ninguna clase de maquillaje, salvo un poco de harina en la mejilla y restos de jugo de arándanos en la barbilla.

Así que, a pesar de todo lo que había dicho sobre la cocina, había hecho magdalenas. Seguía, por tanto, siendo la misma Maddie que se sonrojaba y tartamudeaba durante las clases de álgebra, y Austin la deseaba más de lo que había deseado nunca a una mujer.

Y aquella sensación no tenía nada que ver con la mujer en la que se había convertido, y sí todo con la joven tímida que en otro tiempo había sido.

Por mucho que Madeline quisiera creer que había cambiado, seguía siendo la misma por dentro. Sencillamente, estaba intentando esconderse.

Austin fue repentinamente consciente de ello mientras permanecía allí, clavando en ella la mirada y viéndole sonreír. Contemplando la luz que iluminaba sus ojos, la sonrisa de sus labios, el rubor que coloreaba sus mejillas. La vitalidad que desprendía y que le atraía mucho más que un cuerpo voluptuoso o un bonito rostro.

Madeline le atraía a un nivel más profundo porque ella conocía sus miedos. Ella misma había tenido que enfrentarse a ellos.

Al igual que Madeline, Austin tenía miedo de ser quien había sido, tenía miedo de descubrir que, en el fondo, continuaba siendo aquel pobre niño que no tenía un verdadero hogar, ni valores, ni siquiera conciencia. Sólo una mala reputación. Un niño al que nada ni nadie importaba hasta

que la señorita Marshalyn le había ofrecido un plato de verdadera comida y le había demostrado que había alguien que se preocupaba por él.

A la larga, había tenido su propia casa, había encontrado un camino y había asumido una responsabilidad. Y las tres cosas le gustaban. Pero si se hubiera enamorado de una mujer como todas las que había tenido en el pasado, el sheriff habría tenido razón al decir que las personas como él no cambiaban.

Pero todo había cambiado. No había un destino predeterminado. Las personas podían elegir, tomar decisiones. Él había tomado las suyas y había conseguido llegar a ser alguien; la pelea había terminado. Ya no tenía ninguna razón para continuar huyendo.

No había sido seducido por la Madeline que se había convertido en una chica mala. Se había enamorado de la Maddie que continuaba llevando muy dentro. La mujer que estaba justo delante de él, tan cerca que lo único que tenía que hacer era dar dos pasos para estar a su lado, hacer el primer movimiento.

Austin sonrió y avanzó hacia ella.

Capítulo 11

Madeline se asomaba a la ventana de la peluquería para poder ver al tío Spur entregándole a Marshalyn las magdalenas de la paz.

La anciana no tiró la cesta a la papelera más cercana, lo cual era, definitivamente, una buena señal. Buena, pero no del todo. Marshalyn no sonreía, a pesar de la cesta y de los rápidos movimientos de la boca de tío Spur. Oh—oh.

Observó aterrada que la mujer entrecerraba los ojos y apretaba los labios. No, Spur no sería capaz de…

Madeline empujó la ventana, desesperada por oír, pero estaba cerrada. Presionó la oreja contra el cristal, pero apenas distinguía un murmullo de voces.

—No lo digas —musitó—, por favor, no digas nada de lo que después vayas a arrepentirte.

—Confía en mí, no voy a arrepentirme de nada de lo que voy a decir. O hacer —aquella voz ronca y profunda se deslizó en su interior un segundo antes de sentir un cuerpo alto y musculoso tras ella.

—¿Qué estás.. —se volvió—… haciendo?

Terminó la frase con una exclamación de sorpresa al verse atrapada entre Austin y la pared.

—Lo que debería haber hecho hace mucho tiempo —se inclinó para rozar sus labios—. Hueles bien.

—Es… es la loción que probaste el otro día.

Había pasado los tres últimos días evaluando las pruebas y trabajando en la fórmula final, que era la que se había puesto antes de empezar a trabajar con tío Spur en la cocina.

Austin inhaló hondo, expandiendo su pecho y rozando los pezones de Madeline al hacerlo. Ella contuvo la respiración.

—Como a azúcar acaramelada y arándanos —musitó.

Sorbete de fresa. Ése era el sabor que se había puesto aquella mañana.

—Y también sabes muy bien —añadió Austin, deslizando la lengua justo por la comisura de sus labios.

—Es la loción. Fresas con vainilla.

—Azúcar y arándanos —deslizó el pulgar por el lugar que acababa de lamer y Madeline estuvo a punto de derretirse—. Y también es un placer acariciarte.

—La loción —respondió Madeline.

El corazón le latía con fuerza y le temblaban las manos. Por primera vez, Austin estaba tomando la iniciativa. La deseaba. Y había decidido hacer él el primer movimiento.

Besaba sus labios, la lamía y la saboreaba instándole a abrirlos. Madeline obedeció y él deslizó la lengua en su interior para acariciar la suya, succionarla y profundizar el contacto hasta

que ambos comenzaron a moverse al mismo ritmo.

Madeline sabía incluso mejor de lo que había anticipado. Más dulce, más embriagadora.

Se inclinó hacia ella, rozando apenas sus senos con su pecho. Pero ni él la acarició con las manos ni lo hizo ella. No podía, estaba paralizada, perdida en aquel beso más potente que todo lo que había experimentado hasta entonces.

—Diablos, aquí están pasando cosas cada vez más raras.

Madeline comenzó a apartarse al oír la voz de tío Spur. Austin, que también le había oído, apartó su boca de la suya, tomó aire y se volvió hacia el anciano.

—Llega en un mal momento.

—Quién fue a hablar. Porque tú eres el único que me tiene corriendo de un lado para otro a pesar de mi delicada constitución. Y, para colmo, ahora tengo los dedos de los pies doloridos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Madeline.

—Todo esto ha sido culpa tuya. Debería haberme imaginado que ninguna magdalena del mundo iba a ablandar a una vieja tan dura como Marshalyn.

—¿No le han gustado?

—Sí, le han gustado, o por lo menos, eso ha dicho. Pero después, cuando le he dicho que podía comérselas todas sin preocuparse porque no les había puesto nada extraño, se ha enfadado.

—No ha podido decirle una cosa así.

—¿Por qué no? Sólo quería que supiera que no era una venganza, que podía comérselas tranquilamente.

—¿Dónde está ahora?

—Supongo que ya andará por la esquina de la manzana. Ha salido de la peluquería resoplando y a toda velocidad después de pisarme el pie.

—Dios mío, tengo que ir a por ella antes de que intente cruzar la calle —le dijo Austin a Madeline—. Terminaremos esto esta noche. Iré a buscarte a las siete.

Madeline apenas registró las últimas palabras porque aquel beso la había dejado sin aire e incapaz de pensar racionalmente. Se apoyó en la pared de la peluquería e intentó respirar.

—Todo esto es culpa tuya —le reprochó Spur, mientras se acercaba a ella cojeando.

—¿Ah, sí? —se obligó a tomar aire.

Austin había tomado la iniciativa. Por fin había dado él el primer paso.

—Me has hecho quedar como un estúpido.

—No hubiera quedado como un estúpido si no hubiera abierto la boca.

—No tienes por qué alegrarte de lo que ha pasado.

—Y no me alegro. Es terrible. Una tragedia.

Su felicidad procedía de un suceso muy diferente. Lo había hecho. Lo había conseguido. Había puesto a Austin al límite con su fórmula. Una loción capaz de enloquecer a un hombre.

Su sonrisa desapareció al instante. Aunque había anticipado una reacción parecida, la realidad era mucho menos gratificante que la idea. Porque fue consciente de que aquella repentina ofensiva no tenía nada que ver con su encanto, o con su atractivo. Estaba directamente relacionada con la loción.

—Creo que no me encuentro muy bien —gruñó Spur.

—Ya somos dos.

—Ya la tenemos —le decía Madeline a Duane esa misma tarde—. He probado el prototipo y

ha funcionado.

—¿Cuántas veces?

—Una.

—¿Sólo tenemos un sujeto de prueba? ¿Y cómo puedes estar tan segura?

—El sujeto de prueba me ha besado. Es un hombre muy cabezota al que siempre le he resultado indiferente. Hasta hoy.

—¿Y estás convencida de que ha sido por la loción?

Madeline recordó la noche anterior y la determinación que había visto en sus ojos. Austin estaba decidido a resistirse. Sin embargo, aquella mañana, había sido él el que había hecho el primer movimiento. Sí, tenía que ser la loción.

—Estoy segura. Te enviaré la mezcla mañana para que puedas distribuirla y hacer más pruebas. También te enviaré por correo electrónico las fórmulas para otros cinco sabores. Enséñaselas al resto del equipo y fijemos una fecha para la presentación.

—Será lo primero que haga el lunes por la mañana. Ahora, relájate y disfruta. ¡Lo hemos conseguido!

Pero lo último que le apetecía a Madeline era celebrarlo. Ignoró las ganas de tirar los restos de loción a la papelera más cercana. En cambio, se echó un poco en las manos y cerró los ojos. Sintió el cosquilleo de la loción caldeando su piel y dejó escapar un jadeo…

Puaj. Abrió los ojos. La vida era una porquería. Había llegado tan lejos para encontrarse de nuevo en Cadillac, un viernes por la noche, sin nada, salvo una nevera, para satisfacer sus deseos.

Una nevera vacía, en la que lo único que podía encontrar eran los ingredientes para la loción. La abrió y vio un plato con los restos de la loción con sabor a pastel de calabaza. No. No estaba tan desesperada. Todavía.

Unos minutos más tarde, estaba sacando una bandeja de bizcochos precocinados del horno. Agarró el frasco de la miel y se dirigió hacia el sofá con las dos cosas.

Miró el reloj. Todavía faltaba media hora para las siete.

—No tienes remedio —se dijo a sí misma—. No va a venir.

Fuera del alcance de la loción, se habrían apaciguado sus sentidos. Probablemente, había pasado la tarde preguntándose qué le había pasado para hacer algo así y prometiéndose no volver a hacerlo nunca más.

Dejó caer la miel sobre uno de los bizcochos calientes. Austin Jericho no iba a ir a suplicarle otro beso.

Twinkles, por su parte, era una historia completamente diferente. La perra estaba sentada a su lado, con expresión esperanzada. Madeline le dio un trozo de bizcocho. En cuanto lo tragó, Twinkles se acercó a ella y la hociqueó, buscando otro pedazo.

—Lo siento, chica. Yo necesito esto mucho más que tú.

Se metió un trozo en la boca. La miel se deslizaba por sus dedos. Se metió el dedo en la boca, lo lamió y continuó comiendo. Twinkles no dejaba de aullar, así que al final terminó compartiendo el bizcocho con ella.

Le dio el último trozo y acababa de levantarse para ir a buscar otro cuando oyó a alguien en la puerta. Esperaba ver entrar a tío Spur, pero sonó el timbre. Abrió la puerta y encontró a Austin Jericho frente a ella quince minutos antes de las siete, con el pelo mojado y recién afeitado.

—Llegas pronto.

—En realidad —dio un paso adelante—, llego condenadamente tarde. Esto debería haber

pasado hace mucho tiempo.

Aquellas palabras provocaron un sentimiento de anticipación en Madeline, hasta que volvió a recordarse cuál era la verdadera razón de aquel cambio de actitud.

—Estoy de acuerdo contigo, pero todo esto es un error.

—A mí no me lo parece.

—Lo sé, pero es porque ahora mismo no eres capaz de pensar con claridad.

—Ahora mismo, lo de pensar ocupa el último puesto de mi lista de prioridades. Lo único que me importa en este momento es sentir.

Madeline quería discutir sus palabras, pero cuando vio su mirada cargada de deseo se sintió como si acabara de adentrarse en la más salvaje de sus fantasías y lo único que fue capaz de hacer fue tomar el aire que necesitaban sus pulmones.

—¿Dónde está Spur? —preguntó Austin.

—Ahogando su tristeza en un helado.

—¿Y qué hará después?

«Vendrá a casa» era lo único que tenía que decir para echar por tierra su fantasía.

—Después irá al bingo —musitó en cambio.

Había soñado tantas veces con ese momento que no podía callarse la verdad. Ningún hombre la había mirado nunca de ese modo, con aquella intensidad, con aquel descarado deseo, y le hacía sentirse… mujer. Una mujer sexy, atractiva, deseada.

—Estupendo —echó el cerrojo y se volvió hacia ella.

—¿Qué haces? —le preguntó Madeline cuando alargó la mano hasta el dobladillo de la camiseta.

—Desnudarte.

—Pero… espera —la tela iba subiendo peligrosamente; Austin acariciaba su piel con las yemas de los dedos—. Antes quiero decirte algo.

Austin le quitó la camiseta y la tiró al suelo.

—Sobre lo que ha pasado antes…

—Tienes los pezones más increíbles que he visto en mi vida.

—En realidad no era… ¿de verdad? —lo miró a los ojos y vio en ellos, calor, admiración.

Y de pronto, en lo único que pudo pensar Madeline Hale fue en sentir la boca de Austin sobre ellos.

Capítulo 12

—Anoche deseaba tanto acariciarlos, saborearlos…

E, inmediatamente, inclinó la cabeza para atrapar uno de los pezones con los labios.

Madeline sentía deslizarse la humedad entre sus piernas. Austin continuaba succionando, provocando con aquel movimiento un placer que llegaba hasta su vientre. El calor fluía en su interior, latía en todas sus terminaciones nerviosas y sentía que su cuerpo estaba a punto de explotar.

Austin no la acariciaba con las manos. Continuaba acariciándola con la boca mientras ella gemía con voz ronca. Cuando al final la soltó para dirigirse al otro seno, Madeline tenía el pezón enrojecido y anhelante. Austin posó la lengua sobre aquella piel ultrasensible, poniéndole el vello de punta.

—Por favor —musitó Madeline.

Austin obedeció complacido y procedió a infligirle al otro pezón la misma deliciosa tortura.

Madeline estaba cada vez más húmeda, más caliente. Su cuerpo temblaba con cada uno de los movimientos de la boca de Austin y se notaba cada vez más cercana al orgasmo.

A Austin le había bastado para ello con acariciarle un pezón.

No tenía sentido, pero, al mismo tiempo, tenía todo el sentido del mundo, porque aquél no era cualquier hombre: era el hombre de su vida.

Aquel pensamiento le produjo pánico. Abrió la boca para protestar, pero Austin la silenció con un beso y todos los pensamientos de Madeline fluyeron con aquel húmedo calor que empapaba su ropa interior.

Austin comenzó a juguetear entonces con la cintura de los vaqueros antes de deslizar los dedos en su interior para atrapar con ellos el trasero de Madeline. La urgió a ponerse de puntillas hasta que su pelvis albergó la enorme erección que tensaba los vaqueros de Austin.

Madeline se aferró a sus hombros mientras le rodeaba el muslo con la pierna para estrecharlo contra ella. No podía saciarse de él mientras lo besaba con toda la pasión que había ido alimentando durante aquellas noches de insomnio.

Cuando Austin apartó los labios, Madeline gimió en protesta.

—No te detengas —le suplicó—. Por favor, no sé lo que haría si te detuvieras ahora.

—No voy a detenerme.

Le desabrochó el botón de los vaqueros, le bajó la cremallera y comenzó a deslizar los pantalones por sus caderas empujando al mismo tiempo las bragas, hasta dejarla completamente desnuda.

—De hecho, como no pueda estar pronto dentro de ti, voy a estallar.

Madeline oyó su voz ronca y profunda por encima de los latidos de su propio corazón y sintió

una oleada de júbilo. No se detuvo a analizar por qué. En cambio, se concentró en la sinceridad de su voz y dejó que alimentara la satisfacción que le proporcionaba su cuerpo.

Estaba tan entregada a las sensaciones del orgasmo que ni siquiera se dio cuenta de que Austin la llevaba al piso de arriba hasta que se descubrió en la cama.

Alzó la mirada a tiempo de ver a Austin desnudándose a toda velocidad, mostrando su erección, enorme y anhelante. Al ver la gota que la coronaba no fue capaz de contenerse, se inclinó hacia delante y lo saboreó como había hecho noches atrás.

Austin gimió al verla y se inclinó después hacia el bolsillo del vaquero. Se puso un preservativo y descendió sobre ella, urgiéndola a abrir las piernas y colocándose entre sus muslos temblorosos.

La besó entonces. Lamió sus labios y succionó su lengua como si nunca fuera a hartarse de su sabor.

Encontró a Madeline todavía palpitante cuando se hundió en su interior con una firme embestida.

—Te siento mejor de lo que recordaba. Estás tan tensa, tan húmeda…

—Tú también. Te siento más grande. Caliente.

Apenas podía creer que estuviera diciendo esas palabras, pero no podía evitarlo. Al oír la voz profunda y provocadora de Austin, se descubría a sí misma deseando proporcionarle el mismo placer que él le daba cuando le susurraba al oído.

Placer. Eso era lo que sentía. Un placer que la inundaba y le hacía sentirse viva. Cerró los ojos, decidida a saborear cada momento. El peso del cuerpo de Austin entre sus piernas, el cosquilleo que provocaba su vello en las partes más sensibles de su cuerpo, el peso de sus testículos entre los muslos.

—Mírame, Maddie —le pidió él.

Madeline abrió los ojos y descubrió un intenso deseo en su mirada. Pero había también algo más. Un brillo posesivo que le hizo estremecerse. Austin la miraba como si fuera ella la única mujer con la que había estado. Como si fuera ella la única mujer con la que quería estar. La primera y la última…

—Madeline, no Maddie.

Austin no contestó. Se limitó a sonreír y comenzó a retroceder con un movimiento tan lento y provocativo que todos los pensamientos de Madeline se disolvieron en una oleada de placer. Se detuvo antes de salir para volver de nuevo a hundirse en ella, desatando un estallido de calor en su interior.

A partir de entonces, cada una de sus embestidas fue más rápida mientras la arrastraba hacia un nuevo orgasmo y él avanzaba hacia el suyo. Madeline se aferraba a él, le clavaba las uñas en la espalda, le agarraba el trasero para hundirlo más profundamente en ella y levantaba la pelvis intentando sincronizar sus movimientos… Parecía no tener nunca suficiente, hasta que llegó el orgasmo, lanzándola hasta las alturas y haciéndole descender después con el corazón palpitante, la sangre corriendo a toda velocidad por sus venas y su cuerpo cantando de júbilo.

Gritó y sintió tensarse a Austin. Cerró los ojos justo en el momento en el que estaba echando la cabeza hacia atrás y apretando los dientes. Austin tensó cada uno de los músculos de su cuerpo y se vació en su interior mientras la seguía hasta el orgasmo.

Se tumbó después de espaldas, manteniéndola encima de él. Madeline posó la cabeza en la curva de su cuello e intentó recuperar el ritmo normal de la respiración. Necesitaba recuperar la cordura. Necesitaba pensar.

Pero era imposible estando tan cerca de Austin. Haciendo acopio de voluntad y valor, se apartó de él. Austin la agarró por la muñeca.

—¿Adónde vas?

—Necesito beber agua.

A los pocos minutos, Madeline estaba en la oscura seguridad de la cocina, apoyando las manos contra las frías baldosas e intentando respirar.

La realidad de lo que había ocurrido le producía sentimientos confusos. Se sentía demasiado viva, más que las primeras veces que Austin la había acariciado. Aquella noche había sido diferente. Más intensa. Más fuerte.

Pero gracias a la loción.

—Ha sido todo muy rápido —dijo de pronto Austin tras ella.

—Sé a lo que te refieres.

—Estaba tan excitado que no he podido evitarlo.

—Ha sido por culpa de la loción… —comenzó a decir Madeline, pero Austin la interrumpió posando los dedos en sus labios.

—La próxima vez no sucederá, te lo prometo.

—Añadí los últimos ingredientes y perfeccioné el producto. Por eso estabas tan excitado esta noche. En realidad no era yo… ¿La próxima vez has dicho?

—Esta vez.

La sentó sobre la mesa de la cocina y alargó la mano hacia el frasco de miel que Madeline había dejado fuera.

Ella estaba a punto de repetir lo que había dicho cuando sintió el frío espesor de la miel descendiendo por su seno.

Cerró los ojos, saboreando aquella erótica sensación. Notaba la erección de Austin presionando su trasero. Austin la deseaba otra vez, tanto como ella le deseaba a él. Más quizá.

La culpabilidad la estaba destrozando. Pero ella le había dicho la verdad. No tenía la culpa de que no quisiera escucharla. Lo había intentado. Volvería a decírselo, aunque no en aquel momento.

Más tarde. Al día siguiente. El lunes como muy tarde. Pero se lo diría y conseguiría que lo entendiera. Pero hasta entonces, pretendía disfrutar de todos y cada uno de los momentos que pasaran juntos.

Madeline sabía que Austin era un amante increíble, pero durante la siguiente semana, superó todas sus expectativas. No era solamente su manera de acariciarla, sino lo que le hacía sentir cuando la tocaba.

Se sentía femenina, atractiva. Especial.

Por supuesto, no se hacía ninguna ilusión. Austin siempre había sido muy popular entre las chicas y estaba comenzando a comprender por qué.

Se apoyó sobre un codo y lo miró mientras él se movía en la oscuridad del dormitorio. Del dormitorio del rancho; un dormitorio sencillo, masculino. Que olía igual que él. Madeline tomó aire y dejó que aquella cálida esencia inundara sus sentidos.

Austin la había llevado hasta allí para que pudieran disfrutar de más intimidad después de lo que había pasado tras el episodio de la miel en la cocina de Cheryl Louise. Madeline apenas se había recuperado de un orgasmo monumental cuando tío Spur había llamado a la puerta. En vez

de escabullirse por la puerta de atrás como un adolescente asustado, Austin le había puesto la camiseta, la había levantado en brazos y, para sorpresa de tío Spur, se la había llevado a su furgoneta.

A partir de aquel momento, habían pasado juntos todo el tiempo que podían. Y Madeline no se había sentido mejor en toda su vida.

—Estás despierta.

La voz de Austin la arrancó de sus pensamientos. Se incorporó mientras él se sentaba al borde de la cama para ponerse las botas.

—Es muy temprano.

—Cuando uno se acuesta temprano, ha de levantarse temprano.

—Nosotros no nos acostamos temprano. En realidad, ni siquiera hemos salido de la cama.

Austin se inclinó para darle un beso en los labios. Se levantó y se abrochó los vaqueros.

—Hoy no vendré a almorzar. Nos llegan doscientas cabezas de ganado, así que tendré suerte si puedo llegar a tiempo para la cena.

—Entonces tendremos que dejar el almuerzo para esta noche.

Austin se acercó a la cómoda para sacar una camiseta.

—En ese caso, iré a buscarte a las siete.

—Podemos vernos aquí. Estarás cansado, así que no deberías conducir.

—Esta noche tendremos que ir al local de los Veteranos de Guerra. Es la fiesta de despedida de la señorita Marshalyn.

La enormidad de lo que acababa de decirle le provocó una alegría casi inesperada. Pero Madeline se obligó a contener aquella ingenua emoción y sacudió la cabeza.

—Tengo muchas cosas que hacer. No podré ir.

Austin la miró atentamente.

—Déjame ver si lo entiendo. Tienes tiempo para acostarte conmigo, pero no eres capaz de sacar tiempo para ir a una fiesta.

Y no era sólo una fiesta, sino «la fiesta», porque por fin había encontrado a la mujer con la que era capaz de plantearse una relación seria.

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

—Creo que hay algo que no entiendo.

—Si voy a la fiesta, todo el mundo pensará que hay algo entre nosotros.

—Porque hay algo entre nosotros.

—Un sexo insuperable.

—Y algo más.

—No, no hay nada más. Yo no soy tu tipo.

—Eres exactamente mi tipo.

—Lo era, pero ya no. Juraste no volver a tener nada que ver con mujeres como yo, ¿recuerdas? Tú mismo lo dijiste, querías una buena chica y yo ya no lo soy.

—Tampoco eres una chica mala —ante la significativa mirada que Madeline le dirigió, añadió —: Has tenido tus momentos, querida, eso no puedo negarlo. Pero en tu corazón, continúas siendo una buena mujer. Y las mujeres como tú buscan algo más que el sexo en un hombre.

—¿Las mujeres como yo? Para tu información, no quiero nada de ningún hombre. Con lo que tenemos me basta.

—¿Me estás diciendo que sólo te atraigo físicamente? ¿Que no hay nada más? ¿Que no hay sentimientos de por medio? Todavía me acuerdo de aquella carta que me enviaste.

—He crecido. He cambiado.

—Hiciste magdalenas.

—Porque tío Spur estaba desesperado.

—Y todavía te sonrojas cuando te acaricio.

—Es un problema de pigmentación.

—Pero sigues temblando, por el amor de Dios.

Se encogió de hombros.

—Tengo la tensión baja. Tiemblo constantemente —se estremeció—. Ahora mismo estoy helada.

—Estás asustada.

—No estoy asustada.

—Tienes miedo de ir conmigo a la fiesta esta noche y averiguar que te pareces mucho más a la chica que eras antes de lo que quieres admitir. Tienes miedo de descubrir que realmente te gusta estar aquí. Que continúas encajando en este lugar.

—Yo ya no encajo aquí.

—Encajas perfectamente. No has cambiado un ápice. Continúas teniendo miedo de que la gente vea dentro de ti. No has cambiado. Continúas huyendo de tus sentimientos, como lo hacías antes.

—No sé de qué me estás hablando.

—Huiste de lo que sentías cuando murió Sharon y huiste de tus sentimientos hacia mí. No quieres hablar de Sharon, ni mirar sus fotografías, ni pensar siquiera en ella porque tienes miedo de que todavía te haga daño. De la misma forma que no quisiste reconocer que me habías escrito tú esa carta de amor. Tenías miedo de que te hiciera daño.

—Te equivocas.

—Y ahora tienes miedo. Tienes miedo de enamorarte de mí otra vez.

—Y tú tienes miedo de no enamorarte de mí.

—¿Qué quieres decir?

—Aunque he cambiado, sé que la mayoría de la gente de este pueblo no quiere admitirlo. De hecho, la mayoría piensa que sigo siendo la pequeña Maddie, la señorita Marshalyn incluida.

—¿Qué estás intentando decir?

—Que quieres mantener tu promesa y, para ello, tienes que aparecer con alguien esta noche. Yo soy la garantía de tu éxito.

—¿De verdad crees lo que estás diciendo? ¿De verdad me crees capaz de utilizarte para conseguir las tierras de la señorita Marshalyn porque la gente continúa viéndote como la jovencita dulce y buena que dejó el pueblo hace doce años?

—Creo que nos entendemos maravillosamente en la cama y que estás utilizando eso como base para una relación porque lo necesitas para poder mantener lo más cercano a un hogar que has tenido nunca.

—No sé cómo puedes decir tantas tonterías.

—No te culpo —continuó Madeline—, la gente se casa por mucho menos. De hecho, a muchos les bastaría con llevarse bien en la cama. Pero la conexión física puede ser tan engañosa como yo. Es la loción que me pongo la que te excita.

—Te equivocas.

Madeline sacudió la cabeza, tomó el bolso y se dirigió hacia la puerta para no cometer alguna estupidez, como arrojarse a los brazos de Austin y besarle hasta borrar el dolor que reflejaba su

rostro.

Porque eso significaría que quería algo más que disfrutar del sexo con Austin Jericho. Que realmente le quería. Que se había enamorado de él otra vez. Pero no lo haría.

Otra vez, no.

Capítulo 13

Madeline no estaba huyendo de nada. Estaba huyendo hacia algo, se decía a sí misma más tarde, ese mismo día, mientras guardaba los últimos instrumentos de trabajo y subía al dormitorio para hacer las maletas.

Tenía una floreciente carrera y le estaba esperando un ascenso, además de su casa, sus muebles y la vida que se había creado.

Huyendo, de todas las cosas absurdas que… Pero su pensamiento se disolvió en una familiar oleada de pánico al pasar delante de la habitación de Sharon. Aceleró el paso y fijó la mirada al frente, y fue entonces cuando le golpeó la dura realidad.

Huyendo.

Se detuvo en seco y permaneció allí durante largo rato, con el corazón palpitante y experimentando un miedo tan real, tan tangible, que sentía su sabor en la boca.

Miedo.

Mientras permanecía allí, fijando la mirada en la puerta cerrada del dormitorio, comprendió que Austin tenía razón. Estaba huyendo del pasado, evitaba toda mención a Sharon, la aterraba todo lo que pudiera recordarle a su amiga porque temía que volviera el dolor que había dejado atrás doce años antes.

Pero el dolor continuaba allí, al acecho. Lo sentía cada vez que pensaba en su pueblo. Cada vez que veía un vestido de flores o bebía un batido. La había seguido hasta Dallas y había regresado con ella al pueblo. Pero no, no sólo la acechaba. El miedo vivía dentro de ella. El miedo la controlaba.

—No —musitó, alargando la mano hacia el pomo de la puerta antes de perder el valor.

El corazón dejó de latirle cuando abrió la puerta. Encendió la luz y se obligó a entrar. Las paredes continuaban pintadas de rosa, el color favorito de Sharon. Había un póster de Van Halen al lado de otro de Madonna.

Los muebles eran blancos y justo en una esquina había un tocador cubierto de frascos y tubos de maquillaje, como tantos años atrás.

Maddie había estado muchas veces allí con Sharon, tumbadas las dos en la cama durante las tardes lluviosas de los sábados, o sentadas en la alfombra haciendo los deberes… Aquella habitación le resultaba familiar, no la asustaba. O al menos eso era lo que Madeline se decía a sí misma mientras la recorría acariciando los objetos que habían sido de Sharon.

Entre ellos, la fotografía de la graduación que le habían hecho el mismo día del accidente.

Regresaban precisamente de hacerse la fotografía. Se suponía que Sarah iba a ir con ellas, pero la habían castigado por haber llegado tarde a casa el día anterior, de modo que sólo habían ido Sharon y Madeline. Madeline le había suplicado que le dejara conducir. Nunca se había puesto

tras el volante de un coche automático.

Sharon se había mostrado de acuerdo, así que habían intercambiado los asientos. Madeline cerró los ojos al recordar el viento en su rostro mientras pisaba el acelerador y se deslizaba por la carretera que iba al pueblo. El coche rodaba tan suavemente que no había sido consciente de la velocidad a la que conducía hasta que había sido demasiado tarde.

Había aparecido un ciervo en medio de la carretera, se había visto obligada a girar bruscamente para evitarlo y el coche había terminado deslizándose hacia la cuneta antes de volcar.

Pero lo único que había sufrido ella era dolor; el accidente no le había causado ninguna herida. Sin embargo, cuando había mirado a su amiga…

Maddie abrió los ojos bruscamente, intentando sustituir la imagen que evocaban sus recuerdos por la de la fotografía de la mesilla. La culpabilidad le aceleraba el corazón y le tensaba el pecho, pero no iba a huir. Aquella vez no.

Se obligó a tomar la fotografía, se sentó al borde de la cama y miró el rostro de su amiga. Pero no vio a una joven sonriente, sino la sangre que cubría su rostro y el dolor y la desesperación que reflejaban los ojos de aquella niña atrapada en el asiento del acompañante. El salpicadero se había hundido, destrozándole las piernas a Sharon.

Gracias al volante, Maddie había resultado indemne. Había salido tambaleante del vehículo y había hecho señas al primer coche que había pasado por la carretera. Inmediatamente, había vuelto a ayudar a Sharon. Pero Sharon había muerto antes de que llegara la ambulancia. Y ella había seguido viviendo.

Pero no había sido capaz de estar a la altura de la promesa que le había hecho a su amiga. Nada de arrepentimientos. Porque en realidad Madeline continuaba enfrentándose al mayor de todos ellos.

—Debería haber sido yo —musitó.

Pero no había sido ella. Y sobrevivir había tenido un precio. No sólo había sufrido la pérdida de su mejor amiga, sino que se sentía culpable de ello.

Y por eso había huido. Había huido del pueblo con la pretensión de ir en busca de su sueño. Había dejado detrás a la niña asustada que intentaba consolar a Sharon durante sus últimos momentos de vida.

Pero aquella niña no se había quedado en Cadillac. La había seguido, continuaba enterrada en lo más profundo de aquella mujer confiada que había ido en busca de fortuna, escondida entre la culpa y el miedo.

Maddie abrazó la fotografía contra su pecho, cerró los ojos y dejó que las imágenes fluyeran. Y por primera vez desde que había sostenido a su amiga agonizante entre los brazos, lloró.

Y con cada lágrima que rodaba por sus mejillas, iba aliviándose el dolor de su pecho.

—Me gusta —la voz de la señorita Marshalyn hizo volverse a Austin.

La descubrió mirando a una mujer pelirroja que estaba sirviendo el ponche. Era Debbie, la profesora del jardín de infancia.

Al final, Austin había reducido la lista de opciones y había elegido a la primera de la lista. La única mujer respetable de Cadillac con la que Austin Jericho había salido más de dos veces durante los últimos años.

Tres citas, para ser más exactos.

Las otras dos habían sido antes de que Maddie Hale hubiera vuelto a su vida.

—Me gusta de verdad.

—A mí no.

Austin se volvió hacia la mujer que había sido como una madre para él durante la mayor parte de su vida.

—Bueno, sí, me gusta. Es amable, dulce, le gustan los niños. Algún día, será una gran esposa para alguien, pero no para mí —sacudió la cabeza—. Esta noche la he traído porque sabía que le gustaría.

—Quieres decir que has roto tu promesa.

—Lo que quiero decir es que, aunque quiera su tierra, no pienso ser deshonesto para quedármela. Y eso es lo que sería si le hiciera creer que hay alguna posibilidad de futuro para Debbie y para mí. Esa mujer no es mi tipo. Pero a lo mejor aparece Houston y termina sintiéndose orgullosa de él.

—Me siento orgullosa de ti, Austin Jericho. Siempre me he sentido orgullosa de ti. Puedes quedarte la tierra. No voy a obligarte a hacer algo que no quieres. Sólo pensaba que necesitabas encontrar una mujer con la que establecerte.

—A veces no es tan fácil. A veces, la mujer adecuada es condenadamente cabezota.

—Exacto.

La voz de Spur sonó tras ellos y ambos se volvieron para ver al anciano con el sombrero en una mano y un ramo de flores en la otra.

—¿Estás llamándome cabezota, Spur Tucker? —preguntó Marshalyn.

—Por supuesto que sí. Y también estoy diciendo que eres la mujer perfecta para mí —se encogió de hombros—. Sé que no siempre digo las cosas como es debido. Diablos, la mitad de las veces ni siquiera sé cómo deben decirse las cosas. Pero te prometo que siempre diré la verdad, y la sinceridad también es importante. Y supongo que también cuenta el que me gustes más que mi yegua, la señorita Daisy. Porque si no, renuncio a toda esta historia de cortejar a nadie, porque no merece…

—Tú también me gustas.

—… Y puedo estar perfectamente solo… ¿Qué has dicho?

—Que me gustas —sonrió y tomó las flores—, al menos la mayor parte de las veces. Pero nadie es perfecto.

—Maldita sea. Estás tan ciega como un murciélago viejo.

—En realidad, ahora mismo no me gustas.

—Pero eso es algo que se puede arreglar —le recordó Austin—. El médico quiere que se opere.

—No me gustan ni la cirugía ni los hospitales de ninguna clase.

—A mí me operaron de una hernia el año pasado —le explicó Spur—. Fue coser y cantar. Excepto por la comida. Si no hubiera estado ya enfermo, habría enfermado después de comer eso. Y luego estaba el dolor. Me dolía muchísimo.

—Ahora mismo no me gustas nada en absoluto.

—Se te pasará —sonrió de oreja a oreja—. Vamos, querida. Vamos a tomar algo y hablemos después de tu operación.

—Ésta es la última cena, muchacha —Madeline le dio a Twinkles el bizcocho que llevaba en

el bolsillo y la rascó detrás de las orejas. El animal aulló—. No, la última cena, no. Nuestra última cena juntas. ¿Me vas a echar de menos?

Aquella noche, había salido durante más de media hora a pasear con la perra. Y sabía que iba a echar de menos a aquel animal.

Twinkles tiró de la correa, intentando llevarla en una dirección diferente y Maddie apenas podía obligarla a ir a casa. Quince minutos después, cuando por fin llegaron, le dolía el hombro por el esfuerzo.

Después de aquella noche, no tendría que volver a pasear a aquel animal. Ni dedicar la mañana y la noche a pasar la aspiradora.

Ató a Twinkles a uno de los postes del porche y alargó la mano hacia el pomo de la puerta. Fue entonces cuando vio la camioneta de Austin a un lado de la casa.

Le dio un vuelco el corazón mientras giraba el pomo de la puerta.

—¿Austin? —lo llamó en cuanto entró.

Nadie contestó mientras se inclinaba para quitarle la correa a la perra.

Twinkles salió corriendo hacia la cocina y Madeline se volvió hacia la escalera.

Y allí estaban las botas de cuero de Austin. Unos peldaños más arriba, vio unos vaqueros desteñidos. Un par de escalones después, una camiseta blanca.

A medida que iba subiendo, crecía la emoción. Se detuvo para levantar la camiseta del suelo y llevársela a la nariz. La familiar fragancia de Austin Jericho inundó sus sentidos y le llenó los ojos de lágrimas.

¿Lágrimas?

Las reprimió inmediatamente. Estaba excitada, eso sí. Austin era el mejor en lo que se refería a excitarla, pero Madeline no sentía nada más por él.

No iba a volver a enamorarse de él.

El problema era que tenía la sensación de que ya se había enamorado… Y cuando segundos después vio a Austin desnudo en la ducha, supo que era cierto.

Mientras permanecía allí, a sólo medio metro de distancia, contemplando su hermoso cuerpo desnudo, no podía pensar en si lo que quería era besarle, acariciarle o hacer el amor con él. En lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que quería decirle que se arrepentía de lo que le había dicho aquella tarde, en lo mucho que se arrepentía de haber negado sus sentimientos. Pero, en cambio, musitó:

—No deberías estar aquí.

—Me dijiste que para el sexo podrías encontrar tiempo.

El desafío brillaba en su mirada. Estaba retándola a cumplir su palabra, a demostrarle que todo lo que había dicho aquella tarde era cierto. Que entre ellos no había nada más que sexo.

Madeline avanzó hacia él, se quitó la camiseta y la dejó caer al suelo. Buscó el broche del sujetador, pero Austin se le adelantó. Comenzó a quitárselo ella, pero él la detuvo para acariciar el pezón erguido a través del encaje. La acercó a él y hundió la cabeza para saborearla como si estuviera disfrutando de su helado favorito una y otra vez.

Al final, le quitó el sujetador, lo tiró al suelo, salió de la ducha y se arrodilló para desabrocharle los pantalones. Cuando tuvo a Madeline frente a él, cubierta únicamente por las bragas, se detuvo de nuevo y fijó la mirada en su feminidad, apenas oculta tras aquel trozo de tela. Algunos rizos rubios escapaban entre el encaje y Austin acercó sus dedos. Apenas la rozó, pero aquel movimiento la afectó tanto como si hubiera entreabierto sus lubricados pliegues.

La acarició lentamente hasta que Madeline tuvo que aferrarse a sus hombros para no

desmayarse de placer. Austin se inclinó entonces hacia ella, haciéndole sentir la humedad de su aliento, excitándola. Deslizó la lengua sobre el encaje húmedo y antes de que ella hubiera podido respirar, le quitó las bragas y le hizo apoyar una pierna en su hombro.

La acarició entonces con la lengua avivando un fuego tan intenso en todo su cuerpo que pensó que iba a derretirse.

Pero no se derritió.

Bajó en cambio la mirada hacia Austin y observó fascinada cómo acariciaba con la boca los rincones más íntimos de su sexo para terminar aprisionando su clítoris entre los labios.

Cerró los ojos y continuó aferrándose a sus hombros hasta que ya no pudo soportarlo más. De su garganta escapó un profundo gemido cuando llegó al orgasmo. Echó la cabeza hacia atrás mientras su cuerpo entero se estremecía.

Austin le besó la parte interior del muslo y apartó la pierna de Madeline de su hombro. Se incorporó, la levantó en brazos y se metió con ella bajo el chorro de la ducha para ir deslizándola después a lo largo de su musculoso y excitado cuerpo hasta hacerla ponerse de pie.

La miró a los ojos y no dejó de hacerlo mientras enjabonaba sus hombros con las manos, rodeaba sus senos y bajaba después hacia su abdomen.

A Madeline le parecía imposible volver a estar excitada después de un orgasmo tan intenso, pero en cuanto Austin deslizó la mano entre sus piernas, sintió que comenzaba de nuevo aquel familiar anhelo.

Centró entonces su atención en el pene de Austin al que deseaba tocar con la misma fuerza con la que necesitaba respirar.

Alargó la mano hacia él y envolvió con ella aquel acero aterciopelado. Austin tomó aire y ella movió la mano a lo largo de su erección, desde la base hasta la punta, y así una y otra vez.

Austin cerró los ojos, deleitándose en aquella sensación. Pero la miró entonces a los ojos y Madeline se detuvo. Él se arrodilló, comenzó a aclararle la espuma y, durante los siguientes minutos, continuó enjabonando todo su cuerpo y haciéndole descubrir lo maravilloso que podía llegar a ser el contacto de un hombre. Relajante y excitante al mismo tiempo.

Para cuando terminó, Madeline estaba a punto de volver a tener otro orgasmo.

Pero no lo tendría. No sin él. De modo que buscó de nuevo su miembro. Lo sintió palpitar bajo su atención. Austin gimió y la levantó inmediatamente en brazos. Varias zancadas después, la dejaba en la cama y se hundía en ella con una desesperación que le hizo sentirse a Madeline extremadamente poderosa en su feminidad.

—No es la loción —musitó Austin—. No llevas un gramo de loción en todo tu cuerpo y estoy tan excitado que apenas veo.

Y antes de que Madeline hubiera podido asimilar la enormidad de sus palabras, comenzó a moverse a un ritmo frenético hasta que ambos alcanzaron un orgasmo tan intenso que Madeline fue incapaz de moverse durante largo rato. Sólo cuando sintió que Austin abandonaba su cuerpo consiguió levantar la cabeza. Alzó la mirada y le vio en el marco de la puerta.

—Eres tú —musitó Austin, dio media vuelta y se marchó.

En ese momento, Madeline fue realmente consciente de lo que había significado aquella ducha. A Austin no le había excitado ninguna loción. Estaba loco de deseo por ella.

—Austin, no… —comenzó a levantarse—, no te vayas.

Pero su súplica llegó demasiado tarde. No había llegado a la puerta del dormitorio cuando oyó un portazo. Unos segundos después, llegaba hasta ella el sonido de la camioneta de Austin.

Capítulo 14

—Vaya, vaya. Pero si es la pequeña Maddie Hale.

Maddie le sonrió a Ben Skeeter, el alcalde Ben Skeeter, que permanecía tras el mostrador de la tienda con una bata blanca y una gorra de béisbol.

—¿Qué puedo hacer por ti? —le preguntó.

—Quiero la caja de No-Doz más grande que tenga —disimuló un bostezo y buscó la cartera en el bolso.

—Yo creo que lo que necesitas es una buena noche de sueño y no unas pastillas de cafeína.

—Eso también, pero ahora no puedo dormir. Cheryl Louise está a punto de llegar de su luna de miel, así que hoy mismo vuelvo a Dallas y tengo un largo viaje por delante.

—Siento que te vayas. Camille estaba muy contenta de que hubieras vuelto al pueblo.

Maddie sonrió.

—Sentí mucho enterarme de que tenía cáncer de pulmón. Espero que todo vaya bien.

—Somos optimistas, los médicos lo han descubierto a tiempo. Dicen que hay un noventa y cinco por ciento de probabilidades de que se recupere después de la operación y del tratamiento.

—Dígale que pensaré mucho en ella. Y, por cierto, tengo algo que le gustará —abrió el bolso y le dio varias muestras de su último producto—. Dígale que esto no se comercializará hasta dentro de otros seis meses. Ella va a ser la primera en utilizarlo.

—Vaya, muchas gracias. Sé que le encantará. Ah, y casi lo olvidaba —se quitó la gorra y se la tendió junto a un rotulador negro—. Te agradecería que me la firmaras. Se lo estoy pidiendo a todos los que entran en la tienda. He pensado que de esa forma Camille se sentirá menos sola. Si la tengo al tanto de quién viene y quién va, se sentirá como si estuviera aquí.

Maddie firmó y le devolvió la gorra. Se fijó entonces en que el alcalde se había afeitado la cabeza.

—Esto también lo he hecho por ella. Ha empezado con la quimioterapia hace unos días y se le está cayendo el pelo. No quería que se preocupara, así que decidí afeitarme yo también. Se rió tanto cuando me vio que creo que ha llegado a olvidarse de su pelo.

Maddie sonrió.

—Parece que la estás ayudando a conservar el ánimo.

—Es lo menos que puedo hacer. Durante los últimos cuarenta y ocho años esa mujer ha estado apoyándome, trabajando durante veinticuatro horas al día en la tienda mientras yo me ocupaba de mis compromisos con el pueblo. Nunca se ha quejado. Camille dice que el matrimonio es un equipo… —volvió a ponerse la gorra.

—Aquí tiene —Maddie le tendió un billete de cinco dólares mientras él guardaba el No-Doz en una bolsa.

—No, aquí no sirve tu dinero —le tendió la bolsa y le guiñó el ojo—. Que tengas un buen viaje. Te echaremos de menos.

No tanto como ella iba a echar de menos a todo el mundo. Dos semanas atrás, no lo habría admitido, pero las cosas habían cambiado mucho desde entonces.

Madeline Hale por fin había dejado de huir de su pasado y había vuelto a casa. Se había enfrentado a la tristeza y a la culpa y había sobrevivido. Gracias a Austin.

Apareció en su mente la imagen de Austin tal y como lo había visto la noche anterior, en el marco de la puerta del dormitorio, con los ojos resplandecientes bajo la luz de la luna.

—Eres tú —le había dicho.

Su voz profunda resonaba en sus oídos y le provocaba una añoranza tan intensa que deseaba llorar.

Pero ya había llorado mucho la noche anterior tras enfrentarse al hecho de que Austin le había dicho la verdad.

Le creía, pero por mucho que deseara quedarse, no podía. Aunque estuviera desesperadamente enamorada de él.

Porque estaba enamorada.

Durante los tres años anteriores, había intentado convencerse de que había cambiado la aburrida existencia del pueblo por la emocionante vida de la gran ciudad porque era precisamente eso lo que realmente le gustaba. Pero ya no podía seguir fingiendo que era una persona que en realidad no era.

No podía seguir huyendo del pasado, de aquella adolescente romántica e ingenua que escribía cartas de amor y fantaseaba con finales felices.

Aunque había madurado y aprendido a mirar el mundo desde una perspectiva más sofisticada, en el fondo continuaba siendo una joven romántica. Una joven que quería que un hombre le dijera lo hermosa que era aunque hubiera perdido todo el pelo. Un hombre capaz de afeitarse la cabeza para que se sintiera menos sola.

Quería amor. Un amor verdadero y para siempre.

Y aunque sabía que la atracción que Austin sentía hacia ella era sincera, él nunca había pronunciado la palabra amor.

Le había pedido que se quedara, pero no le había dicho por qué. No le había dado ninguna razón para hacerlo, excepto la química que había entre ellos.

Y aunque la mujer sexy y confiada en la que se había convertido estaba deseando quedarse para comprobar hasta dónde podía llevarles aquella química, la chica tímida e insegura que todavía vivía en su interior no se lo permitiría. Había tenido la suerte de quedarse el tiempo suficiente como para ver hecha realidad su fantasía, pero le daba miedo no poder esperar nada más. Mucho tiempo atrás, había aprendido que las chicas ingenuas y tímidas nunca terminaban con los hombres como Austin Jericho.

Sólo en sus más íntimas fantasías.

De modo que prefería marcharse a quedarse a esperar hasta que desapareciera la pasión. Y Maddie no podía arriesgarse a que su ego sufriera un segundo golpe como aquél. Sobre todo porque en aquella ocasión se estaba jugando algo mucho más precioso que su orgullo. Se estaba jugando su corazón.

—No voy a venderte mi tierra.

Austin miró por encima del hombro y vio a Marshalyn tras él. Con aquel traje pantalón de color amarillo y el bolso de cuero podría estar en un salón de té en vez de en medio del Cherry Blossom Junction un viernes por la noche.

—Ya lo sabía.

Austin dio un sorbo a la cerveza que había estado calentando desde que había terminado el trabajo en el rancho y había decidido acercarse por allí. Una costumbre que había adoptado desde que se había enterado de que Maddie Hale se había marchado del pueblo sin despedirse.

Por supuesto, aquélla no era su primera cerveza. Aquellos días había tomado más de las que era capaz de contar, pero ni aun así era capaz de comenzar a borrar el recuerdo de Maddie en sus brazos. En su cama. En su vida.

Sabía que al día siguiente tendría una jaqueca terrible, pero eso no le había impedido volver al bar.

—No voy a venderte las tierras —repitió Marshalyn, sacándolo de sus pensamientos—. Voy a dártelas.

—No esperaba que… ¿qué? —se olvidó de seguir bebiendo y volvió la cabeza justo a tiempo de ver a Marshalyn sacar un contrato del bolso de cuero y dejarlo frente a él.

—Es tuyo. Cincuenta hectáreas.

—Pero si no llevé ninguna futura esposa a la fiesta. Diablos, ni siquiera la tengo. Y sin novia no hay tierras.

—En realidad, mi verdadera intención no era encontrarte una esposa. Lo único que quería era quedarme tranquila sabiendo que por fin habías madurado. No quería tener que preocuparme de cómo te iban las cosas y pensé que si te casabas con una buena mujer, ella podría cuidarte como te he cuidado yo durante todo este tiempo —sonrió y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Pero ya no necesitas que nadie te cuide. Has crecido. Me has demostrado que eres un hombre sincero, así que te has ganado esa finca. Es tuya.

—No sé qué decir.

Se quedó mirando fijamente las escrituras. Suyas. Pero, sorprendentemente, no le causaban la alegría que esperaba. Estaba viendo la única cosa que le había motivado durante los últimos años, el ansia de tener un verdadero hogar, y se daba cuenta de que sus sentimientos habían cambiado. Porque eso ya no era lo único que le importaba.

—Tengo cierta curiosidad —continuó Marshalyn—, ¿fuiste igual de sincero con Madeline?

Austin dobló el contrato y se lo guardó en el bolsillo.

—¿De qué está hablando?

—¿Le dijiste la verdad?

—Ella ya sabía que estaba buscando una mujer con la que casarme.

—No me refiero a esa verdad. ¿Le dijiste que la querías?

—Le pedí que se quedara.

—¿Pero le dijiste que la querías?

No, no se lo había dicho. A un hombre que apenas había oído esas palabras mientras crecía no le resultaba fácil hacer ese tipo de declaraciones. Quería a sus hermanos y ellos le querían a él, pero nunca se lo decían. Lo sabían porque habían soportado juntos los momentos más difíciles y continuaban estando juntos y apoyándose.

Pero Austin jamás había necesitado expresar aquel sentimiento con palabras.

Por lo menos, hasta ese momento.

—¿Y si ella no siente lo mismo que yo?

—¿Y si siente lo mismo que tú? Si sigues aquí sentando calentando ese taburete nunca lo sabrás. Además, yo también tengo ganas de sentarme y tomar una copa de despedida. Spur y yo nos vamos a su rancho a primera hora de la mañana y es posible que no tenga oportunidad de despedirme de mi bar favorito.

—¿Su bar favorito?

—Yo también fui joven y este lugar lleva muchos años aquí.

Austin sonrió y le cedió su asiento.

—Por cierto, Spur me está esperando en el coche, ¿puedes decirle que aparque y entre? Esta noche me siento nostálgica. Creo que me gustaría acompañar mi última copa con un baile.

Austin le dio un beso en la mejilla y le hizo un gesto al camarero para que le sirviera a Marshalyn lo que ella quisiera.

—Espero que Spur se porte bien con usted —le dijo a Marshalyn.

—Oh, se portará bien… si no quiere que le destroce la vida.

—Te he oído —oyeron decir a Spur.

Austin se volvió y lo descubrió tras él, sombrero vaquero en mano.

—Asegúrese de hacerla feliz —le advirtió al anciano.

—No te preocupes por eso. Si hay algo que he aprendido esta semana sobre las mujeres es que no sólo es importante lo que haces, sino también lo que dices.

—Espero que tenga razón —dijo Austin mientras se dirigía hacia la puerta.

Porque aquella vez, no sólo iba a demostrarle a Maddie lo que sentía, sino que iba a decírselo.

—Estás loca —Duane se inclinó sobre la mesa de Maddie y frunció el ceño.

—Todo el mundo cambia de trabajo y eso no quiere decir que tengan que encerrarlos en un psiquiátrico.

—Sí, si deciden cambiar de trabajo cuando acaban de conseguir un ascenso y tienen un despacho en el ático con un minibar bien surtido. Pensar que nunca tendrás que volver a pelearte con la máquina expendedora…

—¿Nadie te ha dicho nunca que tus prioridades son un tanto extrañas?

—Mi madre, mi padre, mis hermanas, mis amigos. Casi todo el mundo.

Maddie volcó el contenido de un cajón del escritorio en una de las cajas que se había llevado aquella mañana.

—Me voy, Duane, a pesar del minibar.

—Si es por el laboratorio… —Duane se dirigió a la otra esquina del laboratorio, donde permanecía achicharrada la que en otro tiempo había sido una vitrina. Duane le había prendido fuego involuntariamente al abrir una botella de champán demasiado cerca de un quemador—. Yo asumo toda la responsabilidad y estoy dispuesto a quedarme a trabajar durante toda la noche para reparar el daño.

—Desiree está tan emocionada con la nueva loción que no le importa nada el laboratorio. Pero no te confíes. Ha dicho que si vuelve a pasar te enviará durante seis meses a la habitación del correo.

—Confía en mí, he aprendido la lección.

—¿Dónde habré oído eso antes? —vació un segundo cajón.

—¿Sabes? Los del departamento comercial están más emocionados con este producto que con ningún otro producto que V.A.M.P. haya creado antes. Dicen que no sólo es un gran cosmético,

sino que tiene cualidades médicas. Piensan promocionarlo como una alternativa no farmacéutica para las personas con la libido baja.

—Pueden hacer lo que quieran. El producto ahora es suyo.

—Por favor, no te vayas. Me gusta trabajar contigo. Me regañas más que mi madre, pero necesito que me mantengan a raya —era el argumento más sensible que había esgrimido desde que Madeline había anunciado su intención de marcharse.

—Estoy segura de que la persona que me reemplace continuará regañándote. Y si no, sólo tienen que hacerme una llamada para que les ayude a meterte en vereda.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Ahora mismo me iré a mi casa.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Te lo diré cuando lo sepa —terminó de vaciar el último cajón, le dio un abrazo y salió.

El tráfico hasta su casa fue tan terrible como siempre y no tardó en descubrirse a sí misma pensando en la pregunta de Duane.

Sabía adónde quería ir. Sabía el lugar al que pertenecía. Pero no era posible volver a estar tan cerca de Austin. De hecho, ya había sido suficientemente duro marcharse. Una decisión sobre la que no había dejado de pensar desde que había vuelto a Dallas la semana anterior.

Su corazón le decía que se arriesgara, pero el sentido común le indicaba que no lo hiciera. Había hecho lo mejor, aunque no se lo pareciera.

Tardó cuarenta y cinco minutos en recorrer los cinco kilómetros que la separaban de su apartamento. Después de dejar el coche en el garaje, se dirigió hacia los ascensores pensando en la bolsa de Oreos que había dejado en la encimera de la cocina esa misma mañana. A lo mejor un poco de chocolate la ayudaba a pensar.

Por supuesto, no había parado de comer galletas durante tres días y continuaba sin saber cuál iba a ser el siguiente paso de su vida. Pero Maddie tenía pocas opciones en aquel momento, de modo que estaba dispuesta a darles a las Oreo otra oportunidad.

En cuanto abrió la puerta de casa y dejó las llaves y el bolso, se dirigió a la cocina. Acababa de meterse una galleta en la boca cuando oyó el ruido de la ducha.

El miedo se apoderó de ella hasta que vio un sombrero vaquero en la mesa de la cocina.

No podía ser.

Por lo menos eso era lo que se decía a sí misma, pero avanzó hacia el baño con el corazón latiéndole de emoción. Pasó por delante de unas botas de cuero, de unos vaqueros desgastados y de una camiseta.

De la puerta abierta del cuarto de baño escapaban nubes de vapor, ocultando casi el par de calzoncillos blancos que había en el marco de la puerta.

Madeline supo que era él antes incluso de entrar en el baño y verle desnudo bajo la ducha.

Parpadeó una vez, dos veces, pero Austin no desapareció. Continuaba allí, al otro lado de la puerta, restregándose una pastilla de jabón entre las manos para, inmediatamente después, comenzar a enjabonarse los abdominales y el vello que conducía hacia su entrepierna.

Madeline estaba tan absorta en la visión de su cuerpo que tardó varios segundos en alzar la mirada hacia sus ojos y descubrirlo mirándola. El deseo desbordaba su mirada, pero había algo más.

No podía ser.

Intentaba negarlo al mismo tiempo que estallaba la esperanza de que quizá, sólo quizá, Austin sentía lo mismo que ella.

Y sólo había una manera de averiguarlo.

Deslizó la puerta de la mampara.

—Yo… —se humedeció los labios—. ¿Cómo has entrado?

—Conservo algunos trucos de mi época de chico malo.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Ducharme.

—Eso ya lo veo, lo que quiero saber es por qué.

—Necesitaba una ducha después del viaje. Dios mío, ¿sabes que he tardado dos horas en cruzar la ciudad?

—Sí, el tráfico está bastante mal.

—Es terrible. Menos mal que tengo paciencia.

—¿Tú? ¿Paciencia?

—Debo de tenerla, puesto que te he estado esperando durante doce años.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—Quiere decir que el otro día me equivoqué. No debería haberte metido en la ducha sin haberte dicho antes algunas cosas.

—¿Como cuáles?

—Como que me excitas, pero que siento por ti mucho más que eso. Me haces feliz, Madeline, me haces sonreír, me haces reír. Y me conviertes en un hombre mejor —ante su mirada de estupefacción, añadió—: Tienes razón, tenía miedo de perder la finca de la señorita Marshalyn. Tanto que incluso llegué a llevar a Debbie, la profesora del jardín de infancia, a la fiesta —sacudió la cabeza—. Pero no pude seguir. No fui capaz de dejar que la señorita Marshalyn creyera que había alguna posibilidad de que formalizara mi relación con Debbie. Al final, le dije la verdad.

—Renunciaste a las tierras.

—Tú eres la única mujer con la que quiero compartir mi futuro. Te quiero, Maddie. Por eso estoy aquí. Porque quiero quedarme a tu lado.

—¿Y el rancho? ¿Y tu casa?

—El hogar de un hombre está donde está su corazón. Y mi corazón está aquí, contigo. Si tú quieres.

No acababan de salir aquellas palabras de sus labios cuando Maddie se quitó la chaqueta, se sacó la blusa por encima de la cabeza y se deshizo de la falda. Unos segundos después, se arrojaba a sus brazos, saboreando la esencia y el tacto de Austin Jericho.

—Te he echado de menos.

Austin sonrió contra su boca.

—¿Eso quiere decir que tú también me quieres?

—Sí, y más de lo que puedes imaginarte, pero no puedes quedarte aquí.

—¿Qué se supone que quiere decir eso?

—No podemos quedarnos aquí —sonrió—. Hoy mismo he renunciado a mi trabajo. Me gusta hacer cosas, pero no aquí —sacudió la cabeza—. Éste no es mi sueño. Era Sharon la que quería irse de Cadillac. Cuando ella murió, me sentía tan culpable y tenía tantas ganas de escapar que me convencí a mí misma de que su sueño era mi sueño. Pero no era cierto. No pertenezco a este lugar. No quiero continuar viviendo en una ciudad.

—¿Estás diciendo lo que creo que estás diciendo?

—Sí. Quiero hacer magdalenas en la tienda de mi padre. Por supuesto, seguiré desarrollando

productos para V.A.M.P. Me gusta perfeccionar todos esos productos destinados a la seducción, sobre todo cuando puedo probarlos con un hombre como éste… —enmarcó su rostro entre las manos—. Continuaré trabajando para V.A.M.P. y volveré a abrir la panadería.

—¿De verdad es eso lo que quieres?

—Lo que quiero de verdad es estar contigo. En nuestra casa —y entonces hizo lo que nunca se había atrevido a hacer. Lo miró a los ojos y le confesó la verdad—: Te quiero, Austin Jericho. Siempre te he querido y siempre te querré.

Inmediatamente, se metió a la ducha para demostrarle cuánto.

Si te ha gustado este libro…

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollins.es